



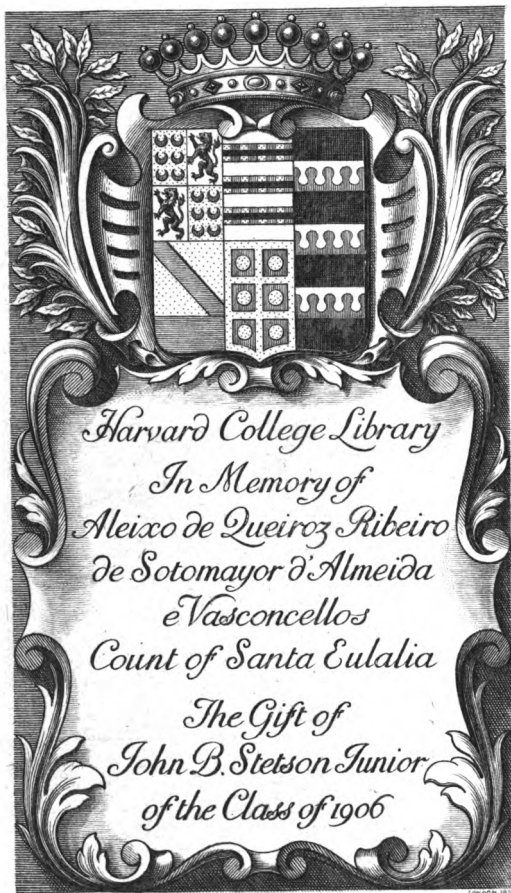
BIBLIOTECA DE LA NACION

Juana M<sup>a</sup>. Piaggio de Tucker

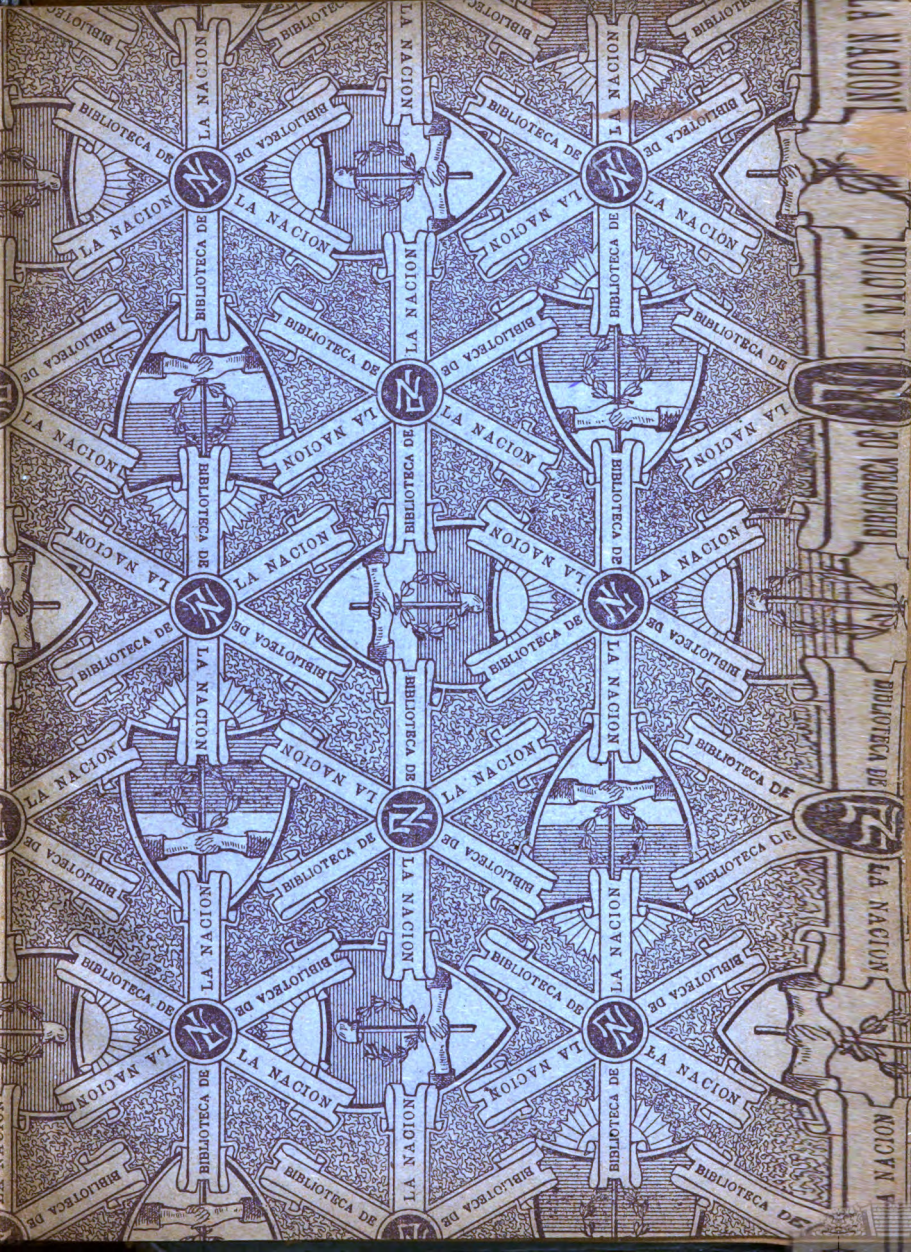
Vida Nueva

VOLU 772 MEN

Yveau & Chevillet  
Livres en toutes Langues  
R. de la Banque, PARIS



J. G. Bourne Jr. 1906





**VIDA NUEVA**



BIBLIOTECA de LA NACIÓN

---

JUANA MARÍA PIAGGIO DE TUCKER

---

# VIDA NUEVA



BUENOS AIRES  
1917

HARVARD COLLEGE LIBRARY  
COUNT OF SANTA EULALIA  
COLLECTION

GIFT OF  
JOHN B. STETSON, JR.  
JUL 14. 1930

Derechos reservados.



# INDICE

---

## PRIMERA PARTE

	<u>Págs.</u>
I.—Bajo el cielo de capilla... ..	7
II.—La vida en el hotel Serrano... ..	10
III.—Siluetas y perfiles... ..	13
IV.—En la «Toma»... ..	17
V.—«Le Rêve»... ..	23
VI.—El regreso... ..	27

## SEGUNDA PARTE

VII.—Primer día de clase... ..	33
VIII.—At home... ..	37
IX.—La estancia paterna... ..	40
X.—¡A la escuela normal!... ..	47
XI.—La velada de Noël... ..	54
XII.—Regatas en el Tigre... ..	58
XIII.—Una noche del Colón... ..	64
XIV.—El collar legendario... ..	68
XV.—Días penosos... ..	74
XVI.—¡Adiós, «Firmeza»!... ..	79
XVII.—Drama de almas... ..	82
XVIII.—Vida nueva... ..	91

## TERCERA PARTE

XIX.—Diario de Nydia... ..	95
XX.—¡Maestra!... ..	99

	<u>Págs.</u>
XXI.—Primeras impresiones... ..	104
XXII.—Una mujer a la moda... ..	111
XXIII.—¡Aquí se piensa y aquí se ama!... ..	119
XXIV.—¡Olvidada!... ..	123
XXV.—Un discípulo de Tolstoi... ..	129
XXVI.—Declaración inesperada... ..	134
XXVII.—¡Triste amor!... ..	139

CUARTA PARTE

XXVIII.—Suzie... ..	145
XXIX.—Segada en flor... ..	154
XXX.—Diario de Nydia... ..	159
XXXI.—«On revienne toujours...»... ..	163
XXXII.—Plenilunio... ..	169
XXXIII.—¡A morir por Francia!... ..	175
XXXIV.—Un hogar como hay muchos... ..	181
XXXV.—Otra vez la intrusa... ..	186
XXXVI.—Nido deshecho... ..	192
XXXVII.—¡Dios mío! ¡Protege a mi amado!... ..	197
XXXVIII.—En los Estados Unidos... ..	203
XXXIX.—Sacerdotisas de la educación... ..	208
XL.—Sursum corda... ..	213
XLI.—En la estancia paterna... ..	217
Luz y sombra... ..	221
Date liliás... ..	231
El alma del «Carancho»... ..	243

# VIDA NUEVA

---

## PRIMERA PARTE

### I

#### BAJO EL CIELO DE CAPILLA

Cuando Nydia y su tía descendieron en la pequeña estación de Capilla del Monte, serían las tres y media de la tarde.

El día, uno de los más calurosos del mes de enero de 1914, mostrábase sereno y brillante.

La brisa agreste traía a oleadas la fragancia de los bosques vecinos.

Bajo un cielo purísimo y luminoso, de acuarela, erguían sus gibas oscuras los cerros verde-gueantes, manchados a trechos por la sombra de

las nubes que pasaban, rápidas, como fantásticos veleros.

Allá a lo lejos, rugosa y lívida, dibujábase la amplia frente del viejo Uritorco, el milenario vigía de Capilla, erguido y tutelar junto al vallecito humilde, que riegan como hilos de plata, el Calabalumba y el Dolores. Entre los matorrales sombríos de oscuros algarrobos y chañares verdinegros, serpenteaban las sendas blanquecinas, que conducen a las numerosas villas, diseminadas como asilos de ensueño y de paz en la honda quietud de aquellas alturas.

Por una de ellas, ascendían poco después, trabajosamente, nuestras viajeras, sacudidas a cada instante en el destartalado break, camino del hotel, guiadas por el clásico cochero cordobés. Vestían ambas con irreprochable elegancia; sus *tailleurs* de camino eran del mejor y más sobrio gusto, y en su porte y modales denunciábase a primera vista una superior distinción.

Hablaban familiarmente en inglés.

Joven y esbelta la niña, lucía el contraste seductor de sus grandes ojos glaucos, sombreados por magníficas pestañas, negras como sus cabellos, prisioneros rebeldes del delicioso gorrito de

viaje. Sus mejillas tenían esa palidez ambarina de la criolla y la andaluza ; la boca breve parecía teñida con el carmín sangriento de los seibos en flor.

Su compañera era anciana, un tanto baja y gruesa, rubia y sonrosada ; a través de sus lentes con arco de oro, fijaba en el paisaje la entristecida mirada de sus bondadosos ojos azules.

---

Bruscamente volvió el coche un recodo del camino erizado de piedras, y apareció el hotel por entre un grupo de molles, a la orilla misma del Calabalumba. Habían llegado.

---

Dos horas más tarde, después de gozar las delicias de un baño tibio y reparador, gustado su habitual te de las cinco, volvemos a hallarlas, muellemente instaladas en sus mecedoras de bambú, en la galería del hotel, que mira al Oriente.

El ocaso iba esparciendo una suave tinta de

amatista sobre la faz pétrea y fría de los cerros. Las cabras descienden a sus apriscos seguidas de los retozones cabritos ; allá lejos, parpadea soñolienta una estrella en el confín brumoso, hasta que un halo blanquecino denuncia, tras el Uritorco mismo, la aparición de la luna llena. Y sube como una hostia inmensa, que arrastra se tras sí el ansia sobrehumana de lo infinito, con la dolorosa nostalgia de lo irrecobrabable.

## II

### LA VIDA EN EL HOTEL SERRANO

La vida en los apartados hoteles de las sierras cordobesas es tranquila y monótona. Los que de ordinario acuden como huéspedes, van huyendo del ruido y del bullicio de los grandes centros, ávidos del reposo que brinda la Naturaleza beatífica, en la mansedumbre hospitalaria de las montañas. Por las mañanas, después del des-

ayuno y del baño inmediato, se excursiona a pie en busca de helechos, que tanto abundan, o de piedras, que las hay bellísimas entre las variedades del cuarzo.

Se almuerza ordinariamente a las doce.

El *menú* serrano es pobre y poco variado ; la carne del cabrito constituye el plato de resistencia. Los peces son muy difíciles de obtener a esas alturas. La leche es exquisita y el agua deliciosa y celebrada, sobre todo la de los ojitos y manantiales.

Durante la siesta, las señoras que no duermen, buscan los corredores frescos y sombríos para formar sus *almácigos parlantes*, sentadas en los sillones de junco, donde tejen, hacen encaje, bordan y murmuran a su gusto. En esos apartes y cuchicheos se comenta todo : *flirts*, llegada de viajeros nuevos, partida de algunos, enfermedades de la gente menuda, chismografías de criados, y no pocas veces desde el ligero andamiaje de efímeros *decires*, se precipitan reputaciones envidiables, entregadas al comentario mezquino del corro.

Los hombres matan el tedio diurno en interminables partidas : de ajedrez los viejos ; de pó-

ker y de tute los muchachos, mientras las niñas estrópean en el piano del salón el tango de moda.

Llega la hora del te y cada cual lo toma donde mejor le place, quiénes en el corredor, muchos en las galerías refrescadas por la brisa vespertina. Discurren atareadísimas las mucamas cordobesas de atezado rostro y pintoresco acento regional, en tanto el portero del hotel va entregando la correspondencia de la tarde.

¡ Con qué júbilo se reciben las cartas y los diarios que vienen de lejos, con noticias de los que quedaron aguardando nuestro regreso ! Una vez servido el te, se disponen los jóvenes para el consabido paseo a caballo, rumbo a la Toma, a los Mogotes, al Zapato, a la Aguila Blanca o a cualquiera de los muchos y pintorescos sitios que decoran los alrededores de Capilla. La gente menuda anda desde la siesta en tratos con los borriqueros, que alquilan sus cabalgaduras junto con el zurriago indispensable para hacer trotar a los reacios animalitos.

A las siete y media suena el gong llamando a la mesa ; concluda la comida, se baila, se canta o se juegan los eternos juegos de prendas,



mientras las pobres mamás y las tías incasables flanquean en sus sillas, como soldados en línea de batalla, el bullicioso salón, siempre a la mira de *lo que pudiese sobrevenir*.

### III

#### SILUETAS Y PERFILES

Después de una semana de permanencia en el hotel, Nydia era la amiga predilecta de todas las joveñitas veraneantes.

Empezando por Nora y Fanny, las infatigables turistas inglesas, que sólo aparecían a la hora de las comidas, cada vez más tostadas las mejillas y las manos rubicundas, ávidas de coleccionar piedras, mariposas, flores; fotografian-do tipos y paisajes con esa sistematización laboriosa de la raza, y siguiendo con las morochas santafecinas, Sarita, Maruca y Laura, de ojos como estrellas y cutis de raso morenito, parle-

ras, risueñas y hermosas la tres, como las gracias.

Venía después María del Carmen, monísima con su tonadita cordobesa y su ingenuo decir lleno de la inocencia de sus quince años. Luego dos rosarinas coquetas y esbeltas como palmeras, hermanas, que bailaban maravillosamente, y, por último, Totó.

Vino muy enferma a las sierras un año atrás, y aun está muy delicada ; ella es la que se llevara desde el primer momento toda la simpatía de Nydia y de la señora Kent, su tía. Es tan dulce su mirar doliente, como breve la historia de su vida segada en flor... ¡ Pobre Totó !

Uno de esos cariños vehementes, que florecen en la primavera de ciertas almas, pero que suelen arraigar en el fondo mismo de los tiernos y confiados corazoncitos de diez y ocho años, hizo presa en ella, cubriendo su ensueño con una lluvia de jazmines. Luego el brusco despertar decepcionante ; el compromiso roto por una futilidad, por una nadería, y el *monstruo* casado con *otra* en la *season* siguiente... Como epílogo, una almita blanca toda aterida, en el solitario asilo de las sierras ; anemia profunda, anhelo inven-

cible de desaparecer para siempre, a fin de no ser testigo de *su dicha*. ¡ Pobre Totó !

A la sombra del piano y al eco sollozado de un nocturno de Chopín, Nydia recibió la triste cuita, mientras lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas, frente a la dulce criatura que le ponía el corazón a flor de labio, al confiarle su único, su dolorosísimo secreto.

---

Ya llegan los chicos. Son tantos, que el comedor se puebla de risas y de trinos cuando entran triunfalmente, escoltados por sus padres y hermanos mayores.

Nydia los conoce y distingue hasta por sus motes y diminutivos cariñosos: El *Pocholo* tiene la cabeza rizada y los ojos oscuros de un querube morenito. La *Cotita* es la nena que *no tiene mamá*. *Trudchen* y *Cuno* son dos germanitos rubios como el trigo maduro; Haydee, en cambio, la *nena* es francesa, lo cual no impide su buena armonía con los alemanes, poseedores de un enorme bebé de celuloide, que hace de *trait d'union*. Chelita es a ratos la

*negra* y *Cacha la gringa*. *Pituco* y *Chicho* son germanófilos y tonadilleros; los demás menos caracterizados forman la comparsa, cuáles rubios, cuáles morenitos, rechonchos o flacuchos, risueños, traviesos todos, aparecen ante Nydia aureolados por el encanto de su inocencia y de su debilidad, la que los hace tanto más queridos; cuanto más frágiles, más indefensos parecen.

---

Acaba de llover. El sol matinal brilla sobre las piedras húmedas, reanimando la fronda de los helechos aterciopelados.

El arroyo, allá abajo, se desliza murmurando una ajeja, sedante canción.

Toda la banda de chicuelos corre tras Nydia, que desciende las barrancas prometiendo contarles en la playa la historia de Caperucita. Mientras bajan, registran las piedras en busca de caracoles y los deditos implacables dan caza a los indefensos animalillos, a quienes tratan a toda costa de arrancar de sus casetas de porcelana para que luzcan sus cuernos al sol, como re-

za el viejo cantar. Nydia, entre tanto, ha llegado al arroyo y se dispone a salvarlo para alcanzar la gruta umbrosa de la orilla opuesta. Un chico corta para obsequiarla una flor de cactus blanca y redonda como un cáliz. Con ella en la diestra y las faldas recogidas, queda un instante, de pie, sobre una piedra en el centro del arroyo. Es la ninfa de las remotas leyendas con su ronda peregrina de duendecillos, los chicuelos que cantan y saltan en torno suyo, como si cumplieran en su honor un rito extraño y secular.

## IV

### EN «LA TOMA»

Serían las cinco de la tarde cuando llegaba a la «Toma» la alegre cabalgata salida del hotel media hora antes. Nydia marcha elegantísima con su amazona obscura y su sombrero de alas anchas y flexibles. Venían todas menos Totó ;

la pobrecita no podía gustar ya ni de los placeres de la equitación ni de los de la danza, prohibidos por rigurosa prescripción de su médico.

Las mamás siguen en coche la alegre cabalgata, y mucho más atrás, rezagadísimos, vienen los chicos en sus borriquillos, hostigados por los burreros, cerrando la marcha.

En el cielo azul, lavado por la lluvia de esa mañana, resbalan lentamente las algodonosas nubes en cúmulos de relieves plateados; en los árboles, las urracas vocingleras chillan saltando de rama en rama, mientras las cotorras en su habitual algarabía se unen al coro, en tanto las golondrinas forman, al remontarse en el éter, diminutos y azules circunflejos. Bordeando el riachuelo, erguidos por un prodigio de gravedad, con las gruesas raíces enredadas entre las piedras, se levantan los colosos de la selva cordobesa, con sus frondas ásperas y hurañas fiandubaises, algarrobos, talas, molles, piquillines, quebrachos... ahí están, reunidos por enredaderas que trenzan en ellos floridos columpios sin que logren descuajarlos tormentas ni huracanes. Y poetizan el hogar aéreo y sombrío las flores del aire, los helechos, los claveles y las orquí-

deas raras, entre las cuales viven y se arrullan zorzales, colibríes y jilgueros.

Bajo un tala florido y centenario, reposó la caravana de paseantes e hizo su alegre merienda de sandwiches y cerveza refrescada en la vertiente, en medio de la franca camaradería que se establece entre huéspedes de un mismo hotel y en la intimidad forzosa de los pequeños centros. Las mamás, como por tácito acuerdo, forman su círculo solas, no lejos de la rueda en que niñas y caballeros departen en amigable y animado grupo. Comentan la última fiesta de beneficencia a favor de los pobres del pueblo en el Lar único, del mismo.

—¡Qué bien estuvo la Pagano, muchachas!  
—dice Laura sentándose junto a Nydia en la linde del tajamar.

—En los monólogos de ingenua, es deliciosa—afirma Maruja, mientras desgrana golosamente un racimo de moscatel rosado.

—Pero, che—interrumpe Sarita—, ¿se fijaron en el traje de la de X? (aquí el nombre de un conocido médico y clubman porteño). «Un amour», como decíamos en la Santa Unión.

—Debe ser modelo de Paquin—afirma la ma-

yor de las rosarinas, personita versada en tales cuestiones.

—Pues ahí tienen—saltó María del Carmen, con su deliciosa tonadita— : A mí no me gusta, pero lo que se llama nada—. Y haciendo un gracioso mohín, continuó impertérrita— : eso de que una señora haya de presentarse con el vestido, poco menos que a la rodilla, y escotada de un modo tan exagerado, me parece casi indecente.

Las rosarinas se miran socarronamente, como diciendo : «Cordobesa, al fin, para los escrúpulos». Los caballeros defienden a la dama del modelo parisiense, y el improvisado areópago la clasifica de mujer interesantísima, árbitro de las elegancias mundanas, mujer de moda. Sólo uno, y era precisamente el más frívolo del corro, muchacho que llevaba hechos más de tres viajes a Europa, de pésima fama como galanteador y un tanto cínico, fué el que reclinándose negligentemente en el robusto tronco del viejo tala, opinó de esta manera :

—Las muñecas de Mussion no tienen más elegancia ni más alma tampoco. Sólo sé que nunca sale con sus hijos, los bebés más deliciosos



que conozco, y que ni siquiera los ha criado para no estropear su ya famosa belleza.

Y terminó entre las protestas generales del asombrado grupo :

—Esas mujeres no merecen el honor de ser madres.

Luego, clavando sus ojos en la única que permanecía como ensimismada y silenciosa entre el vocerío de los demás, exclamó cambiando de tono y con tranquilo y gentil continente :

—Nydia, ¿y usted qué dice?

Nuestra heroína, volviendo su fino perfil de ese lado, respondiéndole con la más exquisita modestia :

—¿Yo? ¡ Qué sé yo de esas cosas ! No conozco a esa reina del gran mundo, ni siquiera pertenezco a su imperio.

—Felizmente—se le oyó murmurar en voz baja a nuestro rígido Catón—. Usted no es de *é*sas, por suerte.

Y azotando con su fusta sus brillantes botas de montar, alejóse mariposeando entre los grupos vecinos.

Los coloquios se han hecho más íntimos ; las voces descienden suavemente al tono confiden-

cial ; bajo el encanto de la hora crepuscular y en la libre convivencia de la naturaleza, suben y se esparcen como un perfume los sentimientos y los afectos.

Laura empieza a declamar con su hermosa voz de contralto, la «Sonatina» de Rubén, todos la rodean y el vate enamorado de las palomas y de las garzas morenas, preside en espíritu aquel coro de adeptos.

«¡ La princesa está pálida !  
¡ La princesa está triste !»

Nydia, al oírlo, suspira y piensa en Totó, enferma de amores, a quien guarda su tristeza como *un dragón colosal* y a la que jamás vendrá ya el amado a *encenderle* los labios con el ósculo supremo de los soñados esponsales.

## V

### «LE RÊVE»

Acababan de almorzar. Totó está sentada en el corredor, luciendo al sol del mediodía sus piececitos calzados coquetamente con botitas de raso negro. Apoya la cabeza rubia y rizada en el blando almohadón del respaldo y sonríe a Nydia y a la señora Kent ; esta última teje para su amiguita una caperuza encarnada, mientras Nydia, en una silla baja, toma *La Nación* y empieza a leer en voz alta los «Ecos sociales» :

—De Mar del Plata, las familias de... (aquí sigue una larga lista de la *haute* porteña que inicia el regreso, buscando el abrigo del solariego hogar).

Siguen los corolarios de la temporada : compromisos surgidos en los *links* del aristocrático balneario o nacidos en los cotillones del Bristol. De repente Nydia se calla. Turbada y pálida, no acierta a separar sus ojos de esta lacónica notita : Para su residencia de «Los Co-

cos» en Córdoba el doctor Carlos Augusto de Aguiar acompañando a su hermanita Susana.»

—¿Por qué no sigues, Nydia?—demanda Totó con su voz melodiosa.

La interpelada se estremece, como quien vuelve bruscamente en su acuerdo, y alarga el diario a su amiga apuntando con la uña de ónix rosado, el sueltito misterioso.

—¿Ves?—le dice, en voz queda—. Estos renglones me obligan a anticipar mi regreso. Nos iremos el lunes.

Y como Totó, enarcando las finísimas cejas interrogadoras, demandase una explicación a tales palabras, Nydia aproximóse más a su amiga, y tomando su diestra entre las suyas afectuosas, los ojos bajos, y el habla tenue, comenzó su relato confidencial :

### *El diario de Nydia:*

«Viernes 12 de febrero.

»¿Por qué y para quién escribo?

»Efímero consuelo el de confiar al papel nuestras cuitas ; no obstante, háy un encanto secreto para mí en continuar este *diario*.

»Quizás fuera mejor destruirlo y olvidarlo todo, absolutamente todo. Los recuerdos son un fardo, muy pesado...

»La lectura de *su* solo nombre ha levantado en mi alma un torbellino de memorias, que ya creía sepultadas para siempre.

»Qué poca cosa, somos ¡Dios mío!, frente a las fuerzas misteriosas que rigen los destinos humanos y que juegan con nuestras resoluciones como el viento con las hojas caídas.

»Nos queda, es cierto, el frío y miserable recurso de la dignidad, máscara con que debemos ocultar los amantes y ciegos impulsos del afecto, que fuera nuestra razón de existir...»

---

«Sábado 13 del mismo.

»Hace apenas dos horas que volvimos de «Los Cocos».

»He querido conocer «Le Rêve» antes de alejarme para siempre de estos sitios.

»Fué mi visita una romería de tristezas y de encantos a la vez, porque iba hacia su casa, la cual debió ser un día «nuestro home»... Lo

hallé frío y mudo; parecióme que allí había muerto alguien.

»En el parque desierto soplaba un viento de presagio siniestro.

»Las habitaciones, que el guarda complaciente nos dejó ver, tenían un aire de mortal tristeza, con sus sedas desvanecidas y sus retratos antiguos. Quise hacer a pie el trayecto de Los Molles a «Le Rêve». Conocía también ese sendero por *sus* relatos; me eran casi familiares los grandes árboles y los dólmenes a orillas del camino, que cierra una cadena de montes azules en el horizonte lejano.

»Perséguíame como una obsesión la imagen de una pareja, que marchara unida estrechamente bajo la bóveda oscura del ramaje, formando una sola sombra en la arcilla blanquecina de la vereda. «Así iríamos—pensaba, paso a paso, en el inefable anonadamiento de la dicha absoluta—, camino de «Le Rêve» escondido en el retiro del viejo parque, al amparo de la montaña amiga y confidente. Así nos hubiera sorprendido el ocaso otoñal en la pompa de sus matices regios, a la clara luz del plenilunio serrano.» Tuve envidia del banco de mármol, que a la

entrada del dominio suyo le brindará en breve hospitalario reposo.

»Una profunda pena me invade al pensar que Susana es la causa probable de este viaje inesperado.

»¡ Queridísima *Suzie* ! Siempre tuvo una salud precaria y una apariencia tan frágil como la de esas exquisitas figuras de Tanagra que tanto la gustaban. ¡ Dios mío ! Que al menos ella encuentre en estas sierras la salud, aunque yo no hubiese de recobrar la paz tan anhelada.

- »Y entretanto, huyamos. Por nada en el mundo debemos encontrarnos otra vez...»

## VI

### EL REGRESO

La despedida de Nydia y sus amigas, la mañana del viaje, fué cordial y hasta emocionante. Sólo dejaba afectos tras sí, y sobre todo, quedábase Totó, ¡ quién sabe hasta cuándo !

Muchas veces mezclaron sus lágrimas y sus

besos con el presentimiento de no volver a verse. Ya en el tren, al partir, Totó no acertaba a separarse de Nydia y ésta hubo de recordar largo tiempo aquella mirada devoradora y ansiosa con que la pobre enferma envolvióla desde el andén, como si se viesen ya separadas por un mar inmenso e insalvable. Un gran ramo de rosas y jazmines yacía en el asiento de Nydia; era el último mensaje de Totó.

Mientras la señora Kent, abriendo uno de sus *magazines* favoritos, se engolfaba en la lectura de una novela sensacional, Nydia decía adiós con la mente a cada rinconcito de la sierra al pasar y a sus aromas agrestes respirados a pulmón pleno con delicia infinita.

¡Adiós! murmuraba su corazón ante las cordobesitas humildes y buenas que acechando el paso del convoy iban en cada estación a ofrecer cestitos rústicos, con las frutas y la miel de sus huertos pobres.

El tren corría serpenteando junto al curso del río Primero y las cumbres acantiladas, describiendo curvas tan audaces como fantásticas, por entre bosques y colinas cubiertas de rebaños. Volvieron a admirar sus ojos la obra maravillosa



del dique de San Roque, y la caída de sus aguas en rugiente catarata puso otra vez la sensación del pánico en sus nervios. Como si fuera el símbolo de su grandeza, un cóndor batía sus alas en la altura, armonizando con la magnificencia del espectáculo, mientras allá en la orilla opuesta del río una gran bandada de espátulas rosadas ponía en el paisaje agreste su bellísima nota de color.

Todo desfila en cinta cosmorámica y todo se sucede con emocionante rapidez. A la vera del camino, entrevése el cementerio de Valle Hermoso, con sus toscas crucecitas de madera y sus mogotes de hierba, sugerente y conmovedor.

Allí duermen junto a los humildes hijos de la sierra los seres ya quizás olvidados por parientes y amigos lejanos, que rindieron su vida devorados por la tuberculosis.

Y Nydia, al mirar esas tumbas sin nombre, atrajo a su memoria la famosa elegía de Tomás Gray, «El cementerio campestre» que aprendiera de niña en inglés.

Dónde mejor que en aquel sitio, aplicados los profundos y sentidos versos del poema triste :

*The boast of heraldy, the pomp of power,  
And all that beauty, all that wealth e'er gave,  
Await alike the wicuitable hour:  
The paths of glory lead but to the grave.*

.....

*Can storied urn or anniated bust  
Back to its mansion call the flecting breath,  
Can Honnour's wice provoke the silent dust,  
Or Flattery swthe the dull cold ear of Death? (1)*

.....

---

Mediaba la tarde, cuando nuestras viajeras vislumbraron a lo lejos las cúpulas de Córdoba, la docta, la señorial ciudad de Trejo, la de los viejos conventos y las reliquias coloniales; ya distinguíanse las torres de sus numerosos tem-

---

El fausto de alta alcurnia, el gran tesoro,  
y del poder la pompa soberana,  
y cuanto la hermosura, y cuanto el oro  
dar han podido a la ambición humana,  
todo tiene la misma triste historia,  
todo en un mismo fin acaba y cesa,  
y la senda brillante de la gloria,  
sólo conduce a la profunda huesa.

¿Pueden, mármóreo busto, urna esculpida,  
en donde el arte sus primores vierte,  
volver a dar respiración y vida  
al que duerme en el sueño de la muerte?...

plos, los que la hacen comparable a Sevilla ; la moruna edificación de sus casas, bajas en su gran mayoría, con techos de tejas rojas y amplios corredores, tiene aún tanto del antiguo carácter español. Poco después, Nydia y la señora de Kent seguían la avenida Vélez en derechura a la plaza principal, donde la arquitectura moderna va poco a poco cambiando la faz secular de la ciudad.

Nuestras viajeras, católicas fervientes, visitaron aquella misma tarde, después de su te en el Bar Plaza, la catedral y el viejísimo San Francisco, en cuyas naves palpita el alma de las generaciones desaparecidas, con su piedad rayana en el fanatismo y sus tradicionales grandezas.

¡ Qué contraste entre el tumultuoso tráfico de las calles actualmente, y el hondo silencio de aquellas bóvedas donde apenas resonaba el eco de las pisadas leves de alguna que otra tímida devota ! Poco a poco el progreso va reabsorbiendo a la vieja y tranquila urbe patriarcal, para colocar en lugar suyo la ciudad moderna, cosmopolita, industrial y agitada ; pero aun conserva mucho de su grave y solemne grandeza pretérita.

No quiso Nydia abandonar Córdoba sin antes haber hollado con su planta las venerables losas de los claustros universitarios, famosos por las generaciones ilustres que allí se doctoraron, y que compartiera con su rival de Lima, el dominio de la escolástica, el latín y la teología en América.

Y la gracia juvenil de nuestra heroína paseóse bajo la vetustez de los arcaicos corredores de piedra, como un destello de poesía, que acarició reverente la severa fundación de Trejo y Sanabria, al abarcarla con la espléndida luz de sus incomparables ojos verdes.

---

Aquella misma noche siguieron su viaje, llegando en la mañana del martes al Rosario, lugar de su destino.

## SEGUNDA PARTE

### VII

#### PRIMER DÍA DE CLASE

El primer lunes del mes de marzo de 1915, la escuela normal de niñas de la ciudad del Rosario, abrió sus puertas para reanudar la labor acostumbrada.

¡ Cuánta animación reina en estas artísticas colmenas donde se elabora el porvenir del país y de la raza !

Esas deliciosas jovencitas, que despreocupadas y risueñas, en la expansión jubilosa de su regreso al hogar intelectual, son las madres del mañana, llevan, sin saberlo, en su mano los destinos de un pueblo.

Cada una es saludada al llegar, con idénticas exclamaciones de placer, como que revive a su vista la floración dichosa, que siembra esa honda y firmísima vinculación de almas, establecida por la labor escolar, tan singularmente niveladora.

¡ Qué de sabrosas charlas devoradas en rueda !

¡ Cuántos comentarios chistosos en el corro !

Y ¡ qué dulces deben ser esas cuitas confiadas sotto voce, en la reserva discreta de un interesante *tête à tête* !

Pero llega un momento en que la campana deja oír su voz de bronce y hace cesar como por ensalmo las conversaciones y el bullicio ; una tras otra en larguísimas filas, las adolescentes y las pequeñas, todas se van caminito de sus aulas respectivas.

Esta vez no resonó la música ni se escucharon los melodiosos cantos, con los que es tan grato dar comienzo a las tareas del día. Nadie ignora el por qué de tal silencio : es homenaje de tristeza y doloroso recuerdo rendido a la memoria del joven profesor de matemáticas, fallecido durante esas mismas vacaciones. Y al pasar junto a su cátedra vacía, a todos les parece ver una vez

más su alta silüeta de erguida cabeza, dominando su clase, pleno de vida y de fuerza, bien ajeno a la proximidad de su fin prematuro, que abriera doloroso claro en el grupo docente y amigo.

---

Nydia tiene a su cargo en el establecimiento, la enseñanza de la Historia y de la Literatura.

Ambas, materias de maravillosos recursos, en manos hábiles, hallaron en su espíritu selecto y disciplinado por la experiencia de la vida misma, la ponderación de una educación personal excelente, un *self-control*, tan completo—como que en él radicaba la fuerza de su carácter—capaz de obtener por imitación, por sugestión, y por prestigio con su noble ejemplo, cuanto quisiera en su bellissimo apostolado.

Había libado al nutrir su entendimiento, como las abejas, en las más dulces corolas, la miel de sus enseñanzas y había tenido que aplicar su reflexión, en la dura necesidad de adaptarse al medio nuevo, a la experiencia fecunda de los

grandes maestros del saber humano, psicólogos y educadores.

De aquí su madurez y rectitud al juzgar, pues nada forma y complementa como ese simplísimo método de aprender por sí mismo.

Sus lecciones eran lógicas, claras y sencillas, distinguiéndose por la amplitud y elevación de sus miras, como que prefería las altas cumbres, y el estudio resultaba en ellas, fácil, simpático y atractivo como pocos.

Por otra parte, la índole democrática de las normales, dábale ocasión de ejercitar su equidad y altruísmo en continuos actos de justicia, que resultaban el mejor de los estímulos morales, entre aquellas humildes hijas de artesanos y obreros, para quienes era Nydia modelo vivo de bondad y de inteligencia.

Luego había para las imaginaciones jóvenes de sus educandas el excitante misterio que la envolvía como un velo. ¡Cuánto no dieran ellas por conocer su pasado que suponían con razón lleno de interés!

No obstante, su fantasía estaba lejos de medir el profundo cambio sufrido por aquélla, que



arrancada a la seguridad del patricio y viejo hogar porteño, hubo de someterse al yugo de la mal retribuída y ardua labor de la docencia secundaria....

## VIII

### AT HOME

Serían las cinco de la tarde, cuando Nydia, concluída la tarea de ese primer día de clase, regresaba a pie a su morada, llevando un paquetito de libros en la mano. La distancia es corta y la salva rápidamente con su paso ligero y firme.

Marcha recta, sin desviarse, ni mirar a un lado o a otro; eso sí, no puede impedir que el rubor invada sus mejillas, cada vez que la mirada impertinente de un indiscreto paseante se clava en su rostro de desusada belleza y señorial distinción. Apura el paso y llega a la calle Laprida, donde vive en medio de conocidas y antiguas familias de la buena sociedad rosarina.

Desde la puerta cancela percibe ya el cantar de sus canarios favoritos en el vestíbulo ; sin detenerse, cruza por el pequeño hall sombreado con amplias cortinas de hilo antiguo y va en derechura al jardín donde la esperan reposando a la sombra de los grandes rosales, su anciana madre y su tía, nuestra conocida señora Kent.

Con un respeto casi religioso, besa Nydia la frente pálida de la autora de sus días, e inmediatamente empieza a mullir los almohadones de su asiento, y mientras se quita el sombrero y los guantes, le hace mil preguntas con manifiesta solicitud sin cesar de mirarla ni sonreírla al hablar.

Ella le responde en voz muy suave, casi doliente, de criatura quebrantada por hondos pesares, y acoge con inefable dulzura todos los mimosos cuidados de que es objeto.

Nydia toma con ella actitudes delicadamente maternas, y en su amorosa previsión va y viene junto al sillón como si quisiera sorprender en el fondo de los adorados ojos azules un rayito tenue de la luz de otros tiempos. En esto llega la mucama con el servicio del te y nuestra heroína asume entonces el delicado rol de ama de

casa y sirve a las dos señoras con esa su gracia exquisita, a la vez que empieza a contarles el empleo de su tiempo en la escuela.

El *five o'clock* es encantador de intimidad y bienestar ; mientras ella extiende con suavidad la manteca sobre las tostadas, e inclinada en su tarea sigue no obstante conversando con voz melodiosa, ambas hermanas la contemplan en silencio, como si vieran encarnarse en ella su providencia viviente, enajenadas de unción.

Sonó el timbre de la entrada y poco después aparecen alegres dos niñas de catorce a diez y seis años : son las hermanitas de Nydia, que vuelven de la Normal. Van vestidas con sus bonitos uniformes de colegialas, de blusas de linón blanco y faldas amplias de sarga marina. Con ellos y sus rubios cabellos recogidos en opulentas trenzas, forman un grupo encantador ambas niñas, frescas, sonrosadas y esbeltas como su hermana.

Dos horas más tarde, toda la familia se reunía a la luz tutelar del comedor, en la mesa presidida por la anciana madre de rostro exangüe y cabellos blancos, y al escuchar los comentarios animados de las jóvenes, nadie dijera que ni por

un momento se echaba allí de menos la mansión espléndida, perdida para siempre con todo su regalo y suntuosidad. Sólo, cuando alguna de ellas evoca cariñosamente la memoria del amado ausente, cruza una sombra dolorosa por los semblantes y languidece la conversación mientras se acentúa aquel pliegue denunciador que marca con un rictus de amargura la boca de la madre inconsolable.

## IX

### LA ESTANCIA PATERNA

Nydia era, como dejamos dicho, la mayor de las tres únicas hijas del opulento estanciero, don Luis María Rodríguez de Silva y de su esposa doña Mary O Neill, dama de abolengo irlandés, cuya familia estaba ya arraigada en la Argentina.

Nydia, Susana y Carmencita eran igualmen-

te bellas aunque de tipos diversos ; en las dos últimas acentuábase la alianza con la raza sajona : eran rubias, sonrosadas, y sólo Carmencita, la menor, la *nena*, lucía ojos oscuros, de pura cepa criolla, con algo de reminiscencia gauditana o moruna ; eran los ojos de su padre.

Nydia, en cambio, llamaba la atención por el vivo contraste de sus cabellos renegridos, y sedosos como el ala del tordo, y sus luminosas pupilas verde mar, ojos de ondina, de nereida, llenos de fantásticos y extraños reflejos.

El matrimonio había vivido largos años en la estancia paterna, heredada por don Luis María, verdadero latifundio del oeste de Buenos Aires, de donde sus primeros moradóres expulsaron al indio a viva fuerza para poder establecerse, y en el que constantemente lidiaron con el salvaje, único dueño por aquel entonces de la vasta y solitaria extensión.

Allí transcurrió la primera infancia de Nydia y sus hermanas, descuidada y tranquila, en contacto libre con la buena y pródiga Naturaleza ; vivieron una sola existencia con sus padres, teniendo por compañera, más que por maestra, a una culta señorita inglesa, miss Mary Grant,

cuyo carácter leal y honrado contribuyó a formar excelentes hábitos de sincera rectitud en sus tiernas educandas. El encanto de aquella época única, arraigado en el fondo del corazón de Nydia, sobrevivía a todo; era algo así como el rastro sutil de la esencia preciosa que se mantiene en el bote a pesar de los años.

Veíase de nuevo, en los mirajes del pasado, en brazos de su padre, llevados ambos por el alazán fiel, recorriendo los puestos *de mañanita*, cuando el sol no evapora el rocío de los cielos en los perfumados trebolares. ¡Cómo acudían los asombrados paisanitos a la puerta de sus ranchos humildes, para admirarla impávidos, con sus ojos de par en par abiertos!

Para ella eran los nidos con pichones recién emplumaditos; los huevos de teru-teru, el corderito blanco de lana rizada como el astrakán, el vaso caliente de rico *apoyo*, el plato de succulenta mazamorra, dones sencillos como las almas de los ofrendantes, y que tenían en manos de los solícitos campesinos algo de homenaje patriarcal. ¡Oh! los rústicos presentes saboreados en el rancho de barro, sin piso, donde canta el viento pampero sus himnos gigantes, entre la

tatora y las cañas de la techumbre, ¡ cómo dejaron en el alma impresionable de la niña el encanto de una escena bíblica, ante cuyo recuerdo el éxtasis más dulce la invadía !

Aquellos paisanos viejos, descubiertos, encanecidos y rugosos, de rostro grave y triste, de arábigo perfil, que asentían en silencio a las palabras del patrón, quien gustaba decirles, mostrándoles con orgullo y amor su primogénita : « ¡ Aquí tienen a mi heredera ! » Aquellos galopes de las tardes estivales volviendo la una en brazos del otro, hacia la estancia, ya casi anochecido, guiados por la titilante luz de las estrellas y envueltos por el misterioso rumor de La Pampa, solemne, majestuosa, en cuyo seno recóndito, parece dormir el pasado de nuestra tierra, su augusto sueño ancestral.

Ni los placeres del cotillón, ni el vivo goce que le causaron años más tarde sus partidas de golf en los links oreados por la brisa del mar en el aristocrático balneario, pudieron compararse jamás con la honda emoción de aquella vida intensa y sana, vida pura, rica en goces sencillos, que gustó día a día en la vieja heredad de sus abuelos.

Era sedante aún recordar sus avenidas de ombúes centenarios y soñar despierta con la sombra de los nogales y los robles de la estancia, «La firmeza», cuyos troncos suministraron la rica madera tallada de los zócalos y el moblaje del severo comedor.

Allá en lo alto de la misma, evocaba Nydia el viejísimo mirador, desde donde habíanse divisado las huestes de los indios alzados en formidables malones, en aquellas épocas en que se viviera con el arma al brazo, defendiendo palmo a palmo el solariego hogar. Debajo de su torre, con la cual comunicaba por revuelta escalera de caracol, quedaba el dormitorio de los primitivos dueños, los fundadores de la estancia, cuyo antiquísimo mobiliario de macizo jacarandá, eligió Nydia, amante del culto de sus ilustres antepasados, instalando en la misma habitación su aposento de niña.

Su padre, muchas veces, y el viejo mayordomo *ño Pedro*, otras tantas, habíanle relatado dramáticos episodios de aquellas épocas difíciles, épocas de azar y de peligro, compartidos noble y heroicamente por las esposas de los denodados estancieros.



Una de éstas, digna de férvida admiración, fué su bisabuela paterna, doña Carmen de Allende, la cual, en una noche de trágico recuerdo, mientras las turbas ebrias de furor sacudían rabiosamente las puertas de la planta baja, ayudó con sus blancas y pulidas manos a cargar las carabinas destinadas a sembrar el exterminio desde las altas troneras del segundo piso, y alternativamente pasaba las cuentas de su rosario de amatistas pidiendo a Dios, la vida de los suyos.

Felizmente aún quedaba su retrato, finísima miniatura sobre marfil, ejecutada en Francia, cuyo porte y peinado recordaban tanto a las damas del primer Imperio.

Don Luis María se complació siempre en comparar la belleza incipiente de Nydia con la de la arrogante dama, hallando un notable parecido entre los ojos de la altiva señora y los de su linda biznieta ; verdes, eran en efecto como el agua del mar los unos y los otros, aquellos que habían escrutado el porvenir en críticos días de prueba y estos que se abrieran límpidos y confiados a la vida fácil del hogar opulento. En ambas también una cabellera rizada y oscura, coronaba como diadema natural la frente clásica.

En esa estancia inolvidable, consagrada por los suyos como un símbolo al designarla «La firmeza» habían vivido en honesta y laborada vida todos ellos. Allí fueron en viaje de bodas las parejas felices; en galera, escoltada por peones de a caballo los primeros; en volante de alto estribo los otros, y por último en tren expreso los autores de sus días, el gentil hombre de criolla prosapia, y la rubia doncella del otro lado de los mares a unificar por el amor su raza y su creencia con las de su marido.

Allí reinó constantemente la paz del alma y la alegría del corazón. Allí se vivió en la unidad perfecta de la armonía más completa, en la libre convivencia de la Naturaleza, fuera de los absurdos prejuicios de una sociedad mezquina o egoísta.

Por esto quizás, Nydia llevaba en su sangre el sedimento de una arrogante y hermosa independencia, que había de florecer más tarde en su vida con todos los prestigios de una criatura de selección.

## X

### ¡ A LA ESCUELA NORMAL !

De verdadera batalla campal pudo calificarse la que libraron don Luis María y su esposa con los parientes todos, al adoptar la resolución de enviar sus hijas a la escuela normal de la calle Esmeralda.

Habían cursado bajo la dirección de miss Mary la instrucción primaria y la elemental con notable buen éxito. Era llegado, pues, el momento de resolver sobre la orientación de sus nuevos estudios. Y después de pensarlo maduramente, de común acuerdo resolvieron ambos cónyuges que sus hijas, pesase o no a la rutina y al prejuicio de las clases selectas y adineradas, fuesen a la escuela normal, escuela democrática, donde aprenderían a vivir en la compañía de otras niñas de diversas condiciones so-

ciales y en contacto con un ambiente menos artificioso, de menos convencionalismos que el que se respiraba en los lujosos institutos con rótulos extranjeros y cultura superficial.

—Pero, ¿de dónde habrán sacado Luis y María semejante idea?—decía comentando el hecho del ingreso de las niñas en la Normal, la hermana mayor del señor de Silva, doña Etelvina, dama de rancias preocupaciones y orgullo nobiliario, la que al decir de un chusco, vivía encaramada en lo más alto del árbol genealógico de la familia—. Como si no estuvieran la «Santa Unión», «Las Esclavas», «Las Adoradoras», y todos esos colegios donde van las niñas de su misma clase, libres del peligro de mezclarse con cualquier gente...

Y había sido precisamente esa meticulosa selección de apellidos y rangos, la que en el claro y juicioso criterio de los esposos Lastra influyera más, quizás, para hacerles antipático el envío de sus hijas a esos institutos donde se pretende cultivar flores de estufa.

Creyeron conveniente y aun necesario para fortificar el carácter y la inteligencia de sus niñas, hacerlas vivir en camaradería escolar con

otras personas distintas de las que formaban el círculo cerrado de la familia.

La buena misia Etelvina, que no transigía con los prejuicios de cuna y de casta, habíase sencillamente escandalizado de lo que ella llamó *mania socialista* de sus hermanos.

—Déjala—decía entre tanto don Luis María a su esposa—, déjala fosilizarse en sus añejas tradiciones. No haremos de nuestras hijas, muñecas para las vitrinas del salón, sabias en el ceremonial hueco y palaciego, pero vacías de cerebro e incapaces de vivir por sí mismas.

Y así, entre las pullas de los unos y la compasión de los otros, mantuviéronse firmes ambos cónyuges en su oportuno y discreto pensamiento inicial.

Sólo hubo un momento en que flaqueó la viril resolución, y fué al escuchar la voz sollozante de mamita Mercedes, la anciana tía paterna de los de Silva, reliquia viviente de la familia entera.

—Mira, Luis, es una locura eso que van a hacer ustedes con las niñas. ¿No han pensado que en esa escuela no hay religión, ni creencia; que falta la bendita palabra que guarda la fe prime-

ra y que corren el terrible riesgo de perder el alma de sus hijas extraviada por maestros incrédulos o ateos?

Y conmovida por sus propios argumentos la buena señora, lloraba a lágrima viva, viendo ya a sus sobrinas convertidas a quién sabe qué reprobadas y fatales teorías, y renegando de la tradición secular y cristiana de los de Silva.

—¡ Usted también, tía querida!—dijo entonces sonriendo don Luis María; pero impresionado a su pesar, por el acento de profunda convicción de la anciana dama—. ¿Y si yo le dijera a usted que me enamora esa libertad religiosa, que es el ideal de las escuelas normales? ¿que su laicismo es el desiderátum de la cultura popular en repúblicas como la nuestra, que reciben con los brazos abiertos al protestante como al mahometano, al irlandés católico acérrimo y al judío sin patria, como al ruso ortodoxo? ¿No es facultad única y privativa de los padres, el formar la conciencia y el corazón de sus hijos? ¿Y habríamos perdido María y yo, tan lastimosamente el tiempo si hasta el momento presente, no hubiéramos arraigado nues-

tra fe y nuestra creencia en un Dios de justicia y misericordia en el alma de nuestra criaturas?

Pero una vez a solas, pensó mucho el buen caballero en los riesgos probables a que se vería forzosamente expuesta en tan tiernos espíritus, la débil planta de esa misma fe y esa misma creencia, frente a los formidables empujes de ideas antagónicas y sentimientos hostiles.

—¡ No importa ! — concluyó—, que vayan y aprendan a ser tolerantes y conciliadoras, y así, sabrán respetar aún en el adversario su entidad moral, en lo que ella tiene de más inalienable, en la suprema dignidad de su libre albedrío.

Y cerró estas discusiones solitarias con la siguiente reflexión final, que era como el eje de sus sentires :

—¿ Qué sería, Dios mío, de la vida humana, sin ese sereno y alto espíritu de tolerancia, que tan bien nos ayuda a soportarnos los unos a los otros, en este pequeño y mísero mundo?...

---

De allí a poco, mientras las primitas todas, iban a sus pensionados de lujo, conducidas en

coche propio por cocheros y lacayos de librea, Nydia y sus hermanas, vistiendo sencillo uniforme, iban a pie hasta la escuela normal de la calle Esmeralda. No dejó de sorprenderlas un tanto el hallar niñas tan refinadas y cultas, no obstante su origen humilde y obscuro; así como no tardó en constatar que no bastaba un bello apellido compuesto y una gran fortuna, ante esos graves hombres de ciencia adusta pero sincera, para alcanzar a ser la primera del curso en matemáticas o en psicología.

El estudio y la investigación amplia y serena, les fueron dando ese raro conocimiento de sí mismas, que tan difícil resulta de adquirir en medio de la lisonja y de la adulación de los colegios pagos, y así fué cincelando su carácter como se cincela un brillante de primera agua, vale decir hasta su máximo esplendor. Contemplábalas el padre a menudo y comparaba los graduales y positivos progresos de sus hijas con los de sus sobrinas, las niñas de sus hermanos y hermanas, educadas en los colegios franceses de mayor *chic*. Nydia dominaba perfectamente el inglés y conocía sus más ilustres poetas y prosistas; y no se diga los que hablaron la len-



gua de Hugo y de Lamartine. En tanto sus altaneras primas, apenas si podían sostener medianamente una conversación trivial en mal francés y peor inglés.

Eso sí, eran maestras consumadas en todo lo que toca al protocolo y al ceremonial, como si hubieran de presidir encopetadas recepciones toda su vida o se las destinase a la carrera diplomática. En cuántos tiempos, con cuáles grados de inclinación de la cabeza, del tórax, del cuerpo entero, debían saludar a determinados personajes; todo era rigurosamente estudiado y practicado a la perfección. No se hable de la ciencia suprema del vestir, llave maestra en ese gran mundo, donde la mujer que se estima, no aparece jamás ni entre sus íntimos, más de dos veces con el mismo traje. Como que en él tampoco se concibe la existencia racional de un ser que no posea su auto, su palco y su palacio en la Avenida Alvear o en otra cualquiera de las arterias del lujoso *faubourg* del Norte.

## XI

### LA VELADA DE NOEL

Nydia cumpliría en breve sus diez y nueve años y terminaría al mismo tiempo sus estudios en la Escuela Normal.

Día de júbilo inefable fué aquel en que los padres, coronando tan altas aspiraciones, lograron asistir a su recepción en el profesorado nacional, y ella, una Silva, suspendió su flamante diploma en el severo despacho del autor de sus días, bajo la salvaguardia de los varones de la familia, como una ejecutoria digna de figurar al lado de los valientes fundadores de «La Firmeza».

Esa misma Navidad, el viejo palacio de la calle Florida, se iluminaba como en sus más suntuosas fiestas, en honor de Nydia, que pisaba gallarda los umbrales de sus veinte años.

Las esquelas de invitación repartidas en el extenso círculo de las relaciones, comenzaron a

congregar poco antes de las once de la noche, al *todo* Buenos Aires del talento, del nombre y de la fortuna, en sus exponentes más representativos.

---

Estaba el baile en su apogeo, cuando Nydia y su compañero el joven médico Carlos Augusto de Aguiar, ocuparon sus puestos como directores del cotillón. El traje de nuestra heroína era el poema de lo blanco; níveos tules y muselinas mezcladas, modelando por sobre la *fourrure* de raso, su veste de ninfa; lirios del valle en el corpiño y un hilo de perlas en su cuello de cisne. Llevaba como distintivo de su cargo, una ancha faja de seda azul de rey, cruzada sobre su pecho en juego con su compañero, condecorado con vistosa roseta del mismo color, en la solapa izquierda del frac. Al verlos avanzar hasta el centro del salón de baile, tan gallardos, tan jóvenes y hermosos, no podían menos de admirárseles y los ojos seguirlos con embeleso, como que formaban la pareja más gentil y armoniosa. Y llegó a su colmo el entusiasmo, cuando al fren-

te de la *farandole* final, iban los dos, llevando en alto las linternas exóticas de seda blanca y crisantemos de oro, con diminutas bombitas eléctricas, como guiando una rueda de hadas y de silfos en la velada del viejo Noël.

---

La cena fué servida en mesitas separadas en el jardín, a los dulces ecos de la lejana orquesta de zíngaros, brindando las delicias del *tête à tête* en aquel medio de romántico encanto.

Brillaba la luna en el césped y allá entre la oquedad de los bosquecillos, lucía su divina desnudez el torso de la Diana de Fallières sobre magnífico zócalo de mármol negro.

El joven médico, cuyo nombre figuraba a menudo en el *carpet* de Nydia, era su *chevalier servant* en aquellos momentos: a la luz sonrosada de los focos ocultos entre sedosas y originales pantallitas, cenaban juntos y hablaban en voz baja. El rumor de muchos otros diálogos esfumaba el del suyo.

El champagne burbujeante en las talladas copas, anchas y planas como cráteras, parecía animado de votos fervientes.

—La ofrenda de Noël... ¡Qué hermosa creencia!— decía Carlos, como si leyera al mismo tiempo en los ojos de Nydia secretos presagios—. ¿Por qué debemos despojarnos de esas dulcísimas confianzas, encanto supremo de la vida? ¿No valen acaso lo que ella tantas efímeras y discutidas teorías que apoyan al parecer la pobreza de los hombres?

—¿Y quién habla de renegar de papá Noël?—replicó Nydia entre burlona y seria—. Pues yo espero formalmente de su bondad acostumbrada mi regalo esta noche, y lo veré al despertarme como todos los años bajo mi almohada. Como que allí viene—agregó gozosa, levantándose para brindar con el señor de Silva que avanzaba al encuentro de su hija—. Aquí está mi Noël, se lo presento a usted—terminó riendo, mientras Carlos se inclinaba profundamente y asentía con el mayor convencimiento.

Alejóse el anfitrión, y un gran silencio cayó sobre ellos dos, y era como si el pequeño intruso, árbitro de la humana felicidad, se hubiese instalado furtivo entre ellos, en complicidad con Noël, para robarles, travieso, su albedrío, y hacerles en cambio, el don peregrino de un verdadero amor.

## XII

### REGATAS EN EL TIGRE

El otoño se iniciaba bien aquel año para la temporada mundana; una serie de fiestas en perspectiva a raíz del temprano regreso de muchas familias porteñas desde sus estancias y balnearios. Se corría una tarde, primer domingo de Pascua, la gran regata internacional. El Tigre rebosaba de gente, ansiosa de presenciar la encarnizada lucha, cuyo premio lo constituía el precioso rehén de la copa de plata, que el Rowing Club venía disputando año tras año con brillante fortuna a los remeros uruguayos.

El pintoresco río Luján, ornado de sauces y álamos temblones, hormigueaba de lanchas, botes y embarcaciones de todo género reunidas con su carga de hermosas niñas y gallardos jóvenes para dar la ilusión de un verdadero corso veneciano, pletórico de luces y colores, salvo las

voces de las estridentes sirenas y la perspectiva de los chalets vecinos.

No podría elegirse un teatro más adecuado para el viril deporte, ni *rendez vous* más poético para la juventud en sus esparcimientos nobles, que este rinconcito de nuestros ríos, donde los émulos de los universitarios de Oxford y Cambridge, van dando el saludable ejemplo a las generaciones sucesivas.

Día llegará en que el amor por estos ejercicios vigorizadores del cuerpo y del espíritu sustituya dignamente a los gastados goces del bulevar y del vulgarísimo *cabaret*, donde tan estúpida y tristemente, se prodiga la savia y el porvenir de la raza latina.

---

A bordo de *Le Rêve*, la coqueta lancha de Carlos de Aguiar comandada por él mismo con la pericia de un *yachtman*, paseaban esa tarde, sus hermanas María Ignacia y Elena, esposas de opulentos banqueros, *Suzie*, la menor, la favorita de todos, y también Nydia con Susana y Carmencita y algunos amigos comunes de am-

bas familias. Los de Silva habían regresado en esa semana de «La Firmeza», donde pasaran todo el verano. Era, pues, la primera ocasión después de la velada de Noël, en que Carlos volvía a hallarse en presencia de Nydia. Y fué con además no exento de extraña emoción que él extendiera su diestra firme y leal hacia aquella breve manita enguantada que momentáneamente demandaba su apoyo para alcanzar la borda de la lujosa, empavesada nave.

Sólo algunos segundos duró el fugacísimo contacto, pero instantáneo, fué el más divino rubor a encender las mejillas de Nydia, mejillas que traían el rastro abrasador de los ósculos del Pampero, sobre su aterciopelado de albérchigo.

Y cuando levantara sus grandes y magníficos ojos verdes, Carlos quedó como deslumbrado, al sentir sobre sí los reflejos áureos de aquellas pupilas, todas luz, parpadeando como astros ignotos, entre el misterio de sus pestañas de seda oscura.

*Le Rêve* comenzó a deslizarse con movimientos cadenciosos, cual un cisne que marchase hacia el lejano país de la Quimera.

En la popa discurrían las señoras, mundanas



incórrigibles, de trapos y de modas recientes ; más allá los maridos, aburríanse mortalmente por su lado, fumando y discutiendo la última partida de póker en el Jockey. Nydia en el centro del corro juvenil sonreía y contemplaba embelesada el panoramá de las islas doradas por la luz febea, en el marco soberano de aquella tarde otoñal.

Carlos halló modo de aproximarse a ella y demandarle risueñamente :

—¡ Cuántas cosas bellas verá usted, Nydia, que nos está vedado admirar a los profanos ! ¿ Sería usted acaso un poquito romántica como todas las jóvenes ?

—Y si lo fuese—respondió ella lentamente y sin volverse—, sólo nuestro río sería el único culpable ; es imposible no soñar en su presencia.

—De veras—agregó entonces Carlos— ; como que hasta las hadas de Noël han vuelto para encantarlos—y al decir esto, pareció subrayar con la entonación el recuerdo de la velada deliciosa que pasaron juntos aquella Navidad última, y siguió diciendo— : Nydia, ¿ no ha pensado usted alguna vez, que sería tan dulce, trocar esos peregrinos sitios, albergue de la natu-

raleza maternal, por nuestras complicadas y artificiosas existencias mundanas?

—No los echaría de menos—dijo la joven—, si hubiera crecido como yo en «La Firmeza». Allí—prosiguió con ligera vehemencia—, se vive una vida tan distinta... El espacio sin límites, el tiempo libremente entregado a nuestro antojo, todo nos pertenece. Nada de visitas fastidiosas, sólo corazones adictos cerca de uno, la intimidad de los suyos y en los ocios forzosos de los días de lluvia, libros, pinceles, y música para uno solo ; allí está la dicha.

Y había ido animándose gradualmente con la visión interior de sus recuerdos, y al terminar parecióle a Carlos que escuchaba la profética voz de una inspirada.

¡ Cuán distintos eran los gustos sencillos de aquella niña incomparable al lado de los de sus propias hermanas, obsesionadas por los viajes a París, los saraos y la abrumadora existencia de las grandes capitales ! Sólo *Suzie*, la pequeña, era semejante a Nydia : a ella también le gustaban la pintura, la música y los libros bellos en el retiro de sus blancos aposentos. Muchas veces su voz varonil debió alzarse para defen-

derla de la ironía mordaz con que en torno suyo se criticaba tan cándidas aficiones.

Voceaba la muchedumbre clamorosa sus vítores a la tripulación vencedora, y los colores argentinos enarbolados en lo alto del Rowing, eran frenéticamente aplaudidos. En medio de este coro triunfal, Carlos sólo pensaba en Nydia, sintiendo que hubiera dado mucho, muchísimo, por detener aquellos fugacísimos instantes y seguir oyendo arrobado a la niña franca y confiada, que le ponía el alma a flor de labio. Momentos únicos y divinos en que empieza el amor a transfigurarnos, ungiéndonos, al pasar por nuestro lado y haciéndonos sentir, merced a su encanto, no lo que somos realmente, sino *lo que debimos ser...*

## XIII

### UNA NOCHE DEL COLÓN

La primera noche del Colón había llevado, a fines del otoño que nos ocupa, una concurrencia extraordinaria, en su mayoría *habitués* del coliseo, ávidos de volver al divo mimado de todos los públicos.

Caruso había elegido Otelo para su *rentrée*.

La vieja ópera verdiana gusta al alma colectiva, sencilla y sincera, para quien guarda el prestigio de las cosas eternamente bellas. Van las armonías musicales fijando su divina urdimbre sobre la trama shakesperiana, y reflejando sin complejidades de interpretación, el hondo latido de esa pasión universal, que nace del amor, pero rezuma odio y dolores ; que adora, pero mata, y que inmortalizaron en la escena Gayarre y Tamagno.

Las familias de Silva y de Aguiar eran abona-

das de la temporada y ocupaban palcos de la misma fila. El Colón resplandecía de bellezas y luces, flores y brillantes, pero por encima de todo su esplendor, fulguraban como estrellas los ojos magníficos de las damas porteñas, al decir de un galante diplomático, Sirios que eclipsaban a los luceros celestes.

Es proverbial el lujo y el donaire desplegado hasta el derroche en tales veladas; junto a las opulentas *toilettes* de terciopelo broché y laminadas de oro y plata que vestían las señoras, consteladas de regias joyas de familia (son éstas las clásicas noches de las diademas, los *sautoirs* y los collares de *chien*), veíase contrastando en apariencia a las jovencitas envueltas en muselinas y encajes. Pero sólo un ojo experto era capaz de calcular en aquellos bien estudiados modelos de Worth y de Paquin, el costo aproximado de los encajes que valen como joyas y de las gasas bordadas a mano por dedos de hadas.

Nydia y sus hermanas vestían de tafetán y Malinas e iban adornadas con rosas magníficas; nuestra heroína tenía en sus manos un ramo de

las llamadas «Gloria de Dijón», olorosas y frescas, que embalsamaban el ambiente.

Con el alma abierta de par en par a los goces de la armonía seguía Nydia aquella música apasionada y vibrante como pocas. En los dúos amorosos, donde el lirismo brinda las coloras, turbadoras de las súplicas ardientes y los fuegos supremos, su ritmo batía el corazón de la joven, presa ya de la intuición de una dicha nueva, inmensa, desconocida, que sentía cercana, inminente y cuya sola evocación parecía desvanecerla con la violencia de un perfume capitoso.

Cayó el telón al final del primer acto y Carlos hizo su entrada en el palco de la familia de Silva a tiempo que don Luis María y su esposa se entregaban a sus recuerdos del viejo Colón y establecían sus comparaciones llenas de saudosas remembranzas.

Carlos, sentado muy cerca de Nydia, aprovechó la entrada de nuevos habitantes para explotar delicadamente el tema musical en beneficio de sus intereses, que eran los de un naciente e invencible amor. Nydia escuchábalo atormentando el racimo de rosas con sus dedos nerviosos, sin dominar en su inocencia, las emo-

ciones dulcísimas, que levantaban las frases de su interlocutor y que rielaban en sus pupilas serenas como rielan los astros en la placidez de calma lago. Y mientras Carlos susurrábale muy bajo la cuita eterna, que apenas si torpe el hombre, puede, invadido por el más noble de los afectos, balbucear al oído de la amada, ella en su armonía viva, serena como una virgen ática, parecía la plenitud de la existencia en los dinteles de su vida de médico mundano, ofrendándole su corazón, como una corola entreabierta, desbordante de la más pura felicidad.

Latieron las sedosas pestañas en los ojos bajos, hubo como un batir de alas en el cándido encaje, que aprisonaba su busto de diosa, y la rosa de Dijón, reclamada como rehén de amores fué a las manos ávidas del gozoso suplicante, que a pesar de todo su aplomo de hombre de mundo, sintióse vacilar al peso inefable de aquella dicha tan deseada.

---

Cuando, dos horas más tarde, el soberbio tronco de potros de la estancia arrancó llevando en

la berlina muelle y lujosa la silueta exquisita de Nydia, Carlos quedó de pie mucho rato todavía, firme en el borde de la acera, como envuelto en la visión luminosa de aquella a quien había ofrendado amorosamente su albedrío y su corazón, en la velada inolvidable, y de cuyos labios oyó apenas el más tímido y el más delicioso de los sí...

## XIV

### EL COLLAR LEGENDARIO

El tema de todas las conversaciones era la fiesta que se celebraba esa noche en el palacio señorial de los de Aguiar, festejando el reciente compromiso de Carlos, el hijo mimado de misia Carmen Peña, con la bellísima primogénita de los señores de Lastra. Las invitaciones se habían distribuido profusamente, con la debida anticipación, y ya los grandes diarios desconta-



ban el éxito de la reunión, destinada a cerrar con soberbio broche la lucida y brillante *season*. De nuevo congregábase en torno de la pareja gentil, el todo Buenos Aires del blasón, del talento y de la fortuna, en un ambiente de la más refinada cultura.

La morada solariega de la calle Suipacha era, en su suntuosidad y lujo sólido, digna de formar marco a tal fiesta, y hasta de ser albergue de príncipes, si se iba a valorizar el monto de sus tesoros artísticos.

Allí habían venido acumulando generaciones y generaciones de linajudas damas y acaudalados caballeros, verdaderas joyas en moblajes de estilo, tapices, cuadros, marfiles y orfebrería. En los regios salones de la planta baja, inmensos, coloniales, dominaba el secular jacarandá, con los pesados brocateles del primer Imperio. La ligereza de los estilos Adams y Régence lucía con las sedas claras y los gobelinos de paganos asuntos, en los pequeños y artísticos aposentos del primer piso, mientras los embutidos *bahuts* y los gabinetes y vitrinas atesoraban por doquier aquellos abanicos de joyantes sedas y afiligranado varillaje, que pertenecieron a las

patricias fundadoras de la estirpe, y que allí estaban en amigable consorcio con los macizos mates de plata, como viejos contertulios de los familiares recibos de otro tiempo. Las telas de Madrazo, Rusiñol, Zuloaga, de la Gándara y Carolus Durán, fijaban junto con algunos retratos de Sorolla, la efigie de muchas damas y caballeros de la genealogía de los de Aguiar, atestiguando en todos ellos la misma firmeza varonil en las cabezas erguidas de los hombres, como la clásica belleza en sus mujeres.

Eran cerca de las doce de la noche y la recepción estaba en su apogeo. La dueña de casa, asistida de sus hijos y sus yernos, recibía con su proverbial señorío, en lo alto de la escalera de honor, que daba acceso al hall soberbio, invadido por los sones de la orquesta de Furlotti. Nydia llegó en ese momento con sus padres. Carlos se adelanta y no acierta a quitar sus ojos de su bellísima prometida, la cual, vestida toda en estilo, con tul de ilusión y lama de plata, perlas y muguettes frescos, parece un ser fantástico, arrancado a la quimera de un sueño, pronta a desaparecer. ¡Qué bellos eran los ojos de la ondina al fijarse amorosamente en el ama-

do! ¡ Y qué seductor el ramito de violetas, semi oculto entre los negros cabellos recogidos a la griega!

Al cuello lucía ya, en arras de la cercana boda, el collar legendario de heroica prosapia, collar simbólico, que su prometido ciñérale la noche de sus esponsales y que en la añeja *nao* trajo la bisabuela española, esposa del oidor de la audiencia de Chuquisaca, sufriendo en su viaje a las Indias con valor extraordinario, los rigores del naufragio, a su arribo a Montevideo. Lo había heredado, un siglo después, una bellísima unitaria, la abuela de Carlos, que audazmente lo ostentó con espléndido traje de gro celeste, en baile de aniversario patrio, en plena tiranía, baile que aunque dado entre amigos íntimos, motivó dramáticas persecuciones y destierros, soportados con altivez, por la arrogante porteña, en el apartado valle de Tupiza. Era joya de reinas, como hecha para ser llevada por mujeres de gran carácter y abnegado corazón, reliquia preciosa de la familia, que Carlos conceptuó digna de ofrendar como presente a su hada de Noël.

Misia Carmen apresuróse a besar a Nydia

con efusión, y mientras María Ignacia y Elena examinan disimuladamente la toilette virginal de su futura cuñada, *Suzie*, presentada esa misma noche en sociedad, unióse a Nydia en franco abrazo, en el cual confundieronse por un instante, las violetas de los bucles de azabache de la una, con los nevados muguettes de los rizos rubios de la otra. La cena, servida en el jardín de invierno, feéricamente iluminado, ofreció a nuestros novios la ansiada oportunidad de la noche, para departir sosegadamente sobre el tema nuevo e inagotable de su amor, consagrado ya por el consenso de ambas familias. Y Carlos, de ordinario misántropo, callado, casi huraño en sociedad, volvíase verboso y alegre, enumerando sus encuentros más insignificantes con ella, aunque sólo la viera de lejos en Palermo o en el templo, en las tiendas o al salir de una visita; qué traje vestía, cuál sombrero, con quién iba aquel día, todo era devotamente recordado, como que desde su primer encuentro, presintió en ella, a la desconocida misteriosa de sus sueños, mujer idealizada, aun no vista, que ya desesperaba de hallar en el seno voraginoso de la urbe porteña.

Los homenajes, envolventes como caricias sutiles, rodean fervorosos a Nydia, olvidada por completo de la realidad, hasta el momento en que la voz de misia Carmen vino a arrancarle de su éxtasis, para pedir a su hijo, que suplicara a Nydia se dejase oír en el arpa, su instrumento favorito.

—No sé si estaré en voz esta noche—dijo la joven confusa y ruborosa, pero sin atreverse a resistir un ruego de su amado—. Cantaré para usted—dijo, mientras cruzaba el salón de música del brazo de Carlos, en derechura al estrado, donde la esperaban las sutiles cuerdas del poético instrumento.

Poco después Carlos, apoyado en un ángulo cercano, a la sombra de una colgadura, devoraba con el alma en los ojos aquella visión de arte y de amor, toda blanca, cuya voz melodiosa de soprano lírica, dejaba caer, como perlas, las notas divinas del delirio amoroso de Lucía.

---

Solo, al fin, esa madrugada en el silencio de su severo gabinete de trabajo, Carlos permane-

ce de pie frente al retrato de su prometida sin lograr apartarse un segundo de los recuerdos inolvidables de aquella noche. Y a medida que sueña con su dicha, oprime y aspira apasionadamente aquellas violetas *fanées* que el destino arrojó sobre su pecho en los giros de la danza, desde los cabellos de su reina, amuleto que guarda celosamente junto a su corazón y que evoca en la casa desierta, la imagen dulcísima e idolatrada de la hadita de Noël.

## XV

### DÍAS PENOSOS

Fué en esa época de íntimos regocijos para el hogar, en medio de los alegres preparativos de la boda cercana, cuando comenzaron todos a echar de ver el cambio sufrido por el jefe de la familia.

Sus hábitos fueron resintiéndose de una

desusada reserva ; ya no tenía aquellas hermosas expansiones suyas ; en la mesa, se le observó taciturno y silencioso, hasta caer en un mutismo desconcertante. Interrogado con amoroso afán, respondía echando la culpa a unas neuralgias faciales, que el rigor de aquel invierno había exacerbado.

Con tal pretexto, dió en quedarse largas horas en su despacho, y la morada alegre fué tomando poco a poco ese aspecto melancólico de las casas donde se sufre, y, lo que es peor aún, de las casas donde se teme la aproximación de una desgracia, porque era evidente que a don Luis María le pasaba algo grave.

Sólo Nydia lograba deslizarse, furtiva, en el sombrío despacho, pero era tan ardiente el deseo que su padre formulaba de estar solo, que generalmente la pobre niña salía llorando sin haber logrado alzar la punta del velo de ese misterioso mutismo.

A las claras se veía, que les ocultaba algo, y algo terrible e inevitable, que conocía y reservaba para sí, como un cáliz de amargura, bebido a sorbos en la soledad del viejo y sombrío despacho.

Una noche anunció su repentina resolución de ponerse en viaje para la estancia, a la mañana siguiente. Pasóla insomne, como lo atestiguó al otro día, su cama sin deshacer, los muchos papeles, restos de cartas y documentos, que sembraban su despacho, y las innumerables colillas de cigarros, que le ayudaron a engañar las tristes horas de la vigilia. La infeliz esposa, con las huellas del llanto en la faz pálida y cansada, fuése a primera hora a servirle como de costumbre el desayuno con sus propias manos, y al oír las razones que su esposo le daba para quedarse una semana, solo, allá en la estancia, le dijo alarmadísima :

—Pero, ¿qué es lo que te pasa, Luis María? dínos, por Dios, si ocurre algo extraordinario en «La Firmeza». ¿Te ha escrito ño Pedro? ¿No ves, hijo, que nos estás matando con tu silencio y tu alejamiento de nosotros?

En ese momento entró Nydia, y al comprobar de una ojeada, que su pobre padre no había dormido y que la autora de sus días lloraba a mares, cruzó como una flecha el salón, loca de pesar, suelto el cabello sobre el blanco peinador, y fué a suspenderse en estrecho abrazo del cue-



llo del anciano gentilhomme, sobre cuyo pecho barbotó entre sollozos :

—¡ Papá, papá, dinos al fin, lo que te pasa !— y mirándole como cuando era pequeña y quería arrancarle su aprobación, agregó con mimo encantador— : Por que tú no has dejado de querernos, ¿no es verdad?

Vióse, entonces, cruzar como un relámpago de inaudita desesperación por la frente sombría del infeliz, y un segundo, sólo un segundo vaciló : ¡ iba a hablar !...

Súbitamente, como un velo que desciende, una fría, implacable resolución, descendió sobre su mirada, que tornóse tranquila, casi sorprendida de la escena que se desarrollaba ante sus ojos, y dijo, mientras iba apartando suavemente el amoroso dogal, que los brazos de Nydia, ceñían a su cuello :

—Pero, mi hijita, si a mí no me pasa otra cosa, sino que no puedo dormir, a causa de estas infames neuralgias ; y por eso y por no despertar a tu pobre mamá con mis continuos paseos, vengó a encerrarme en el despacho, donde puedo leer y fumar libremente. ¡ Eso es todo ! y descuiden que ya se me quitarán en cuanto llegue

el buen tiempo ; me lo acaba de asegurar el doctor Escalier, y por consejo suyo pensaba hoy mismo darme una vueltecita por «La Firmeza». Quizás el aire bendito de nuestros campos las aleje para siempre. Les aseguro que en la semana entrante, seré ya el mismo. Vaya, ¿están contentas?—decía mientras iba de una a otra con gesto de súplica y de ternura inmensa, acariciando aquellas cabezas queridas con emoción incontenible.

¿Por qué sonó a falso el acento suyo en el corazón de ambas, y lejos de tranquilizarse, madre e hija redoblaron sus sollozos al escucharlo?

Espíritus enteramente afines como los suyos tres, no podían menos que presentir la cruel desgarradura que iba a separarlos definitivamente. Asistíalas para ello, esa intuición femenina, que es la razón suprema de su amor, con la que no es capaz de razonar la mujer, pero sí de adivinarlo todo...

## XVI

¡ ADIÓS, «FIRMEZA» !

Llegó don Luis María a su estancia, al atardecer ; pidió inmediatamente su querido alazán, y sin cambiar de ropa, montó a caballo y fué galopando al través de la llanura inundada por la quemazón del poniente en sanguinosa claridad.

—Va pa el lao del arroyo— dijo ño Pedro entornando los ojos y haciendo visera con la mano derecha, para divisar mejor la silueta de su patrón, que se perdía en lontananza, y fué a su vez a la cocina de los peones, donde se mateaba en torno al fogaril de brava llamada.

Ya iba a ocultarse el disco enrojecido del sol, cuando nuestro caballero cruzaba como un personaje de leyenda, en fantástica carrera, su amada y vieja heredad.

¡ Cuántos recuerdos parecía levantar en confuso tropel el galope del noble bruto, que le conducía orgulloso por entre los cardos y los pastizales de la llanura, silenciosa y recogida.

Así había andado de muchacho, joven y ardiente, sintiéndose dueño del espacio, como un centauro, émulo de los viejos criollos, que fueran sus maestros en los apartes y rodeos de la estancia. Así había recorrido después la soberana extensión, llevando entre sus brazos el don peregrino de su amor, su Nydia, chiquita y adorada.

¡ Ay! su sólo recuerdo hacía vacilar el corazón del desventurado. No podía pensar en ella sin sentirse desfallecer de dolor y de angustia, aun ya abroquelado el firme espíritu, en una resolución siniestra y suprema. De pronto detúvose en seco a la linde del arroyo, que separaba su dominio en dos regiones igualmente fértiles y hermosas.

Su bravo alazán resoplaba con fatiga; volvió las riendas don Luis María y quitándose el blando chambergo de anchas alas, pareció quedar abismado en la contemplación del astro moribundo.

Repentinamente su pecho, levantado con violencia por una angustia enorme y suprema, dejó oír un ronquido semejante al hervor de la marejada que llega, para desbordarse rugiente y vencida; un sollozo, salido de los senos profundos del alma varonil, espantó al bruto amigo, con su rumor insólito, y al fin, dos lágrimas, las primeras que le fuera dado verter después de tantos días y noches de tortura solitaria, rodaron como perlas, por sus mejillas atezadas de criollo resignado y bueno. Sin enjugarlas, quedóse siempre de cara al moribundo sol, firme sobre su alazán fiel, en suprema y espiritual comunión con ese Dios, a cuya presencia invisible llegábase su alma, por la última plegaria, para hacerle la entrega definitiva de su destino...

---

Media hora después, el soberbio alazán regresaba sin jinete a «La Firmeza», sembrando el pánico y la consternación entre sus moradores, y cuando, desolados, partían rápidos como el rayo los peones todos con ño Pedro a la cabeza, en dirección al arroyo, levantóse a sus espaldas

confuso clamoreo de llantos y de gritos lamentosos : eran las mujeres, que en fúnebre coro iban por los patios y corredores siguiendo a mamá Rita, la vieja cocinera negra, que se criara en la estancia, hermana de leche de don Luis María, quien, mesándose la encanecida cabellera, aullaba como Casandra la desgracia reciente, presintiendo el trágico fin del mejor de los amos.

## XVII

### DRAMA DE ALMAS

La noticia de la muerte del señor de Silva, ocurrida en su estancia, en ocasión tan inesperada como dolorosa, consternó a toda la alta sociedad de Buenos Aires. Una inmensa muchedumbre desfiló frente a su cadáver, sereno, en la suprema placidez del eterno reposo, tendido en el féretro de encina, en su despacho sombrío,

donde viviera las últimas horas de su atormentada existencia.

La clave del misterio quedó descifrada al fin. El drama de sus días postreros, drama de titánica lucha consigo mismo, fué, relatado de boca en boca, despertando la admiración de muchos y la piedad más sincera de todos los que le habían conocido, caballero sin tacha, intransigente en materias de honor, esclavo de su palabra. Las cartas se hallaron sobre su pecho de sacrificado: la una iba dirigida a Carlos de Aguiar, la otra a Nydia, su hija predilecta; esta última encerraba su testamento. Y quedó de manifiesto cómo, ante la felonía del amigo traidor, que abusara de su buena fe, el hombre de estirpe sin manchilla, despojábase de todo cuanto tenía, para salvar su nombre y su crédito tan alevosamente comprometidos, y a su vez, después de luchar desesperadamente con su conciencia de católico firmísimo, acogiéndose a la piedad infinita de ese mismo Dios a quien ofendía en su postrera resolución, iba a hundirse en la sombra eterna, lejos de la vista de los seres queridos a quienes dedicaba sus últimos pensamientos.

No es para descrito el dolor de aquella esposa y el de las tiernas hijas en los primeros momentos de la tragedia. Una intensa crisis nerviosa puso en serio peligro la vida de la madre. Nydia, sobreponiéndose a su propia desesperación, hubo de esforzarse en consolar a la infeliz señora, despavorida más que por la muerte misma de su marido, por el horror del suicidio. ¡Qué espantosa angustia la de sus almas de creyentes sinceras al comprobar la verdad inaudita! Nada las atormentaba más cruelmente: ni la separación de los últimos instantes, ni la ruina completa de su inmensa fortuna, ni el desamparo moral en que quedaban ellas, las que vivieran a su sombra, como débiles lianas, que el tronco robusto anuda y mantiene junto a sí, nada era en verdad comparable al horroroso vacío en que se agitaban sus espíritus piadosos, ante la certidumbre de lo fatalmente irrevocable: se había suicidado él, el hombre de sincera fe, de profunda creencia, él, un convencido.

Como un clavo ardiente, la idea fija, enloquecedora, obsesionaba los cerebros profundamente turbados de las infelices, sin dejarles otro consuelo que el de releer su postrera vo-



luntad y sus últimos adioses, llenos de la esencia cariñosa de aquella alma de varón amante y bueno, que se llevaba en la partida eterna, la más sombría y amarga de las tristezas, al no besar por última vez esas cabezas queridas, único tesoro que dejaba en el viejo hogar de sus mayores.

---

Después del trastorno espantoso de las primeras semanas, la mansión señorial fué recordando, a lo menos en apariencia, su acostumbrada vida.

Los criados iban y venían silenciosos, con sus trajes de duelo; las visitas no interrumpidas llevaban al gran salón el eco discreto de sus consoladoras reflexiones, pésames de pacotilla, que las mundanas brindan a cada instante en el vasto círculo donde giran sus existencias, mezclando bodas, entierros, saraos, *five o'clocks* y *garden-parties* en sugerente *mélange*.

Poco a poco fueron disminuyendo las visitantes, hasta ser rara la tarde en que las señoras se vieran obligadas a bajar al salón para atender-

las ; las mariposas brillantes, que buscan la luz meridiana para lucir el polvo de sus alas volubles, huían ya, del hogar silencioso, sombrío, donde una ruina inevitable cerníase con su amenazador cortejo de estrecheces y descensos. En la rueda de los de Aguiar, especialmente en el círculo de las amigas de María Ignacia y Elena, las hermanas mayores de Carlos, las cuales nunca perdonaron a Nydia su natural elegancia y artístico temperamento, así como la altiva independencia de su espíritu, se hablaba sin rodeos del *fortunón* que tenían *ésas* a pesar de todo a quienes el joven y opulento novio, devolvería en breve su magnífica posición social, y a las que el pasajero eclipse del duelo no haría sino volver más interesantes ante el gran mundo.

Nydia, entre tanto, profundamente desolada, no se separaba del lecho de su madre, que había recaído en sus crisis cardíacas.

Una noche de esa primavera lluviosa y fría, velaba Nydia a la querida enferma ligeramente adormecida. En un velador cercano estaba todo dispuesto para la vigilia : las tazas del te, el agua de azahar, la poción calmante y la lamparita, a cuya sedosa luz, la pobre niña perma-

neecía con las manos cruzadas, en el fondo de ancha butaca, sumida en hondas meditaciones, mientras el silencio más profundo reinaba en la casa entera.

Tenía extendida sobre las rodillas una carpe-  
ta donde había comenzado a escribir una carta,  
con su letra inconfundible, de altos perfiles, di-  
rigida a Carlos. En ella le decía :

«Carlos : No puedo ni debo aceptar su gene-  
roso ofrecimiento. He jurado ante el cadáver  
de mi infortunado padre, recibir su herencia  
triste : nuestro hogar en ruinas, y rehacer el  
destino de los míos. Mi promesa es sagrada.  
Quiero cumplirla cuanto antes.

»Por otra parte, ya no soy la misma ; entre  
aquella feliz y rica heredera, que fué su prome-  
tida, y la pobre Nydia de hoy, media un abismo.

»Para su nobilísimo corazón, lo siento, nada  
habrá cambiado ; pero ¿estamos seguros de  
que así sea para los suyos todos ?

»Un concepto cabal de mis deberes estrictos,  
me obliga a devolverle su palabra... y... a re-  
coger la mía ; con ella devuélvole también el  
collar de familia, que he llevado tan poco, pero

que me hiciera conocer ya, el frío de las tragedias a que él asistió en épocas inolvidables para ustedes.

»Debo liquidar, muy en breve, todo lo que nos detiene aún en nuestro viejo palacio, y alejarnos, para siempre, a vivir *una vida nueva*.

»Ella será triste, muy triste, lo presiento; pero la visión del deber ha de fortalecerme y *su recuerdo* me dará valor; ¡padre mío! hoy más que nunca me hallo armada de la energía de su espíritu, inflexible para las cosas del honor. Cumpliendo sus deseos seré yo la que en adelante provea con mis propios recursos al mantenimiento del nuevo hogar, que nos espera en la pobreza y la obscuridad. Sólo me resta, Carlos, al apartarme de su destino, expresarle mi más ardiente anhelo por el arribo de una dicha que usted merece tanto, y la cual estoy segura no tardará en venirle de ese mismo gran mundo, donde vivimos juntos, y del que me alejo sin penas y sin odios, pero sin una sola ilusión.

»Siempre lo acompañarán mi amistad y mi estima.

»NYDIA.»

La respuesta a tal mensaje no se hizo esperar. Esa misma mañana, Nydia tenía en sus manos ansiosas la contestación, que devoró trémula y sollözante en la soledad de su gabinetito.

Ella decía :

» Nydia :

» ¿ Debo atribuir a los terribles pesares sufridos, el laconismo y sequedad de su carta de anoche?

» Ella parece dictada más por el cerebro, que por el corazón ; no hay en su lógica fría y cruel, un solo acento salido del alma de mi adorada. ¿ Quién me la cierra herméticamente de improviso? ¿ Su duelo? ¿ No es el mío también? ¿ Su pobreza? No hablemos más de ella, Nydia. Se lo suplico. Nuestras familias formaron una sola desde el día inolvidable de nuestros esponsales y así será hoy más que nunca, en que yo, y únicamente yo, debe ocupar el sitio de sus jefes desaparecidos. ¿ Qué piensa hacer, sola en la vida? Aunque su mente, robusta como la de una Minerva, le brinda recursos envidiables de ciencia y de arte para luchar, usted ignora las sirtes y los escollos de esa mar airada a la que

su abnegación sublime le manda arrojar, para cumplir un voto, del que su mismo buen juicio debe relevarla. Permítame decirle que se extravía, y sobre todo, que es injusto y absurdo renunciar a la dicha, sin causa, puesto que una fortuna, por cuantiosa que sea, no nos hace falta a los dos para vivir *nuestra propia vida*.

»Reivindico para los míos, el derecho de pensar tan alto como yo mismo y el de ser en tal asunto juez único y exclusivo.

»¿Debo acaso perder, ante sus nobles escrúpulos, pero escrúpulos al fin, dignos por cierto de la almita altiva e independiente de mi adorada, debo perder, repito, y entregar al vacío lo mejor de mi vida? ¡Nunca, Nydia; ni recojo mi palabra, ni le devolveré la suya jamás!

»Esta misma tarde iré a llevarle su collar, el que no debe separarse en adelante de usted, mi dueño amado, la más noble y adorable de las mujeres. Guárdelo; es suyo, como suyo será por siempre el corazón de

»CARLOS.»

## XVIII

### VIDA NUEVA

A las cinco de la tarde, en que nuestro fiel enamorado enviara tan elocuente alegato en defensa de la causa comprometida de sus amores, llegaba él mismo, con paso ligero y el alma henchida de nobilísimos anhelos, a los dinteles de su amada. Pero, cuál no sería su pesar y su despecho, al oír de labios del ceremonioso lacayo, la inesperada y abrumadora consigna, dada con el mayor comedimiento: «Las señoras no reciben hoy».

Al sufrir en la calle el contacto de las muchumbres indiferentes, en medio del caos de su cerebro, sintióse profundamente desgraciado y experimentó la impresión de haber caído desde gran altura, en lo más hondo de una negra si-

na, donde ni la luz brillante de aquel ocaso primaveral era ya la misma, pues se apagaba la luz de su vida, la que le prestaban hasta allí los ojos de Nydia.

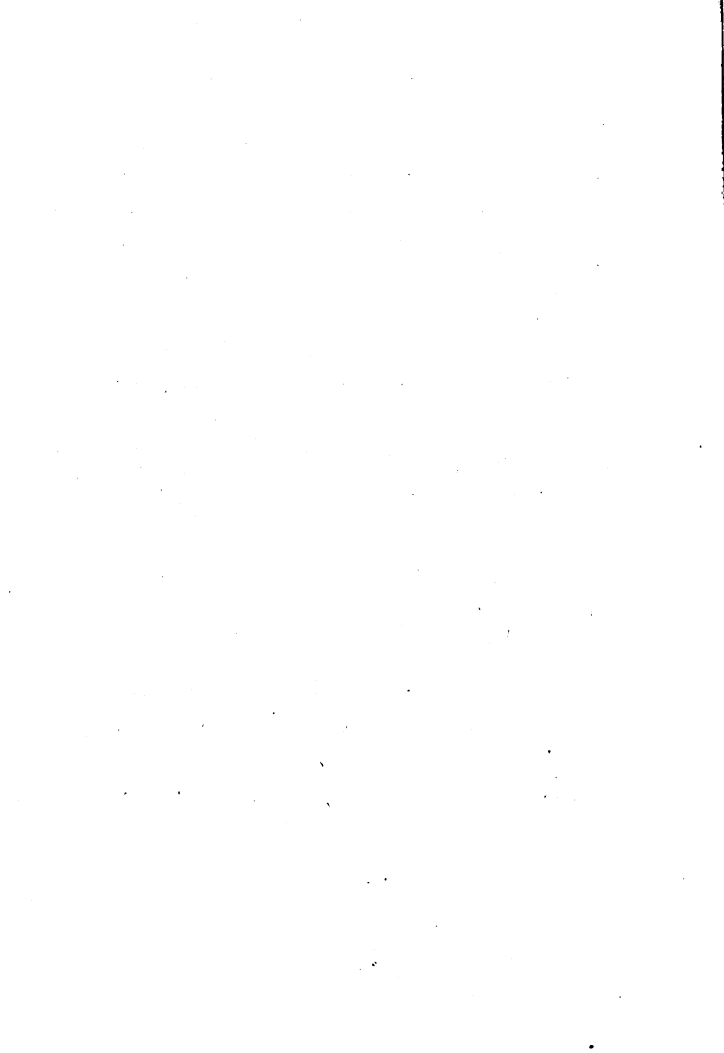
Detuvo un coche y fuése recto hacia su casa, para dejar en manos de su madre aquel collar fatal, que le quemaba con su contacto ; momentos antes lo guardada ufano junto a su corazón, pensando en el instante en que le sería dado cerrar su broche sobre el satinado cuello de la amada, sumisa a sus deseos.

En vano humillóse al día siguiente volviendo al palacio de la calle Florida, triste romero del amor ; debía convencerse como lo hizo, en que Nydia no quería verlo más. «¿Por qué huye de mí?» se decía desorientado. «¿Me ama demasiado, ha cesado de amarme?» Y el fatal dilema volteaba en su cerebro noche y día. Entre tanto la noticia de esta ruptura voló en alas de la Fama, desparramando el desconcierto más profundo en los círculos allegados. El resentimiento de misia Carmen, fué no obstante templado por el inmenso amor de su hijo hacia Nydia, en quien reconocía, a pesar de todo, una delicadeza verdaderamente admirable. En



cambio, María Ignacia y Elena eran despiadadas detractoras de la que dieron en llamar *la poseuse*, «tocada de la manía del diletantismo» más original. Ya verían todos, cómo a los pocos meses del *ensayito*, harta de miserias y obscuridad y de abnegados papeles de *madrecita*, regresaría bien arrepentida; y el muy tonto de Carlos era capaz de volver gustosísimo, pues de sobra se veía que estaba loco por esa farsante. Felizmente para ellas, Carlos nada de esto oía, pues era implacable en lo tocante a su ídolo, cuyo amor aún más reverente, sentía arraigarse para siempre en lo vivo de su amante pecho.

Y la infeliz sacrificada, entre tanto, después de haber dejado a cargo de la respetable firma Guerrico y Williams, la almoneda de todo: palacio, moblaje, obras de arte y colecciones, escapaba con los suyos en el rápido del Rosario, una noche tibia y primaveral, hacia el calvario de su *vida nueva*...



## TERCERA PARTE

### XIX

#### DIARIO DE NYDIA.

*«Sábado 30 de septiembre.*

»Por fin hemos terminado nuestra instalación. Hemos aquí, viviendo en una casa extraña todavía, en un pueblo casi desconocido.

»¡Pobre mamá! Nada pide, nada echa de menos, pero, ¡cuánto debe sufrir! Jamás podré olvidar su última mirada al viejo hogar, cuando el coche arrancó, alejándonos para siempre del nido paterno. Este desarraigo tan completo a su edad, ¿no será funesto para su salud? ¡Dios mío, cómo me atormenta esta idea! Todas las noches pido a Dios, me conserve con la vida de mi madre, las fuerzas y el valor para la obra emprendida en memoria de él...»

«Lunes 2 de octubre.

»La casa es pequeñita, pero bien distribuída, y es *nuestra*. Esto es lo que importa : hemos salvado del naufragio un techo propio para cobijarnos. ¡Quién diría, que el producto de la venta total de nuestros bienes, dejaría el excedente justo para adquirir esta casita y llegar a ser propietarias, aunque sólo fuese de un parquecito liliputiense donde mi madre cultivaba sus rosales favoritos ! Pero qué engorrosos son para mi inexperiencia estos arreglos, sobre todo el del libro de gastos y la pequeña contabilidad diaria. Gracias sean dadas mil veces a los prudentes consejos de mis Mary, mi sabia maestra, quien me envía sus máximas de oro en estas palabras, que me repito a cada instante : «comprar siempre al contado», «evitar las deudas». Según ella, en esto radica el secreto de toda economía y de todo bienestar económico. Pero, cuánto cuesta conseguirlo cuando se ignora hasta el precio de las cosas más comunes.

»¿Qué dirían Carlos y sus hermanas, si me viesen desde las siete de la mañana, de pie, yendo por la casa con mi gran delantal y mis

llaves, presidiendo en la despensa el racionamiento del azúcar, el café y la manteca para los desayunos y regateando con los proveedores el precio de los huevos, los filetes, y las aves?

» *Diletantismo, diletantismo puro*, ésa fué la sentencia implacable de ellas... Era tan fácil recobrar mi puesto en el gran mundo, merced a ese enlace... y aceptar con él la limosna de *una rentita* asignada con este motivo, a la viuda e hijas solteras, del caballero sin tacha.

» ¡Jamás! Mil veces la responsabilidad con todas sus cargas y la amargura de todos los desfallecimientos solitarios. ¡Jamás, mi madre deberá a ajenas manos el pan de su vejez!

» *Diletantismo, diletantismo puro...*; como la flecha del parto, arrojáronme esas mezquinas palabras al alejarse para siempre de mi vida y ellas martillean aún dolorosamente en mi corazón.»

---

«Jueves 5.

» Llegó el nombramiento anhelado. Parecía-me soñar lo que leía. Y es claro, soy yo, Nydia

María Rodríguez de Silva la que, por decreto del ministro de Instrucción Pública, queda designada como profesora de Historia y Literatura en los cursos 3.º y 4.º de la escuela normal de niñas, en esta ciudad del Rosario. ¡ Ya era tiempo ! El remanente, que nos mantenía en la más estricta economía, toca a su fin. Mi sueldo en adelante proveerá a las necesidades del hogar, con relativa holgura. Este es el día en que empieza realmente *mi vida nueva*. Heme maestra en provincia y ante niñas enteramente desconocidas. ¿ Las habrá necias ? ¿ Serán vanidosas ? Las invade seguramente el *rastacuerismo* porteño.

» Confiemos en que algo más sencillas y un poco menos pretenciosas, me escuchen cordialmente, que yo trataré de ganarme ante todo su afecto y su confianza.»

---

«Viernes 6.

» Mi alegría ha contagiado a la pobre mamá, que ha sonreído hoy francamente, por la vez primera, después de la muerte de nuestro padre.

¡ Qué hermosa seguridad la de estar a cubierto de toda contingencia, independientes y libres, aquí en este rinconcito que es nuestro, y donde nada nos recuerda el pasado! Mañana iré al colegio y el lunes empieza mi tarea. Mil veces bendito el trabajo que nos ayuda a bastarnos a nosotros mismos y a olvidar...»

## XX

¡ MAESTRA !

Grande era la emoción de nuestra heroína, al traspasar en la mañana de aquel día memorable los umbrales de la escuela normal, donde iba a iniciar su labor docente, como novel profesora. Sus ropas de luto hacían resaltar más su belleza fresca y rara; sus movimientos sellados con distinción innata, tenían esa elegancia fácil y natural, que imprime al andar de ciertas mujeres, un ritmo y armonía únicos.

Los rudos contrastes de los últimos meses dejaron su huella, no obstante su temprana juventud, en el óvalo finamente alargado de aquel semblante, que tenía la expresión de las *madonnas* de Andrea del Sarto; en torno a las pupilas verde mar, un halo violáceo denunciaba nostalgias e insomnios.

Introducida en el despacho, de la Directora, hallóse en presencia de una señora casi anciana, esbelta aún, de mirada profunda y boca bondadosa.

Inmediatamente, Nydia adivinó en ella un alma nada vulgar; poco después, el eco simpático de aquella voz insinuante, entró en su corazón como un reclamo amigo.

—Bienvenida, señorita, bienvenida sea usted a nuestra casa—y familiarmente estrechó su mano y la condujo al sofá donde la mantuvo a su lado, en tanto Nydia, apenas repuesta, le daba las gracias con emoción incontenible—. Ya teníamos conocimiento — prosiguió la Directora—, de su designación para esta escuela, y puedo asegurarle que en ella no hallará sino manos amigas, dispuestas a venir en su auxilio en todo momento, empezando por las



de esta vieja maestra—concluyó sonriendo discreta y finamente—. Permítame que la aconseje a fuer de persona de más años y experiencia, que no se desanime por los naturales inconvenientes y vacilaciones de los primeros días ; antes bien, acuda siempre a este despacho, segura de hallar, no una vieja directora, *rigida maestra palmeta*, sino una consejera fiel, una partidaria ardiente y una amiga sincera.

Era demasiado para el pobre corazoncito pleno de incertidumbres y pesares ; el llanto purísimo de los más altos reconocimientos acudió como peregrina y elocuente respuesta a aquellas pupilas que se abrían atónitas ante tanta bondad, y bien pronto la joven y tímida sacerdotisa y la maestra llena de ciencia positiva de la vida, se abrazaron, reconociéndose iguales en miras y grandeza de almas.

Pocos minutos después era presentada Nydia al personal de la casa, y más tarde a sus alumnas, a quienes la directora encareció los deberes, que cumplidos por ellas dignamente, harían grata y amable la tarea de su enseñanza para la nueva y joven profesora, «algo así como una hermana mayor de ustedes», y terminó afable-

mente. Nydia entonces, inclinándose con su gracia y desenvoltura natural, ante sus nuevos compañeros y alumnas, dijo modestamente, que no pretendería jamás ser una maestra, en la conceptuosa acepción que daba ella a tal vocablo, sino sencillamente una compañera, estudiosa, eso, sí, puntual y delicada, que a su vez aprovecharía de los modelos y del ambiente en que la suerte la colocaba para aprender mucho de la difícil ciencia de educar...

---

Con el alma henchida de nobles estímulos, dejó la escuela, una hora más tarde, y seguía con paso ligero, camino de su casa, ávida de llegar a ella, para relatar a su madre ansiosa la cordial acogida de que fuera objeto, cuando al volver la esquina de Córdoba casi la derriba violentamente y de improviso un automóvil que doblaba como una flecha. Su sangre fría la salvó de un peligro inminente. Dió un paso atrás y se mantuvo firme en el borde de la calzada, que el lavado reciente ponía tan resbaladiza. Fué entonces que alcanzó a entrever dos ca-

bezas de mujer atisbándola enteramente sorprendidas de su encuentro, las cuales, como por tácito acuerdo, se reclinaron sobre los almohadones para evitarla, con gesto displicente y desdenoso.

Nydia las reconoció al punto : eran la esposa e hija del banquero De Marini, honradas muchas veces con invitaciones a los recibos de los de Silva, las que hoy no se dignaban reconocer a su ilustre descendiente, rebajada según ellas, con la pérdida de su fortuna y su resolución de trabajar.

Algo así como el rubor que causa el guante arrojado por aviesa mano, en plena faz, subió al rostro de Nydia, abofeteada, en su altiva y serena dignidad, por el notorio desaire ; y una congoja cruel la oprimía mientras marchaba hacia su casa, resuelta a no referir en ella el importuno encuentro. Un sentimiento bien humano la hacía rebelarse contra la sociedad mezquina, que tan torpemente la humillaba por su solo pecado de vivir una vida propia, independiente y laboriosa. Pero bien pronto refluyó, perdida su primera violencia, tan ruda impresión y vino, en cambio, un sincero convencimien-

to de la pequeñez de sus ofensoras a devolverle su equilibrio ordinario conmovido momentáneamente. Y mientras las otras siguieron largo rato comentando el encuentro fortuito con la *pobretona* y la *maestrita*, ella alcanzaba los umbrales de su casa, convencida de que mucha miseria dorada, indigna de su sensibilidad, pretendería en adelante alzarse hasta ella, intentando herirla, si no se abroquelaba, más fuerte que nunca, como con una coraza de acero, para oponerles desde su altura moral, la más completa de las diferencias.

## XXI

### PRIMERAS IMPRESIONES

#### *Diario de Nydia.*

«*Sábado, a las diez de la noche.*

»He terminado mi primera semana de trabajo en la escuela.

»¡Qué bondadosos se muestran todos para

con *la nueva*, la desconocida ! Tenía razón la Directora al afirmarlo : ¡ en su casa « se piensa y se ama » !

» Por todas partes la influencia de ese su carácter nobilísimo, de educadora y de altruísta.

» ¿ Quién como ella entendió mejor la divina fórmula ? « Id hacia ellos, dijo a sus pescadores de almas, para darles la vida, y para que la tengan en la mayor abundancia ».

» Como que suma a raras dotes de gobierno, una cultura integral refinadísima, ideales levantados y por sobre estas bellísimas y valiosas condiciones docentes, su don afable de granjearse las más vivas simpatías apenas se la trata.

» Y todo pasa por sus manos, y todo cae bajo la mirada atenta y profunda de sus investigadoras pupilas, las que me miraron tan cariñosas desde el primer día.

» Ella ha facilitado el acceso, difícil a esta altura del año, de mis hermanas en el Curso Normal, donde podrán terminar sus estudios del profesorado. Deben también, las pobrecitas, armarse para la lucha, pues la vida les guarda su lote de responsabilidades y cargas, ya que el destino las dejó huérfanas y pobres como a mí misma.»

«Domingo 11 de septiembre.

» Hemos recibido hoy una larga carta, de nuestra querida mis Mary; es siempre el corazón adicto y fiel, que conservamos por entero, aun a través de la distancia y los contrastes sufridos.

» ¡Cómo se exalta hablándome de su credo del *self-government!*, y se empeña en probarme que la dosis de sangre sajona, que llevo en mis venas, producirá en mi carácter mayores energías para la acción y me dará la victoria final en la *struggle-for-life*. Algo habrá de eso, pero me inclino a creer, que más bien reviven en estas duras emergencias de mi vida, el valor y la resolución de mi ilustre bisabuela criolla, doña Carmen de Allende, con quien mi padre halló, complacido siempre, un notable parecido físico.»

---

«Lunes a la tarde.

Mamá enfermó de repente esta mañana. Al ir a abandonar el lecho le faltaron las fuerzas y hubimos de obligarla a guardar reposo ab-

soluto. Tía Ketty, ha agotado con ella los recursos de su farmacopea casera. Mañana mismo, si no se ha producido una reacción favorable, hablaré en la escuela al doctor López, el joven profesor de Química y Fisiología para que vea a mi madre.»

---

«Martes 13

»Son las once de la noche. Mamá ha pasado muy mal el día ; tiene bastante fatiga y se halla tan abatida, que apenas puede respondernos. El joven médico, mi colega de la Normal, vino esta tarde y reservó su pronóstico. Tía Ketty duerme hasta las doce, hora en que le cederé mi turno, pues debo dormir a mi vez algunos ratos, para poder ir mañana a la escuela.»

---

«Miércoles 14.

»A mi regreso de la clase hallé a mamá peor ;

tiene más fatiga y se muestra muy ansiosa. El médico vino por dos veces y en cada una escuchó durante largo rato el corazón de la enferma. ¡ Dios mío ! he tenido el valor de interrogarlo francamente y no me oculta que el estado de mamá es muy grave. He guardado para mí sola tan terrible amenaza, por no aterrar a mi tía y quitar a mis hermanitas la esperanza de un inmediato restablecimiento, con el cual sueñan en su inocencia del peligro. »

---

*«Viernes a la noche.*

» No fui a clase hoy ni ayer. ¡ Qué horribles horas ! Esta angustia me ahoga ; la gravedad extrema de mamá cierra de nuevo mi porvenir con un velo fatídico. En medio de nuestra aflicción vimos llegar a miss Mary, llamada por mi telegrama urgente, como un ángel de esperanza. Ella tiene tal experiencia en el cuidado de enfermos, que comienzo a fiar en su palabra cuando me asegura que mi madre saldrá con bien, de este ataque.



»Hállome rendida de cuerpo y alma ; me dijeron más tarde, que al entrar ellos dos, con el doctor López, yo dormía con la cabeza apoyada en el borde de la cama de mi madre, quien en una breve tregua de su mal, les impuso silencio, sonriendo, al verme sorprendida infraganti como pésima enfermera.

---

*«Domingo 18.*

»¡ Gracias a Dios ! Mamá está fuera de peligro. ¡ Con qué placer saboreó hoy su primera taza de leche ! El mismo doctor López quiso servírsela. Es muy bueno este muchacho. ¡ Cómo ha cuidado de mamá en estos días ! Hasta le hemos tenido que llamar en la madrugada del viernes, cuando la enfermedad hizo crisis ; y vino tan de buena voluntad, sin querer luego apartarse de la enferma, hasta que constató la anhelada reacción.

»Es inteligente y observador sagaz. En la escuela me contaron su historia. Parece ser so-

cialista acérrimo. Se ha formado él solo. No tiene padres. Un tío lo recogió cuando pequeño y le envió a la escuela ; ese impulso inicial le bastó para ir muy lejos. Graduóse como bachiller trabajando a ratos como tipógrafo.

»Aseguran que para costearse sus estudios en la universidad más tarde, fué hasta lustrabotas, corrector de pruebas, empleado de correos, ¡ qué sé yo ! El mismo cuenta que estudiaba en las plazas y durmió muchas veces en los bancos del paseo de Julio. De su paso por los bajos fondos, quedóle el odio contra la urbe orgullosa y egoísta ; lleva en su alma huraña y triste de paria, la amarga levadura de las rebeliones y la protesta airada contra el rico, cuyo oro desprecia tanto como abomina su codicia.

»No obstante, ¡ con qué delicadeza y exquisita suavidad cuidó de mamá en estos días ! ¡ Qué sincera su solicitud por ella ! Cuando quise manifestarle mi reconocimiento, no me lo permitió y hasta creí que se ofendía vivamente. Con ademán firme y lleno de dignidad me rogó que no habláramos de ello. Es enemigo de los elogios, según parece. Miss Mary ha quedado con-

quistada por su carácter y mucho más cuando le relaté lo que de él me dijeron en la escuela. Es para ella uno de esos casos de *struggle for life*, objeto de su admiración más ardiente.

## XXII

### UNA MUJER A LA MODA

La convalecencia de la señora de Silva devolvió a los suyos la alegría y la paz ; ¡ qué delicia verla de nuevo junto a sus rosales, disfrutando los efluvios de la naciente primavera !

El abismo espantoso, que se entreabrió momentáneamente ante los pies de Nydia, en las horas insomnes de la enfermedad, se colmó y de nuevo al verla ir y venir por la casa, sana y salva, con su agilidad acostumbrada, creía su hija, á ratos, haber sufrido una larga y cruel pesadilla.

El joven médico siguió visitándolas, para vi-

gilar de cerca la preciosa convalecencia, y llevaba a su dulce paciente, libros, flores y revistas con singular y afectuosa gentileza.

Miss Mary era la que sostenía con el simpático luchador, diálogos entusiastas, al final de los cuales ella tan pacífica y tan tímida, amenazaba también con la temida regeneración social y se declaraba acérrima enemiga de los *burgueses*. Nydia cosía y, sonriendo en silencio, no dejaba por su parte de admirar la obra humanitaria de aquel muchacho modesto y convencido, bienhechor de los barrios pobres, donde entregaba junto con su dedicación profesional, gran parte del dinero que ganaba en la escuela.

La fama de sus larguezas había trascendido, bien a pesar suyo, y todos lo sabían profundamente compasivo, no obstante su aparente y adusta reserva.

Poco a poco su espíritu singular de misántropo y de filósofo positivista, fué sintiéndose atraído hacia la órbita luminosa del astro, que inundaba de claridad la escena de su vida presente. Admirador devoto y reconcentrado, iba aproximándose cada vez más al círculo mágico, que rodeaba a su ídolo como un halo de prestigios

irresistibles. La veía en la escuela, adorada de sus alumnas, llenar sus funciones docentes con todas las prerrogativas de la inteligencia y del carácter moral más elevado. Veíala luego en el retiro modesto de su hogar, providencia viviente para los suyos, y en todas partes, ella irradiaba un resplandor divino y nuevo para su alma de solitario abandonado.

En la apartada calma de su cuartito de médico pobre, durante las vigiliass prolongadas del estudioso, más de una noche, lucieron fantásticos, irreales, los ojos verdes, llenos de misterio y atracción, que le obsesionaban, verdaderos ojos de Palas prudente y sabia, pero ojos de diosa al fin, que guardaban un enigma, y a los que estaba vedado interrogar...

---

Una mañana, en momentos en que Nydia se disponía a marcharse al colegio, sonó el timbre de la calle y la mucamita vino a anunciar a una señora, que en el mismo instante cruzaba, tras ella, el hall como una tromba, con el *frou-frou* de sus sedas y el eco de sus altas voces, llaman-

do a Nydia y a sus hermanas por sus nombres de pila.

—¡ Carmencita! ¿tú aquí?—hubo de decirle entre risueña y sorprendida la joven, zarandeada inmediatamente por la expansiva y matinal visitante.

—Sí, yo, la misma, ingratas, a quienes he debido buscar como agujas en arenal en este Rosario, desde hace una semana—y continuó con su volubilidad habitual—: porque han de saber que también nosotros hemos venido a instalar nuestro nidito en la *segunda ciudad de la República*. Vamos, hablando seriamente, chica, mi marido, miembro de un sindicato azucarero muy fuerte y que se dispone a realizar pingües ganancias, creyó conveniente que viviéramos más cerca del teatro de sus negocios y aquí estamos. No pienso ofrecer la casa a nadie naturalmente, porque seremos aves de paso, y luego...

La entrada en escena de las demás personas de la familia, atraídas por las altas voces de la huésped, cortó el hilo de su verborragia, pero sólo un instante, pues en seguida empezó de nuevo con sus exclamaciones de reconocimiento :

—¡ Gracias a Dios, que vuelvo a verla, tía querida, primitas !

E iba de una a otras, vocinglera y extremosa. Al volverse confundió a miss Mary con la señora Kent y le estampó dos sonoros besos, que la impávida inglesa acusó de *shocking* en su fuero interno, y la emprendió sin más ni más con las camareras del hotel que le habían estropeado un sombrero, creación reciente con la que pensaba *debutar* en el hipódromo aquel mismo domingo.

Pero fué lo peor de todo, que al separarse por algunos minutos y en tanto daba una ojeada en torno suyo, pareció recién apercibirse del cambio sufrido por sus parientes, a quienes inconsideradamente, aunque sin la más mínima intención de herir, puesto que no cabía ni siquiera la maldad reflexiva en aquella su cabeza de chorlito, siguió diciendo :

—¡ Cómo deben extrañar ustedes su casa ! ¿no es verdad? y la estancia sobre todo, ¡ qué lástima que hayan tenido que dejarla pasar a manos extrañas ! ¡ Un dominio de siglos ! Y esta casita no es mala ; en medio de todo, tie-

nen suerte de haber encontrado algo adecuado a su condición, ¿verdad?

Y aquella especie de cotorra endomingada iba zahiriendo sin soñarlo tal vez, las fibras más sensibles de aquellos pobres corazones heridos, tocando con su torpe mano las llagas sangrientas de dolor. Nydia estaba en ascuas por su infeliz madre en cuyo rostro alterado veía cuánto la torturaban estas extemporáneas evocaciones.

La señora Kent, indignada, por una conducta tan incalificable, iba ya a dar severa réplica a la cháchara de la mujercita irreflexiva, cuando su sobrina levantándose para marcharse al colegio, cortó el hilo del discurso de la recién llegada.

—Pero, ¡cómo! ¿entonces es cierto que te has empleado y que trabajas como maestra, aquí? ¡una Silva!—decía Carmencita, estupefacta, ante Nydia, de pie, con sus libros en la mano y que iba asintiendo silenciosa y sonriente a todo lo demandado.

—¿Y qué hay en ello, que pueda sorprenderte?—respondió al fin, la aludida—. ¿No sabes acaso, que estamos arruinadas, que hemos entregado todos nuestros bienes a los acreedores,



para salvar el nombre de papá, víctima de la mala fe de un pillo? ¿No sabes también que he estudiado y que poseo un título que me habilita para ganar lo suficiente y vivir como tú lo ves?

—¡ Ay, Dios mío! ¡ qué torpe he sido recordándote esto sin querer, Nydia! Pero, francamente, es admirable tu sacrificio. ¡ No sé cómo haces! ¡ yo no podría!

Y éstas fueron sus únicas palabras de acierto y de verdad.

¿Cómo suponer que ella, la deliciosa muñequita, dictara cátedras, estudiara, pensase, y se diese de lleno a la intensa labor de moldear caracteres?

Con ese su pobre bagaje intelectual, sus prejuicios, y su dosis colosal de vanidad, incapaz de discernir, ni menos de juzgar con método y justeza, en el severo dominio de las ideas, ¿qué rol podía tener la frívola y despreocupada Carmencita?

Ellas y sus hermanas, primas segundas de las de Lastra, educadas en uno de los colegios más caros y de más *chic* de la capital argentina, pertenecían por entero al mundo feliz de las ricas herederas, mundo acolchado, perfumado, capi-

taneado, sin ángulos, sin contrastes violentos, a donde vendrá a buscarlas un joven de su misma clase y rango para poder entonces gozar de toda la libertad de las mujeres casadas, sin gustar ya los opios de las *noches blancas* ni el de las frecuentes *retraites* impuestas y seguidas por la fuerza de la moda.

---

Todas parecieron libres de una penosa opresión cuando ella fuese, después de haberse despedido tan ruidosamente como había llegado, es decir, con los mismos aspavientos y huecas frases de cariño trivial.

Y todas sintieron también que aquella charla incoherente había rozado en lo vivo las enconadas cicatrices, que con piadosa y amante delicadeza ocultábanse unas a otras, sin evocar jamás memorias de un pasado irremisiblemente perdido...

## XXIII

¡ AQUÍ SE PIENSA Y AQUÍ SE AMA !

La escuela normal estaba de fiesta, con motivo de la celebración de las bodas de plata de su Directora con la enseñanza.

En el gran salón de actos públicos, enorme concurrencia espera ansiosa esa tarde la apertura del acto tan interesante como justiciero, en homenaje a la maestra ejemplar. Y ella aparece, al levantarse el telón del improvisado escenario, en medio de sus colegas, bloqueada materialmente por canastillas de flores magníficas, enviadas por numerosas ex discípulas.

Una salva de aplausos la acoge triunfalmente y entonces se adelanta, pálida, emocionada, y habla. Habla lentamente, con voz conmovida, pero ni una sílaba se pierde en aquel silencio profundo de la vasta sala. Habla de sus primeros

pasos en aquel sendero, donde, sembradora infatigable, la sorprende firme y entusiasta como el primer día ese glorioso jalón. Y va desengarzando del hilo preciosísimo de sus memorias, perlas escogidas en el camino áureo, donde pueden contarse las nobles horas, por el número de lecciones dadas y de bellas acciones cumplidas, para bien de su pueblo y de su patria.

¡ Cómo se refleja en su sincero relato, la evolución realizada por la sociedad argentina, en las tres décadas! Gracias a la luz poderosa de esos magníficos focos que iluminándola de arriba abajo han ilustrado a las clases humildes para beneficio de las cuales fueron instituídas, focos que hoy se ven multiplicados por las campañas extensas donde constituyen el núcleo de las incipientes prosperidades regionales. A ellos, creación del genial Sarmiento, refirióse con mucho amor la notable y talentosa educacionista, hija ilustre de las primeras normales implantadas en el país, por el intuir magistral de aquel *pionner*, émulo de Horacio Mann.

Y habló luego a las jóvenes alumnas, como sólo una madre era capaz de hacerlo, con el corazón en la mano y el alma en los labios. Puso

ante esos espíritus de adolescentes las bellas promesas de la vida útil y laborada, las íntimas y altísimas satisfacciones de la conciencia, el estímulo de los nobles ejemplos, y las invitó a alcanzar tan eminente cumbre con los ideales de verdad, belleza y amor que cultivaban en su escuela, el gran hogar caldeado por los afectos más puros y altruistas.

Apenas acallado el eco de los fragorosos aplausos con que se la ovacionó al concluir, un coro de niñas del cuarto año entonó «El Salmo de la vida», la versión del más hondo y poético canto, que la inspiración humana haya recibido de los sagrados númenes.

*No es el dolor el gaje de la vida,  
Ni su objeto final es el placer,  
Sino la acción, a fin de que el mañana,  
Nos encuentre más lejos que el ayer...*

Como un eco dulce a las palabras sabias y prudentes de la Directora, las cálidas voces dejaban caer las nítidas estrofas de Longfellow, que resultaban en aquella ocasión y en tales momentos la consagración definitiva de la maestra buena por el poeta filósofo,

Para Nydia quizás, más que para persona alguna entre aquel auditorio, eran esas frases significativas y proféticas. Bien se le alcanzaba la incontestable y rotunda sentencia : «La vida es realidad, no vano ensueño...»

Como que a ella le tocaba luchar, despojada de añoranzas felices, con las premiosas exigencias del hogar, confiado por entero a su energía y perseverancia.

Cerca de ella, otro a quien convenían singularmente las robustas estrofas ensalzando a la acción, no cesaba de mirar a Nydia desde la sombra de un pilar, en el cual apoyaba su altiva cabeza de revolucionario, con un fulgor extraño en los ojos y una expresión de éxtasis delicioso en la pálida e inteligente faz.

## XXIV

¡ OLVIDADA !

Dos días después de la brillante fiesta de la escuela, en circunstancias en que Nydia se disponía a llevar a sus canarios la acostumbrada racioncita de hojas de lechuga, invadió el hall con su violencia habitual la bulliciosa Carmencita Carreras, quien venía, como siempre, envuelta en lujosas telas de seda crujiente, llevando en la teñida cabecita rubia magnífico sombrero de estilo Gainsborough.

Abrazó a Nydia con los extremos de costumbre, la besó en ambas mejillas y dió principio a una de esas charlas ligeras, insubstanciales, en la cual hacía a grandes rasgos la crónica mundana de la última quincena ; a qué fiestas concurría y sobre todo qué trajes lució : tres bailes, una kermese, y el gran premio en el hipódromo. De repente, como una primicia, allá

fué la novedad traída por la última carta de las tístas Vélez, viejas solteronas porteñas, en cuyo salón se estaba al alza y baja de todos esos valores sociales.

—Che, ¿no sabes una cosa?

—¿Qué?—dijo Nydia distraída, por decir algo.

—Que Carlos, tu antiguo adorador, despechado por tu retirada, se comprometió a fines del invierno actual con la Beba López Morón. Afirman que este nuevo *engagement* de su hijo, es muy del gusto de misia Carmen. Claro, como que tiene la buena señora el culto de los apellidos de abolengo y el de las talegas. Después de ti, que eras su sueño dorado, la Beba es un partido espléndido.

Nydia sintió en esos instantes de angustia horrible, de tortura real y verdadera, que sus ojos iban a traicionarla y bajólos haciendo como que reparaba el ligero desorden de su traje matinal. Así Carmencita no llegó a percibir el relámpago de aquella desesperación sombría, que flagelaba el alma de su interlocutora como un latigazo en carne viva.

Unos segundos pasaron en silencio, cuando nuestra heroína, levantando su altanera frente,



dueña ya de sí misma, repuso con notorio des-  
pego :

—¿De veras?— y su indiferencia era tan  
aplastadora, que desconcertó a Carmencita.  
Un ligero temblor de los párpados y una leve  
contracción de los nerviosos dedos pudieron ser  
indicios ciertos del secreto mantenido con espar-  
tana firmeza, pero no era la cabeza de pájaro de  
su prima la que vencería a Nydia en este género  
de luchas.

La entrada de Carmen, su hermanita menor,  
dióla tiempo para reponerse del todo, y así,  
cuando se separaban media hora más tarde, Car-  
mencita se decía a sí misma, alejándose incons-  
ciente del daño causado : «¡ Parece mentira ! Yo  
que la creía a Nydia un tiempo perdidamente  
enamorada de Carlos. Ni piensa en él. ¡ Qué  
chicas éstas ! y luego hablan de que *on reviens  
toujours a son premier amour.* » Cómo se hu-  
biera pasmado a haber visto a su prima en  
esos momentos, encerrada herméticamente en  
su habitación silenciosa y a obscuras, so pretex-  
to de jaqueca violenta, bañando en triste lloro  
su almohada, testigo único del inmenso descon-

suelo y amargo despecho por lo que ella creía la traición del amado inolvidable.

---

La primavera llegó con una explosión magnífica de rosas. El mes de noviembre derramaba en los aires cercanos y azules la armonía triunfadora de las corolas ya rutilantes, níveas o auro-  
rales.

¡ Cuánta luz para cantar el epitalamio de la naturaleza en las florestas, devuelta por un milagro de las hadas buenas al amor, que es la vida !

La eterna canción de la esperanza va murmurando a la vera de los setos fragantes su dulce, ligerísimo *ritornello*.

Nydia pone sordina a las voces de su espíritu y se entrega de lleno a la labor de todos los momentos, huyendo de sí propia, temerosa de recordar.

Hoy más que nunca necesita del trabajo abrumador, que la fatigue y la rinda por que no quiere ni debe pensar... La obra de su oficiosa prima ha sido devastadora. No puede apartar de su

recuerdo este nombre : la Beba López Morón. ¡ Qué epílogo para el drama de sus almas ! Esa, ¡ heredera del collar legendario con toda su odisea de grandezas y sacrificios ! y ella por su parte sacrificada en el más vulgar de los desenlaces ramplones. ¡ Cómo se retorció su corazón de dolor y de orgullo herido, al sentirse postergada por una criatura como aquélla ! Porque la Beba era el arquetipo de la niña egoísta y mimada, caprichosa y fría, imagen de la vanidad femenina, ante quien rendían culto los padres y hermanos en primer lugar, y luego los hombres todos del círculo pérfido y halgador que se forma en torno de toda rica heredera.

Desde el tono encendido caliginoso del Ticiano ostentado en su magnífica cabellera, obra de Mussión, todo era *pose* en ella. La ebúrnea frente no guardaba una sola idea que no fuera estrecha o mezquina ; sentimiento de injusto predominio o prejuicios de improvisada aristocracia, fundada en la alcurnia flamante de las talegas paternas ; educación mínima en colegios de *rèclame*, barnizada con un par de viajecitos a Europa y raspada la deliciosa arqueta que

prometía ser joyel de oro purísimo... estaño, estaño sólo.

¿Qué había de común entre la hermosa cabeza de pensador, que fué su novio, y la de esta deliciosa muñeca, frágil y hueca? ¿Qué cosa pudo seducirle a él, tan difícil, tan descontentadizo, en aquella charla de la Beba, donde se patentizaba el culto de sí misma, como el supremo objeto de esa vida, y donde fuera inútil buscar un solo móvil serio o altruísta?

Bromeando una noche, la dijo en los últimos tiempos de sus amores : «Las rubias no son mi tipo ; sólo por excepción dejan de singularizarse por su inconstancia y vanidad pueril.» Y cuando ella, a su vez, tomó gentilmente el partido de las desdeñadas, tuvo que escuchar como contra réplica el más poético elogio de la mujer de cabellos negros, misteriosos, como las noches de la Pampa, toda sombra y encantos.

¡Qué lejos parecía ya todo eso, y aun duraba la caricia inefable de esa voz querida en el alma de la amada, como duraba la claridad fantástica de aquellos grandes ojos oscuros, llenos de lealtad y de firmeza !

## XXV

### UN DISCÍPULO DE TOLSTOI

La aparición de Nydia en la vida del doctor López, fué luminosa como la estrella surgida de improviso en la obscuridad del camino solitario.

Aunque triunfador én la lucha del trabajo y del estudio, era un desheredado ; sin familia, sin afectos, sin un nombre legítimo, halló en la doctrina socialista refugio a sus huérfanos anhelos y objetivo a sus ensueños de justicia y de igualdad. No era un fanático ni un sectario ; espíritu disciplinado por la mano de hierro de durísima experiencia, poseía un criterio ponderado y ecuánime, que le hacía rechazar toda exageración partidista. Luego el ejercicio constante de su apostolado humanitario, cumplido entre las más bajas e indigentes clases sociales, le dió el sentimiento de una conmiseración profunda, y de una piedad infinita por las flaquezas y miserias entrevistas ; así iba perfilándose con vigor

la personalidad del filántropo, aunque ligeramente oscurecida por el escepticismo de los parias.

Tenía casi treinta años ; era alto, de anchos hombros y maciza silueta ; carecía de elegancia natural, pero en su cara pálida destacábase con relieve la amplia frente coronada por lacias gudejas de cabellos oscuros ; en ella, como en los grandes ojos negros, lucía la inteligencia vivos destellos. Cuando silencioso, nada denunciaba la potente llama de su espíritu sagaz ; pero, al hablar, parecían iluminarse aquellas facciones, animadas de extraña luz interior, y resultaba casi bello aquel rostro incorrecto, enérgico y original de luchador. Su voz, grave y persuasiva de ordinario, tenía notas de rara dulzura para someter a los enfermos rebeldes, reduciéndolos sin esfuerzo a la obediencia estricta, en las pacientes y minuciosas encuestas de su atenta observación clínica. A fuer de solitario y desheredado, era enemigo de las fiestas y de las reuniones y de una susceptibilidad agudísima. Su goce mayor y más intenso era refugiarse en el asilo de su cuartito modesto, junto a sus libros favoritos, y allí, en medio de sus autores predilectos, con su hermoso Terranova, fiel amigo y conle-

vador de sus vigiliás, a sus pies, hundido en un sillón, proseguía, a la luz de la lámpara, testigo de sus desvelos, la lectura de alguno de sus grandes maestros, émulos de Charcot, que no tardaban en iluminar su criterio en los casos difíciles de su práctica diaria.

Eran las mujeres para él, criaturas de lujo y de capricho, *bibelots* inútiles en la vida de un médico sin fortuna. Considerábalas incapaces, por la frivolidad de su educación corriente, de compartir como camaradas espirituales la existencia de constante don de sí mismo, que se imponía gustoso en aras de su idealismo filosófico.

Pero todo cambió cuando su encuentro con Nydia vino a revelar le que podían sumarse en una sola mujer valores incomparables de firmeza, generosidad y carácter moral. La halló armada como una Minerva en el recinto escolar, y luego vióla, providencia viviente de los suyos, en el sagrado del hogar tranquilo, donde amorosa y sencilla era quizás doblemente fascinadora. Y fuése sintiéndose atraído de una manera fatal e irresistible, hasta aquélla, que sin sospecharlo un momento, acababa de encender en su pecho de asceta, el fuego sagrado de una pasión radiante y hermosa, que trajo a su vida tris-

te, el estímulo incomparable de un ideal acariciado apenas en el más quimérico de los mundos.

Comprendió también súbitamente que se jugaba su destino en aquel encuentro, y que la hora decisiva de su existencia había sonado.

Desde entonces podían dividirse matemáticamente sus días en nublados y de sol; aquéllos, los tres primeros de la semana, cuando dejaba de verla, y en cambio, brillaba como nunca el astro rey para su cautivo corazón cuando érale dado hallarla, aunque sólo fuera de paso en la escuela. Iba tornándose expansivo y confiado, como cediendo a la dilatación gigantesca de su espíritu, pletórico de anhelos y esperanzas. Breves palabras de la más estricta cortesía, que cambiara con su ídolo, bastábanle para llenar largas horas de tedio y de tristeza. A solas con su perro, llegaba hasta hacerlo confidente de su amoroso ensueño con ingenuo, casi infantil monologar: «Oyeme, mi Néstor, mi viejo—le decía, tomando entre sus manos la hermosa cabeza del Terranova y mirando hasta el fondo de las grandes pupilas, donde brilla, el alma primitiva de los canes leales—, ¿qué te parece, si *ella* viniese aquí, algún día, para alegrarnos con su risa



divina, y sus dedos preciosos te acariciarán y su voz tan musical te llamase por tu nombre: *Néstor*? Qué consuelo sentir de cerca su presencia en la casa pobre y oscura; verla ir y venir llenando de ilusión y de dicha exquisitas esta morada vacía. Pero eso sería quizás esperar demasiado, ¿no te parece, mi viejo?...»

---

Mucho tiempo hubiera quedado el dulcísimo y tierno secreto guardado celosamente en el fondo de su pecho, cuando circunstancias fortuitas le obligaron a hablar, revelándolo así a la autora inocente de sus desvelos.

Fué al salir de la escuela juntos una tarde, cuando adoptó tan suprema resolución; su vista certera de médico acababa de constatar los visibles estragos de las tareas rudísimas a que Nydia se sometía, patentizadas en su rostro con inequívocas señales de honda depresión y morbosidad inminente. Más oscuros que nunca, eran los círculos que rodeaban aquellos ojos que tenían el color de la esperanza; el rostro adelgazado, casi exangüe, iba tomando tonalidades

de cera, el vestido de luto aumentaba ese su aire tan doliente y penoso, que llegaba al alma. El joven médico temió por aquella preciosa vida y se dijo a sí mismo : « ¡ Trabaja demasiado ! »

¡ Si hubiera conocido la secreta razón de tales estragos !...

Había transcurrido apenas un mes desde la visita de la señora de Carreras a su prima, y no cesaba de atormentar a nuestra heroína el torcedor de aquella sombría desesperación, con que en medio de su congoja veía a su ex novio, olvidado de sus promesas, buscar la dicha junto a la más frívola de las rivales.

Y este pensar solitario la roía y el desconsuelo inmenso de su abandono la anonadaba.

## XXVI

### DECLARACIÓN INESPERADA

Nydia cosía en su cuarto, aprovechando las últimas horas de la tarde, cuando el cartero trajo aquella carta. Chocáronle, en primer lugar, la letra desconocida del sobrescrito y luego lo vo-

luminoso de su contenido. El sello era del interior.

Hacía apenas una semana que había obtenido, gracias a la mediación de la Directora, la corresponsalía de una gran revista panamericana, adonde pensaba enviar traducciones y artículos sobre educación en la Argentina. Al principio sospechó, que la misteriosa carta tuviera alguna relación con este asunto. Mientras tanto terminaba con sus ágiles y expertos dedos una fina presillita de lencería, la cual sujeta, dejó la aguja clavada en el acerico, tomó la misiva extraña y recostándose en el respaldo del ancho y bajo sillón de mimbre, que le servía de asiento, rompió el sobre cayendo en su regazo dos pliegos de recio papel de hilo, cubiertos enteramente de una escritura alta, clara y viril, de trazos enérgicos, al término de la cual saltó a su vista atónita este nombre : Alberto López.

Una oleada de sangre afluyó a sus mejillas y tuvo el súbito presentimiento de lo que aquella inesperada carta contenía. Laxo el ánimo, comenzó su lectura. Poco a poco, un sentimiento de piedad y de simpatía fué animando su rostro expresivo, a medida que avanzaba ; y cuan-

do llegó a las últimas frases, había lágrimas prontas a descender como rocío de altísima misericordia sobre aquellos renglones, que le traían la ofrenda de un noble corazón, rendido al hechizo supremo de su encanto incomparable.

El pobre muchacho había volcado en aquella carta sus ansias, sus quimeras, sus anhelos, toda su vida, en fin, para concluir ofreciendo su apoyo y su amor, con los cuales suplicaba se le dejase aliviar la pesada carga, con que heroica y silenciosa, Nydia, su ídolo, iba marchando al sacrificio de su juventud y de su dicha en aras de la piedad filial.

Contábale su infancia desvalida, huérfana y mísera; su juventud pletórica de humillaciones, hasta lograr la codiciada meta; su existencia de médico, luego, solitaria, sin afectos, sin recompensas, sin estímulos... y de repente, narrábale su encuentro con ella, en la Escuela Normal; cómo se aclaró súbitamente el horizonte de su vida; con qué ardor emprendía nuevos estudios, que le dieran nombre y fama, porque la sentía cerca de sí, en el retiro del laboratorio, presidiendo, como una deidad augusta, sus ensayos

en busca de verdades desconocidas, imán de sus pensamientos y aliento de sus viglias.

Por ella y para ella sostendría en adelante ambiciones desmedidas ; quería verla en el retiro de un hogar, el suyo, el de los dos, donde sólo él trabajaría, y del cual ella, alma máter, fuera la luz, la inspiración, la vida...

¡ Cuánto bien sembrarían en torno de ellos, los ideales de justicia, de benevolencia y de amor, que ambos sustentaban ! ¡ Qué inefable la comunión de sus almas, forjadas en la lucha de la vida, y acrisoladas por el más puro y peregrino de los afectos ! ¡ Cuánta devoción y cuánta gratitud irían a ella, desde el santuario de su alma en ofrenda, ávida de probar las dulzuras de un amor compartido !...

---

Mucho rato quedó Nydia perpleja y turbada ; aquella inesperada demanda de su mano, la tomaba tan de sorpresa...

Luego, esa lectura de la carta larga y confidencial como una confesión, sincera, espontánea, vehemente, había removido las raíces de

sus recuerdos. Así vibró ya una vez el mensaje supremo en sus oídos, ofreciéndole entonces honores, riquezas y nombre iguales a los suyos; como arras, el collar de perlas llevado por mujeres de la más alta nobleza moral, y con él la promesa del amor que se ofrenda siempre eterno, siempre inmutable. ¡Ironías del destino! Un año apenas, y otro ser, no ya ilustre, ni siquiera rico, sino oscuro y pobre, tendíale la mano y ofrecíale su apoyo; era el compañero de infortunio, surgido en los contrastes de su vida nueva.

Aquel con quien compartiera la primera, irrecuperable ilusión, estaba ya muy lejos, divididos ambos por hondo abismo de convenciones y prejuicios sociales, imposible de colmar.

Pronto, perdería hasta el derecho de pensar en él, pues lo sabía dispuesto a unir su destino con una nueva heredera, la elegida por los suyos, en la áurea colmena de ese Buenos Aires cuya nostalgia sufría a pesar suyo.

Sumida en estas amargas y desconsoladoras reflexiones, no echara de ver que la obscuridad invadía su aposento y fué con verdadero sobresalto que apercibió a su hermanita Carmen, en-

trando a buscarla para comer. Dejó carta y labor en la cestita de costura y marchóse a ocupar su sitio en la mesa, donde ya la esperaba toda la familia.

## XXVII

### ¡ TRISTE AMOR !

¡ Con qué lentitud abrumadora corren los minutos y aun los segundos para aquel que los cuenta en la ansiedad indescriptible de la espera !

Los nervios tensos, el oído alerta, la atención reconcentrada en el sonido del timbre de la calle, permanecía el doctor López, ora sentado, ya de pie, presa de febril impaciencia, al día siguiente de enviar su carta confesión a Nydia.

Néstor compartía, al parecer, el inquieto malestar de su amo, yendo y viniendo con premura por las habitaciones y el hall, como si protestase de la demora del cartero. Al fin, sonó el

tímbre y tras él la conocida voz, que anunciaba la correspondencia ; sin lograr contenerse, el joven médico salió precipitadamente, arrebatando, por decirlo así, aquel anhelado sobre, pequeño, con ligera orla enlutada, que traía su absolución o su condena. Una vez a solas, en su despacho, rompió el sobrescrito y fué devorando aquellos renglones, perfumados con imperceptible aroma de violetas.

Tal era la respuesta de Nydia :

«Doctor López :

»Las circunstancias especiales en que me hallo colocada, me obligan a prescindir de usos y convenciones que son norma en la sociedad habitual, pero de las cuales también su espíritu ha sabido emanciparse por completo. Voy, pues, a responderle con la misma sinceridad que informa mis actos todos, tal como su carta lo reclama y usted lo merece.

»No puedo ocultarle que los sentimientos en ella expresados, me conmueven hondamente y los avaloro como manifestaciones de un corazón noble y bueno, digno de realizar sus más altas aspiraciones. Pero cumple a mi lealtad manifes-



tarle, que ha llamado tarde al mío ; entregúelo tiempo ha, con mi albedrío, en aras de una fe que no logran quebrantar ni la ausencia ni los años, y que guardo en el fondo de mi pecho, sin ninguna esperanza en el presente.

»A nadie en el mundo lo declararíá, pero vaya una confesión por otra : ante sus palabras tan llenas de un homenaje, que obligará por siempre mi gratitud y mi adhesión, van estas mías, descubriendo el doloroso secreto de mi vida. Mujeres hay tan románticas, capaces de amar sin ser correspondidas. Usted, médico y filósofo positivista, tiene delante a uno de esos fenómenos. Créame, no sería nunca la esposa ideal con quien usted sueña : una sombra nos separaría. Seré, en cambio, su amiga leal y adicta y hasta le ayudaré a olvidarme un poco...»

¡ Nada más ! Nada más decía aquel plieguecito perfumado ; pero era bastante poderoso su contenido, para derribar con la violencia de un huracán, la hermosa torre de márfil, donde soñaba despierto nuestro pobre enamorado. Llevóse las manos a la frente, sintiendo la sensación del vértigo y quedó así, mudo ; sombrío,

imagen viviente de la desesperación, con la vista clavada en aquellos caracteres luminosos, fantásticos, con que veía danzar en su mente, las sílabas del nombre fatal y adorado : ¡ Nydia !

---

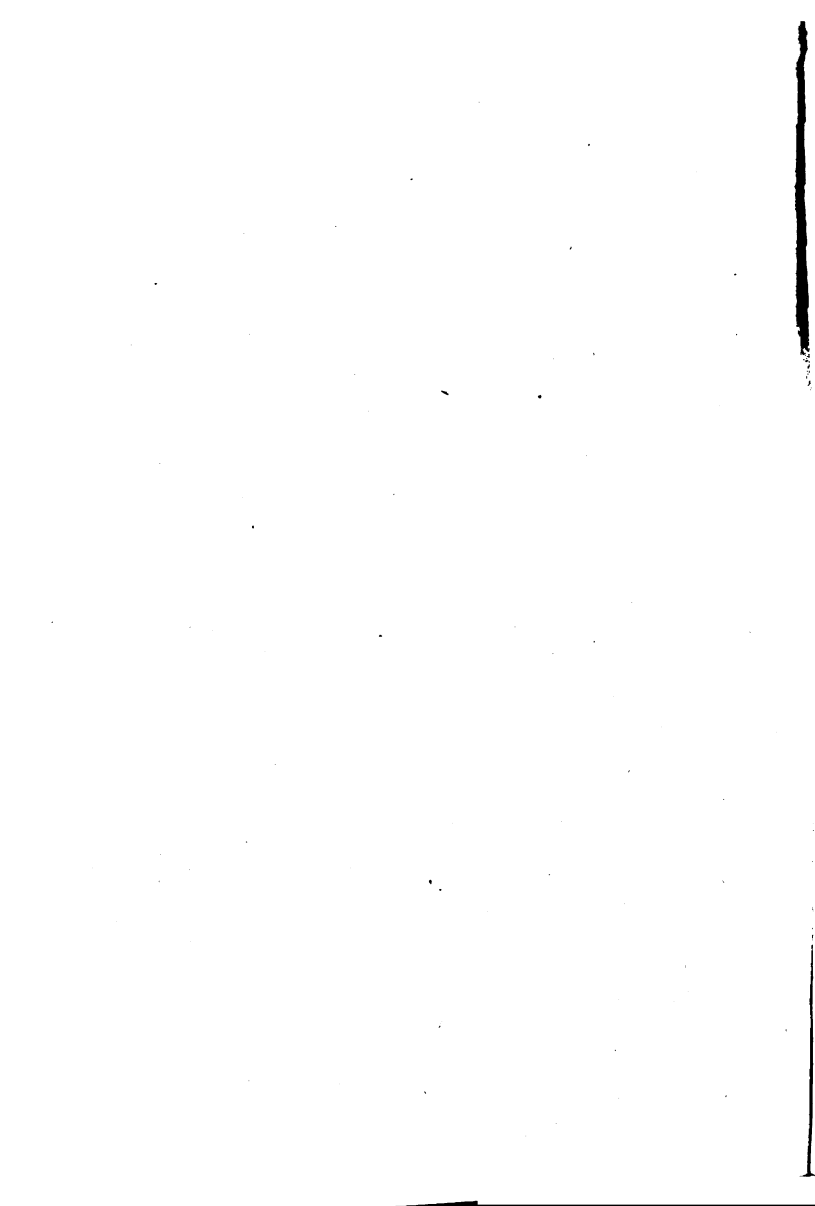
Un mes después de los sucesos descritos, fué cuando las señoras de Silva y de Kent, alarmadas por el notorio desfallecimiento de Nydia, resolvieron enviarla a pasar el verano a las sierras de Córdoba. Terminados los exámenes de fin de curso en la Normal, marcháronse tía y sobrina a Capilla del Monte, donde las hemos hallado al principio de esta historia.

Allí asistimos a su amorosa peregrinación hacia «Le Rêve», el *home* soñado ; de allí la hemos visto regresar al hogar de sus desvelos para consagrarse a él sin remisión.

Trajo, no obstante, las dolorosas evocaciones del pasado, mejor salud y un nuevo restablecimiento del equilibrio armónico de su ser moral, logrado a la vista de aquellos serenos horizontes serranos. Mucho más tranquila, volvióse, como si su espíritu, al comulgar con aquellos

grandiosos espectáculos de la naturaleza original, en los apartados valles cordobeses, hubiera extraído de ellos la secreta fuerza y el secreto vigor para seguir adelante. Nuevas discípulas aguardaban su regreso en el aula amiga; otra vez las incursiones en el campo sin límites del estudio.

Y fué entonces, cuando en virtud de las leyes eternas que regulan todo humano destino, en el constante vaivén de un flujo y reflujo inagotables, sobrevino un nuevo dramático y doloroso incidente, que turbó de improviso el lago sereno de su alma, apenas apaciguada, con amargo conflicto de deberes.



## CUARTA PARTE

### XXVIII

#### SUZIE

Una tarde al volver de la escuela, Nydia halló casualmente en las «Notas Sociales» de *La Nación*, noticias de Suzie, la querida niña enferma en las sierras.

Era la hermana favorita de su ex novio, criatura de rara bondad y belleza frágil y delicada. Fué uno de los vínculos, que rompió con mayor dolor, al separarse de los de Aguiar, en su alejamiento definitivo y que revivía inundando su corazón de afecto fraternal, al saberla de repente, muy enferma, en las apartadas sierras, bloqueadas en breve por el invierno.

¡ Cuánto no diera por escribirle, brindándole

el consuelo de sus votos ardientes de curación y de dicha!

Pero la fatalidad, que había arrollado como una ola obscura, cargada de dolores, su amor y su fortuna, habíase llevado también mucho de su confianza y de su fe en los demás.

¿Cómo tomaría Suzie aquella carta? ¿Y el mismo Carlos? ¿No sería para ellos la señal de una tentativa de acercamiento de «la dilettante» arrepentida? Por otra parte, no era plausible suponerla cansada ya del desempeño de su rol de jefe de familia, papel abnegado y obscuro frente al porvenir que le brindaban sus antiguos amores reanudados.

Para mayor mal aquella noticia del compromiso reciente de Carlos con la Beba López Morón cerrábale todos los caminos, y su decoro impedíale aparecer, ni remotamente, como interpuesta entre la pareja sui géneris.

---

Ya el otoño tocaba a su fin, nublado y frío, con su cortejo melancólico de crepúsculos pálidos y sus hojas amarillentas, que parecen crepi-

tar de nostalgia o de angustia en los parques desiertos.

Todo hacía prever aquel año un invierno anticipado y riguroso ; hasta las prematuras emigraciones de las aves hacia mejores climas denunciaban desde fines de marzo, con su éxodo significativo, el arribo de la nevosa estación.

«¿Qué harán Carlos y Suzie en «Le Rêve»? se preguntaba Nydia a cada rato, y pensaba que hablarían quizás del pasado, cuando solos en el saloncito, en el te de las tardes o por las noches, después de comer, junto a la monumental chimenea del comedor, evocaran cosas y recuerdos comunes. Tal vez su propio nombre cayera de repente entre los dos, como algo fatalmente vinculado a una época de dicha cierta para todos. Y como por tácito acuerdo veíase postergada cual memoria importuna... ¡ Es claro ! Sólo debían acordarse de la Beba, la brillante patinadora del Palais de Glace, que en esa *season* paseaba su belleza animada por el deporte de moda, entre la turba de sus admiradores. Porque Nydia devoraba ávida la menor noticia relativa a los actores de aquél, que aún sentía era el romance de su propia vida, y sabía que la

Beba, pesase o no a su novio, consagrado a cuidar a su hermana enferma, en la soledad y apartamiento de las sierras, seguía en su programa habitual de fiestas y de triunfos mundanos. El *flirt* para criaturas como la Beba, es el aliciente supremo de la vida y lo practican como uno de tantos deportes de tono, sólo que en él, a fuerza de jugar al escondite los corazones, suelen producirse los más inesperados accidentes y la sentencia del viejo *Lieder* se cumple :

«...y tal jugado habemos,  
»y tal maña nos dimos,  
»y tan rebién, por fin, nos escondimos,  
»que ya nunca jamás nos hallaremos.»

---

Mientras tanto, ¡cuán diversos eran los pensamientos de los tristes moradores de «*Le Rêve*».

La infeliz Susana, consciente de los progresos de su mal, recordaba más que nunca a Nydia, deplorando amargamente las circunstancias que las separaban. Sus hermanas, ya casadas, debíanse a sus esposos y a sus hijos ; misia Car-



men sufría en los últimos tiempos ataques de disnea, que hacían imposible su vida en las alturas.

Sólo Nydia, esposa de Carlos, no se hubiera separado de ella. ¡ Qué deplorable tragedia la de los de Silva ! Como si hubiera sido poco pesar el que causara la muerte del bondadoso don Luis María, vínole a Nydia la obstinada y extraña resolución de romper su compromiso con Carlos. Decían que allá en el Rosario, adonde se fueron un buen día como huyendo de todo y de todos, Nydia era maestra o algo así ; ella no lo sabía bien. Sus hermanas mayores la tachaban de tonta por afligirse hablando de estas cosas, pero no podía olvidar a la que debió ser su hermana también y fué tan buena y cariñosa con la pequeña Suzie. ¡ No, no era cierto ! Nydia ni era orgullosa, ni era pedante ; era simplemente heroica para la almita noble y sincera de la enfermita. Nydia seguía siendo digna de su Carlos, el hermano adorado, que se sacrificaba por Suzie con tanto amor y abnegación. ¿ No había dejado por ella los mil atractivos del invierno en la gran urbe y se consagraba pura y exclusivamente a cuidarla, con el mimo de una

madre, llevando esa monótona existencia de enfermero en la soledad abrumadora de las sierras? Todo lo preparaba por sí mismo : pociones, alimentos, bebidas estimulantes ; y ahí estaba junto a ella, rodeados, eso sí, por adicto y numeroso personal de servicio ; pero solos, luchando él a brazo partido con la implacable adversaria, cuyos triunfos en la sombra, constataba desesperado. Cada día se adelgazaba más aquel semblante de óvalo perfecto donde la fiebre ponía brochazos de púrpura, semejantes a rosas, que a Carlos se le antojaban de cementerio.

No sufría mucho felizmente : la tos escasa y la fatiga poca, dejaban sitio a una consunción que iba como reabsorbiendo hacia quién sabe qué secretas interioridades, la luz y la vida de aquel organismo de veinte años.

En una de aquellas largas veladas, cuando tan dulce era a la vigilia de Suzie la compañía de su hermano, mientras éste leía un reciente tratado francés, hundido en un ancho sillón junto al fuego, siempre en busca de la soñada panacea, que devolviera a su enferma las fuerzas perdidas, Suzie pensaba en Nydia y al fin

dijo con un hilo de voz tenue, venciendo sus temores :

—Carlos, ¿es cierto lo que aseguran mamita y las muchachas?

—¿Qué cosa, Suzie?—dijo con entonación cariñosa el aludido, volviéndose hacia el lecho virginal de cuya sombra vió erguirse el busto de la niña incorporada en los almohadones.

—Que te casarás con la Beba... Mira, Carlos —prosiguió entonces con vehemencia—, la Beba no te quiere, ni te querrá jamás, porque ella sólo se ama a sí misma ; es incapaz de querer a nadie. ¡ Serías tan desdichado en ese matrimonio ! A veces imagino tu vida futura con ella y me parece verte recorriendo un camino muy largo y tristísimo. Al sólo pensarlo, lloro, ya lo ves.

Y, en efecto, las lágrimas bañaban sus mejillas enflaquecidas, mientras su voz se quebraba en sollozos.

Carlos acudió precipitadamente a tomarla en sus brazos, y apoyando la rubia cabeza sobre su pecho, quedóse sentado en el borde de la camita blanca, acariciando aquellas manos exangües y tan pequeñas como las de una criatura.

—No llores, mi Suzie—la dijo consolándola como a un niño—, no llores más. Mamita y las muchachas se han equivocado enteramente. Jamás pensé en llevar adelante mis relaciones con la Beba. No te negaré que bailé gustosísimo con ella algunas veces y hasta que me entretuvo su charla de pájaro. Posee algún esprit, sobre todo cuando muerde con sus originales ironías. ¡Pero nada más! Eso es todo lo que hay entre nosotros dos.

—Sí, pero como en casa quieren que te cases a todo trance para que...—y aquí inclinó la cabecita y guardó silencio sin animarse a proseguir.

Pero Carlos tomóle suavemente la barbilla y, haciendo como que leía en la cándida mirada, terminó la frase :

—Para que olvides de una vez a Nydia, ¿no es cierto? Ya lo sé, mi hijita ; en casa, mi madre y mis hermanas, inclusive mis señores cuñados, desean apartar ese recuerdo de mi vida, todos lo quieren menos tú, mi Suzie, ¿no es verdad? tú eres la única que la conocías bien y que comprendes cuán difícil es olvidarla.

Y cambiando de tono, dijo con amargo reproche :

—¡ Cómo pueden comparar a ella, la mujer más noble y más digna, de corazón más abnegado y alma mejor templada que es posible hallar como rarísima perla en ese Buenos Aires, tan luego con la Beba, una de las mil muñecas de etiqueta parisiense, que se hallan a cada paso en ese ambiente de mentira y de convención, donde concluye uno por asfixiarse de repugnancia !

Y terminó volviendo a su sitio luego de arrojar cuidadosamente a su hermanita :

—Duerme tranquila, mi nena ; tu hermano será un solterón recalcitrante y envejecerá solo y en paz...—dijo intentando sonreírle desde su sillón, al que volvió para reanudar su lectura interrumpida.

## SEGADA EN FLOR

Aquella mañana, Carmencita Carreras dejó a Nydia consternada con las últimas noticias de Suzie.

—Se nos muere, hijita—había dicho, en medio de su charla incoherente—, se nos muere sin remedio.

Costóle inmenso trabajo a su afligida prima ir desenzarzando del relato deshilvanado de cinderellas en perspectiva, ventas de caridad en el teatro Olimpo, noches de cine, etc, etc., que absorbían toda la atención de la frívola mujercita, lo que ansiaba saber, es decir, que Suzie tenía muy pocos días de vida, que toda la familia se había trasladado a la residencia de «Los Cocos» y que hasta misia Carmen, corriendo grave riesgo, estaba allí para cerrar los ojos de

su hijita adorada, la que ella llamaba «hija de la vejez».

—Hablaban de traerla a Buenos Aires, pero lo ha hecho imposible su cercano fin—dijo a vueltas con sus frívolos y vanos temas Carmencita y siguió sintiendo momentáneo y fugaz el pánico de la visión espectral que todo la arrasa—: ¡Dios mío! ¡qué cosa horrible debe ser morirse tan joven y tan hermosa, y luego con un nombre y una fortuna como la suya!

Nydia asentía en silencio pensando en Suzie y en Carlos, atormentado doblemente como médico y como hermano amantísimo, junto a la tierna víctima del implacable mal que se complace en segar las más bellas cabezas juveniles, avara de lo blanco, de lo impoluto.

El día entero su espíritu se cernía allá, junto a los altos árboles del parque silencioso, fúnebre, de «Le Rêve», donde la nieve había extendido su sudario. En sus ardientes anhelos estuvo a punto de atropellarlo todo: conveniencias, amor propio, resoluciones y dignidad para escribir a Suzie, larga, entrañable protesta de adhesión y ternura. Creyente sincera y firmísima, supo en medio de las hondas y perturbado-

ras agitaciones de su espíritu, buscar consuelo en el «más hermoso libro que salió jamás de la mente y del corazón de los hombres», allí, abriendo al azar el pequeño tomo, tropezaron sus ojos con la sentencia : «Vive como huésped y peregrino sobre la tierra...», la cual leída, sumióse en hondo y melancólico meditar. «Vanidad de vanidades y todo vanidad», parecían decirle sus recuerdos y anhelos del pasado, hoy que la gran lección de la experiencia iba dejando en los senos de su alma la acrisolada enseñanza del deber.

¿No había perdido cuanto constituía su esperanza? Y Suzie, la inolvidable niña, pura, angelical, y adorada, ¿no iba también a despojarse de cuanto poseía, incluso el don peregrino de la vida?

Sabio y prudente era, a vista de tan dolorosas lecciones, despojarse de inútiles afanes y poner muy alta la confianza y la fe, allí donde nada se pierde, donde toda lágrima se recoge y ningún desfallecimiento de la voz clamante es desoído.

---



Aquella tarde misma, casi al obscurecer, el cartero le trajo una esquila inesperada; en el membrete del sobre reconoció con transporte la divisa de Suzie: «Nihil desperandum». Abrióla ante la vista sorprendida de los suyos y apenas pudo reconocer en los trazos de aquella escritura temblorosa, la fina caligrafía de su adorable enferma. Empezó a leerla en voz alta, pero a las primeras frases, la ahogaron los sollozos y en silencio terminóla pasándola a sus oyentes, mudas de asombro y de pesar.

Se veía a las claras el esfuerzo con que había sido escrita, a intervalos, que espaciaban largamente los párrafos. El final era poco menos que ilegible. Decía así:

«Nydia:

¡Cómo debe sorprenderla mi carta; pero cuando sepa que pronto, muy pronto, no estaré ya aquí, viva, perdonárame esta intromisión, sabiendo que no he dejado de quererla un solo momento y que me llevo el dolor de no haberla llamado al fin mi hermana! Sí, Nydia; estoy muy enferma, lo conozco a pesar de todo lo que hace mi pobre Carlos para ocultármelo. Por eso le escribo con tanto trabajo. Me prohíben todo

ejercicio de los brazos, pero a ratitos e incorporada en los almohadones voy concluyendo mi carta, que oculto cuando alguien llega, y al fin con la ayuda de Dios, ha de ir a sus manos. No quiero morir sin pedirle una cosa : no se case usted con nadie sino con Carlos, Nydia. Créame, él no ha dejado de amarla nunca y es más : la admira como a una santa, pero es orgulloso y está herido por su silencio. No dará otra vez el primer paso. ¡ Cómo hacer, Dios mío ! ¡ Son tan nobles y buenos los dos !...

» No quiero que me saquen de aquí...

» Pido que me sepulten en el parque de «Le Rêve», al fin de la avenida de los molles ; así, algún día, estaré más cerca de ustedes dos, cuando vengan después de casados a pasar los veranos en la sierra. Ustedes no tendrán temor, ni sentirán aprensión alguna porque mi tumba blanca se yerga ante su dicha ; ¿ no es verdad ? y lejos de eso, leerán mi nombre diciendo : « ¡ Cuánto nos quiso, pobre Suzie !... »

Así terminaba la carta dolorosa y dulce a la vez como un poema. La almita de la niña pa-

recía revolar sobre los renglones, libre al fin de mortales ataduras, presagiando con la doble vista de los moribundos lúcidos, el futuro de aquellos a quienes tan lealmente amó...

### XXX

#### DIARIO DE NYDIA

*«Lunes 20 de mayo.»*

»Hemos teleografiado a «Los Cocos», mamá y yo, inquiriendo alguna noticia de Suzie. Carlos nos respondió esta tarde : «Sigue muy mal. No se abriga esperanza de reacción.»

»Tía Ketty opina que yo debía contestar la

carta de Susana, siquiera por no dejar caer en aparente indiferencia, el último mensaje de la pobre criatura moribunda. Pero, ¡ no me atrevo !

» Por Carmencita sé que todos están junto a ella noche y día, y ¿ cómo comentarán mi actitud ? ¡ Dios mío ! ¡ qué incertidumbre y qué angustia ! »

---

« Martes 21.

» Acaban de administrar a Suzie el santo viático. Agradezco íntimamente votos y simpatía por querida enferma. » Así reza el mensaje telegráfico de hoy en respuesta al enviado por nosotras, horas antes.

» ¡ Qué cruel es esta separación ! ¡ Sin ella tendría el inmenso consuelo de besarla por última vez ! »

« Miércoles 22.

« Suzie murió esta mañana a las 6... » ; nada más decía el lacónico parte siniestro, y aunque

de hora es hora la terrífica realidad se nos imponía como una certidumbre, esta catástrofe nos pareció algo insólito y abrumador.

»Parecióme que, al morirse, Suzie rompía el último hilito de oro del telar de mis sueños. Es ya lo definitivo. ¡ Se acabó todo !... sólo me consuela la plegaria : la siento tan cerca de mí entonces ; su espíritu, borradas ya por la muerte las fronteras morales que nos dividían en vida vuelve a mi encuentro. ¡ Pobrecita ! Tu carta me trajo algo más precioso que la misma esperanza, algo que no me atrevía a suponer ni en los más íntimos anhelos : « ¡ Carlos no ama a la Beba ! »

Nunca pudo ser de otra manera. A mujeres como ella, a quienes no alcanza lo serio y lo grave de la vida, pues su único objetivo es el placer, ¿ cómo brindarles alianza sino con lo vano, lo soberbio y lo exterior ? ¡ Loado sea Dios ! Carlos no sufrirá la tortura de esos divorcios absolutos del espíritu, que separan en el gran mundo a tantos a quienes uniera el sacerdote sin lograr anudar otros intereses, que los meramente materiales.»

«Jueves 23.

»Todo el día medité sobre este pensamiento de «La imitación» que leí en la mañana, pensando en Suzie : «Porque nada hay permanente debajo del sol, donde todo es vanidad y aflicción de espíritu».

»¡ Cuánta sabiduría en la sentencia mística y breve ! Tiene razón Kempis : mirada la vida del punto de vista universal y eterno, nada somos sino sombras, ni siquiera cenizas, ni humo al fin.

»Pero, por otra parte, qué grande significado y qué alto valor alcanza la vida humana mirada del punto de vista personal, como agentes del deber y la conciencia. Sin esta convicción no valdría la pena de vivirla con el ansia intensa y el anhelo de perfeccionarla que nos eleva al más noble concepto de ella misma.»

---

Se ha cumplido la última voluntad de Suzie y sabemos por Carmencita, que ella duerme su sueño definitivo arrullada por la música del alto bosque de «Le Rêve». Toda la familia ha regre-

sado a Buenos Aires, y, entretanto, allí estará en adelante, sola, en medio del parque inmenso, en el apartamiento riguroso de las sierras amortajadas por el invierno. ¡ Pobre Suzie !

## XXXI

### «ON REVIENNE TOUJOURS...»

Pasaron las primeras semanas del agudo, insoportable dolor para Carlos, a quien obsesionara día y noche el recuerdo de la tristísima despedida de Susana. Y unido al de la niña muerta venía constantemente a su memoria el de aquella otra a la cual sentía más que nunca refluir su cariño, ávido de consuelos, como una criatura huérfana. El nombre de Nydia, pronunciado en sus conversaciones postreras con Suzie, brillaba en su tristeza presente como fanal amoroso y vespertino, hacia el cual iba de nuevo sin-

tiéndose fatalmente atraído. ¿Qué hacía ella? ¿Mantendría con la misma irreductible firmeza de un año atrás su primera resolución? ¿Cómo toleraría esa existencia de voluntario destierro? Poco a poco la idea de constatar por sí los efectos de tal cambio, llegó a dominarlo y dióse a madurar el proyecto largamente acariciado de una visita a la familia de Silva, acto de cortesía que justificaban plenamente a su juicio las renovadas y oportunas atenciones prodigadas por la misma a la pobre Suzie en sus últimos días.

No confió a persona alguna tal anhelo de su espíritu, y habiendo salido una mañana para su estancia del Pergamino, cambió pronto de rumbo, tomando el camino de la ciudad del Rosario a través de las feraces llanuras cultivadas, donde apuntaba ya la cercana primavera con el encanto de sus primicias. Solo en su compartimiento, seguía con la mirada yaga, perdida en dulces añoranzas, las volutas del humo azulino de la máquina, menos deleznable, que sus orgullosos propósitos de indiferencia ante la ruptura de sus relaciones con Nydia. ¡Propósitos de amor al fin! Allá en la linde de una lomita verde, perfila un rancho pajizo su techo solitario y



cerca de él muévense en un bajío innúmeras ovejas, que diseminan sus cándidos vellones sobre el trebolar oloroso.

Cerca de la vía, negrea la tierra removida y parece vahar al sol de la mañana su aliento robusto, que acaricia el olfato.

Arroyos frecuentes, riachos, sauces; las paralelas interminables del telégrafo y junto a sus conos de porcelana, un renglón de azules golondrinas, las primeras que veía Carlos ese año.

¡ Oh ! la eterna renovación de la materia, cómo era patente a su conciencia de médico, más escéptico que nunca desde la pérdida de Suzie; todas esas bellezas no hacían sino reabrir la herida mal cerrada para tener la visión angustiosa de la niña dormida para siempre a la sombra de los viejos molles de «Le Rêve».

---

Cuando descendió en la estación de Sunchales, era al caer de la tarde; un plenilunio claro y tibio se iniciaba.

Algunas horas después, al contemplar desde

el balcón del hotel la ciudad dormida, pensó con secreta fruición : «¡ Mañana la veré !...»

---

A las cinco de la tarde del día siguiente, un coche lo dejó a la puerta de la modesta casa de la calle Laprida, donde se había recibido poco antes una tarjeta suya anunciando su visita.

Introducido en el saloncito, pudo durante los pocos minutos de la espera avalorar el enorme cambio sufrido por la familia de Silva. Nada allí quedaba del esplendor opulento del pasado. Sólo el magnífico retrato de Nydia, obra de Madrazo, reliquia preciosa de otro tiempo, revivía en el lienzo el alma y la belleza de la amada incomparable.

En una mesita había rosas frescas y en un estante libros y papeles junto al modesto piano, que no era tampoco el magnífico Stenway de otros días. Con avidez iba buscando en aquellos detalles de interior los rastros de la vida nueva de su amada, la cual desde lo alto del muro parecía iluminarlo todo con la divina lumbre de sus grandes ojos, cuando resonaron a sus es-

paldas los lentos y pausados pasos de la señora de Silva, y con ello otros ligeros, juveniles, tan conocidos en su corazón...

Al volverse para saludar a ambas señoras, su primera mirada fué a Nydia; hallóla más esbelta aún con sus ropajes de duelo y admirando después el semblante de la niña en plena luz, su escrutadora ojeada de clínico, pudo comprobar con intenso pesar, el estrago de la lucha de los largos meses transcurridos. Había sombríos halos junto a las pupilas glaucas y las mejillas habían perdido el sonrosado feliz de otrora, tomando el tinte frío de las rosas de te.

Inicióse la conversación expresando las señoras su profunda pena por la pérdida de Suzie, y el dolor de la anciana madre; Carlos, inclinado, silencioso, asentía a todo, pero cuando Nydia levantara su dulce voz para decir:

— ¡Qué hondo vacío ha dejado Suzie entre todos nosotros!...

El pareció animarse a hablar y dijo lentamente:

— Ella era la alegría y la luz de nuestra casa; a mi pobre madre, nada ya podrá consolarla de su pérdida; imposible levantar su espíritu. En

cuanto a mí mismo, esta nueva burla del destino deja en mi alma una decepción más.

¿Por qué Nydia bajó los ojos ruborizada involuntariamente y quedó callada sin lograr reponerse de aquella turbación creciente, que iba a concluir con la calma de que habíase revestido al entrar? Un silencio penoso reinó en la salita. Rompiólo la señora de Silva, invitando a Carlos a pasar al comedor, donde en aquellos momentos se servía el te de la tarde.

Al cruzar el hall, cediendo el paso a su madre, quedóse Nydia rezagada y vióse un instante frente por frente de su ex novio. Fué en aquel momento cuando cada uno pudo leer en los ojos del otro su divino secreto: la mirada leal y firme del joven médico tenía, al fijarse en su amada, la devoción inefable, unida a la piedad dulcísima y a la admiración más apasionada. Sentíase atraído hacia ella con más fuerza que nunca, al hallarla de nuevo tan triste, doliente y abatida. Por los ojos de Nydia, transparentes como el agua marina, cruzó fugacísimo ese rayo peregrino de la dicha que vuelve a alumbrar los senos recónditos del alma en éxtasis. Y al ocupar ambos sus sitios junto a la mesa familiar en la in-

timidad de aquella velada dulcísima, parecióles como si nada hubiera ocurrido desde el día aquel, en que, los ojos en los ojos y las manos unidas, fundieran sus destinos en la promesa irrevocable de su amor.

## XXXII

### PLENILUNIO

Media hora más tarde paseaban en el pequeño jardín de Nydia, donde florecían junto al muro gris lilas tempranas, como un mensaje dejado allí para los dos por la primavera cómplice y amiga. Fué entonces cuando el crepúsculo esfumaba los contornos de las cosas y traía con la melancólica hora el anhelo supremo de expresar lo que desbordaba de su propio corazón,

que Carlos, tomando una mano de Nydia entre las suyas, le dijo con voz contenida, velada por la emoción :

—Nydia, ¿sabe usted por qué he venido hasta aquí?

---

Ante el débil gesto de negación, que siguió a la demanda de Carlos, éste, animado de creciente vehemencia, repuso sin apartar sus ojos interrogadores de aquellas pupilas a las cuales parecía querer arrancar su secreto a toda costa :

—¿No lo imagina usted? ¿No lo adivina? ¿No ha pensado usted, acaso, en el tormento a que me condenó sin querer oírme, huyendo de mi lado para establecerse lejos de todos nosotros, aconsejándome todavía que la olvidase? ¡ Como si eso fuera posible!—dijo con amargo acento—. ¡ Cual si fuese fácil, después de conocerla y comprenderla a usted, admirar a otra mujer o hallar a alguna, que se le compare en carácter, o en corazón! Y como si esto no bastara, la encuentro extenuada, por el esfuerzo de tan largos meses. ¿Hasta cuándo, Nydia, pien-

sa usted prolongar este paréntesis cruel, que hemos vivido casi un año ya?

La interpelada, pálida y muda, no hizo otra cosa sino clavar sus ojos en el suelo e intentó retirar sus diestra de aquellas que la retenían firme y amorosamente como a rehén precioso.

—¿No me responde usted, Nydia?—prosiguió Carlos con vehemencia—. Debo decirle otra vez, que es usted la luz que falta en mi vida, hoy más triste que nunca, después de la partida de Suzie. En mi hogar sólo me queda mi anciana madre, muy enferma, a quien este dolor de la pérdida última va matando lenta pero seguramente. Yo no tengo entonces en el vacío inmenso de mi existencia solitaria, sino esa sombra a quien confiar mis penas y mis ansias. Y siento que he llegado al cabo de mis fuerzas. No puedo seguir así. Usted me falta y es como si el aire y la claridad del sol me abandonaran. Por eso vengo aquí, a suplicarle una nueva resolución, que me permita esperar al menos.

Y al decir esto tenía su rostro una expresión de tan intensa angustia, que Nydia sintió a su vez el escalofrío de algo trágico cernirse de nuevo cerca de ella, como un presentimiento. Y tu-

vo un impulso espontáneo de amor y de piedad para él, tan atormentado, y considerólo con una larga y dulcísima mirada, que fué para Carlos algo como la aurora de un nuevo día, la que le hizo exclamar con júbilo mal contenido :

—Entonces, no más sacrificios, ni destierros, ni ausencias ; nuestras dos familias formarán una sola. Su madre y sus hermanas vendrán con nosotros y usted darános la bendición de su presencia, dejándome a mí el derecho de disponerlo todo para asegurar definitivamente el porvenir de los suyos.

Nydia, recogida dentro de sí misma, pensaba hondamente, mientras la voz del amado, del tentador, traía a sus oídos la suprema apelación, cuando las últimas frases redoblaron en ellos como un toque de alarma : «Nuestras familias formarán una sola», vale decir, su madre y sus hermanas irían al futuro hogar o no irían, pero su dependencia de los de Aguiar sería un hecho virtualmente indestructible, ya que de ellos debían recibir la renta, limosna disimulada, con que sufragarían sus gastos y estarían en lo cierto los que afirmarían más tarde que Carlos tuvo que hacerse cargo de la familia de su esposa,



a quien su jefe dejó, al morir suicida, en la miseria y el abandono.

La visión de su padre cruzó como un relámpago, y las últimas palabras de aquella carta testamento sagrado volvieron a su memoria: «A ti las confío, Nydia mía. Tú, que eres la mujercita fuerte por corazón y carácter, eres también la única capaz de remplazarme en el vacío del hogar, que dejo con tanta amargura.» Así habló el infortunado padre, visionario inspirado, que se llevó a la tumba la seguridad confortante de que su hija era capaz de reedificar por sí, el asilo de la vejez de su amante compañera.

Los pensamientos cruzaban como relámpagos por la frente de Nydia y el imperativo categórico de aquel mensaje sonaba como una apelación de ultratumba: «¡No las abandones!»

Fué entonces cuando, serena y consciente de su deber, pudo responder a las premiosas instancias del amado con estas palabras, que a su vez fijaban su destino:

—Es noble y digno de usted, Carlos, insistir así; pero las circunstancias no han cambiado gran cosa: aún debo esperar a que mis herma-

nas terminen su educación y adquieran sus diplomas, y puedan relevarme del compromiso moral que me sujeta a este hogar de pobrezas y sacrificios, pero que me es tan querido en el mundo. Un año más todavía. No debo, en el egoísmo de una dicha que sería inútil ocultar, encadenarlo a tan larga espera...

Carlos sólo oyó esta última frase, que ratificaba sus ensueños de amor compartido, y ajeno a todo lo demás que no fuera la respuesta afirmativa que ansiaba todo su ser, dejándose arrebatado por el impulso exclusivo de su corazón, exclamó exaltado y radiante :

—Dime, alma mía, que no has dejado de amarme en todo este largo año triste que hemos vivido separados ; dímelo, y eso me bastará para concedértelo todo, no importa lo que me pidas. ¡ Aunque sea un nuevo destierro de tu lado !

No cabe en la vulgar y mezquina lengua de los hombres la amante respuesta. Sólo fué, que al adivinarla transportado de júbilo, el pobre enamorado, rendido al hechizo de su ídolo reconquistado, hubo de aceptar todas las condiciones que ella, prudente y sabia como Palas, fiel y abnegada como una Penélope, supo imponerle,

y que al abandonar la vecindad del bosquecito de lilas, recogieron los ecos el rumor delicioso apenas perceptible de un beso, que sellaba aquel pacto de amor y la abnegación filial. ¿Consagración o simple coincidencia? La luna llena, asomando en ese instante su faz toda perlas, por sobre el borde de una nube, nimbó las oscuras siluetas de los jóvenes enamorados con reflejo auroral, y así marcharon el uno junto al otro, de la sombra a la claridad plena, como en una resurrección de ensueño y de felicidad.

### XXXIII

#### ¡ A MORIR POR FRANCIA !

La vida del doctor López, en los últimos tiempos, había sido de intensa y desusada labor. Casi no dormía ; preocupábalo día y noche la experiencia comenzada de un nuevo tratamiento

de la tuberculosis, ese flagelo social, que devasta las ciudades y hace presa en las clases pobres y trabajadoras. Habíase arrojado de nuevo en sus viejos estudios bacteriológicos y entre cultivos, tubos de ensayos y estufas de Pasteur, parecía querer esterilizar, no ya el bacilo extraído del pecho de sus infelices enfermos, los habitantes de los conventillos infectos, sino aquel otro indeterminado, aunque presentado por médicos eminentes, poetas y psicólogos, el bacilo de la pasión universal, que había hecho presa en su ingenuo y confiado corazón de niño. Desde el día nefasto en que recibió la respuesta de Nydia, respuesta noble y franca, sincera y leal como ella misma, pero que contenía el tremendo *lasciate ogni speranza*, el pobre muchacho había entablado una lucha feroz consigo mismo, lucha silenciosa, de todos los instantes, lucha titánica en la que era constantemente derrotado, no obstante la lucidez de sus raciocinios y la clarovidencia de sus juicios.

¿Tenía él acaso la culpa de que fuera tan bella y tan digna de admiración esa niña singular? ¿Por qué azar perverso se había cruzado en su camino para hacerle conocer el encanto so-

berano de una mujer superior y apartarse de su lado, piadosa, eso sí, pero ajena al fin a los secretos tormentos infligidos a su herido corazón?

Y el alma del paria se estremecía dolorosamente bajo el suplicio del dolor insoportable y se revelaba en él el hombre enérgico, el luchador de fibra, triunfante hasta allí del medio y del destino adversos.

Y volvía duro e implacable en sus horas de desaliento contra todos. Como un iconoclasta, quería derribar cuanto amó y respetó idólatra hasta allí. «Es ambiciosa—se decía, despechado—; me desprecia porque soy un ignorado y un miserable. Es claro, si fuese uno de los ociosos de su mundo, de la canalla dorada, de la *jeunesse* donde seguramente vive el que ella prefiriere...» Y como aquellós desgraciados que no tienen otro goce que el acre placer de torturarse vivos, removiendo el puñal de sus heridas o reabriendo sus sangrientas llagas, el infeliz se obsesionaba con la visión del porvenir cuando viniera por ella, que vendría, a no dudarlo, pues no era Nydia mujer a quien se olvida fácilmente, el aborrecido rival aún no visto, pero no menos execrado.

Amar a otra, sustituirla en su alma ciega-mente adicta al recuerdo divino de ella sola, ¡ imposible ! El sabría hallar derivativo digno a sus ansias y duelos, pero no sería en el vulgar epílogo de un matrimonio de conveniencias o realizado bajo los auspicios del despecho, que el drama de su alma iba a desenlazarse.

---

Entre tanto, Nydia, reanimada por el inefable recuerdo de aquella entrevista en la que Carlos logró precisar de nuevo situaciones y anhelos recíprocos, abriendo de par en par las puertas a la esperanza, sentía como si la vida vertiese de nuevo sobre su corazón los dones más dulces de su ánfora misteriosa. Sus tareas escolares eran ahora ligeras y no pesaban a su espíritu, sostenido por el recuerdo del amado. A veces solía hallar al doctor López a su paso por las aulas ; chocábale su aire grave y ceremonioso al inclinarse profundamente para saludarla. Nada de la franca y amistosa confianza de otros días. Sufría al pensar que era causa involuntaria de aquella mudanza ; pero, por otra parte, su con-

ciencia firme y honesta de mujer sincera, aprobaba su conducta explícita, aunque de dolorosos efectos. En esos últimos días del año oyóse en la escuela el rumor grave de la extraña resolución del doctor López de marcharse a la frontera de Francia, a luchar en favor de los aliados, prestando sus servicios profesionales en la cruz roja franco-inglesa. «¡ Pobre muchacho ! —pensó—, se destierra voluntariamente». Y su alma justa y serena se compungió, no obstante, al apercibir en el fondo de tan inesperada resolución el recurso extremo de un enamorado, presa del implacable deseo de olvidar.

---

Y así era, en efecto. Madurádolo había en las largas vigiliás del laboratorio, y como un empleo a su existencia vacía, de huérfano y de escéptico, incapaz de suplicar una limosna de amor, concibió el proyecto de irse hacia aquellas líneas de fuego, encendidas por el colosal incendio europeo de 1914, y morir lejos, hundiéndose en el caos espantoso de aquella mortandad sin ejemplo en la historia del mundo.

Ya que no por su dama, moriría por su musa, la libertad, la que alentara su credo socialista con las doctrinas proclamadas el 93 en aquella tierra igualitaria y generosa, donde se luchaba contra el teutón soberbio y dominador.

Pensó en su perro, en su fiel *Néstor*, y resolvió llevarlo consigo como una mascota de guerra, donde tantos nobles brutos compartían el destino y la suerte de sus amos.

---

A fines de noviembre salía un nuevo contingente de la dársena norte en medio de los aplausos frenéticos de la multitud, y entre ellos anónimo, olvidado, iba el proscrito de ojos profundos que sentía arder en sus venas la heroica fiebre de los sacrificios.



## XXXIV

### UN HOGAR COMO HAY MUCHOS

Carmencita Carreras habitaba con su esposo y sus hijos un lujoso petit-hotel del bulevar Oroño. El formaba parte de un sindicato azucarero que operaba en la Bolsa con notorio buen éxito. Ella, astro de cuanta fiesta mundana se diera en ese invierno, vivía envuelta en el raudito torbellino de las diversiones. Se hallaban rodeados de una nube de servidores, en medio de la desastrosa administración doméstica, que es de suponer allí donde la señora no pisa jamás los umbrales de su propia despensa, ni contrarrola los gastos, mientras el ama de llaves y el *sumiller* en perfecta *entente*, van conformando las innumerables facturas de los proveedores por su cuenta y riesgo.

Los comensales de los días de recibo elogiaban los ricos vinos de la bien provista bodega, y las damas envidiaban secretamente las toilettes que Mussión creaba para la dueña de casa; y con ello veíase halagado el amor propio de ambos jóvenes inexpertos, que prodigaban el dinero sin contarle ni pensar en el futuro de sus tiernos hijos. Porque tenían tres deliciosos bebés de 8, 5 y 2 años respectivamente. La nena, la mayor, era ya una exquisita muñeca, blonda y fina, que despotizaba a su padre, como que a la mamá sólo lograban verla ellos tres, al levantarse, cuando la *nurse* inglesa los conducía desde sus aposentos blancos, cargados de lujosos bibelots, a los de la perezosa e indolente autora de sus días. Cuando estaba bien humorada, solía entretenerse jugando con ellos un rato; admiraban los niños con los ojos agrandados por la sorpresa las minucias del tocador maternal y las sedas mullidas del mobiliario *bombé* (Carmencita odiaba por instinto la severidad de la línea recta), los espejos múltiples que reproducían a porfía en aquella especie de pagoda perfumada la imagen del bonito ídolo de porcelana pulida. Pero, por más bonancible

que fuera la atmósfera del santuario, jamás hubo para los pobres pequeñuelos otra señal del entrañable afecto maternal que aquellos leves besos dados tan a flor de piel, y seguidos fatalmente del consabido : «Lléveselos, miss Ofelia, tengo que vestirme». Sin embargo, Carmencita se hubiera creído calumniada si alguien la hubiese llamado mala madre. ¿Acaso no pagaba ella con largueza para sus hijos una de las más caras institutrices inglesas, venida de la metrópoli de casa de un ministro extranjero? ¿Que no los había criado por sí misma? Era cierto, pero felizmente tan añejas prácticas estaban ya relegadas a la burguesía pletórica y vulgar.

Ella, temperamento artístico, hiperestésica, mujer de los salones, adorada por los revisteros y los cronistas, ¿iba a emplear sus mejores horas en cumplir el rol que una zafia nodriza llenaba con creces por un poco de dinero?

Su marido, por otra parte, entregado a la fiebre del agio, no tenía otras exigencias que las que halagaban su vanidad masculina : bastábase verla haciendo con elegancia los honores de su casa y presidir la mesa de sus invitados con la gracia y el buen tono de una mundana consu-

mada. Sus hijos eran hermosos, y mientras no se quejasen del abandono en que vivían, todo iba a pedir de boca en aquella verdadera *maison de poupée*.

A veces la visión de la crisis financiera, caída como una avalancha a raíz de la declaración de guerra de 1914, amenazaba su espíritu de hombre de negocios, y no sin motivo, pues, a la par que crecían los gastos de su lujosa vivienda, el pánico habíase dejado sentir en el mercado argentino; el crédito se restringía a ojos vistas, los bancos permanecían firmes en su desconfianza, y cada cual procuraba capear el temporal en perspectiva.

Así las cosas, un buen día, sobrevino el *crac* estrepitoso de una de las firmas más fuertes de la plaza comercial del Rosario, lo que puso en fuga a algunos fallidos que dejaban sus familias en doloroso abandono, y sembró el pánico en todas partes.

Carreras, seriamente preocupado, convencióse, aunque tarde, de que debía modificar y reducir su presupuesto, simplificando los gastos, despidiendo gran parte del numeroso personal de servicio, y habló de ello con su esposa, tratando de

disuadirla de mantener el abono para la temporada teatral en medio de tan críticas circunstancias.

Pero, no bien comenzó a esbozar su plan de economías, la joven, atónita, miró a su marido casi despavorida y balbuceó con acento de niño asustado :

—¿Quieres decir entonces, que estamos arruinados o poco menos?

Y se echó a llorar de pronto, tan lastimosamente, que hubo de renunciar a toda tentativa de razonamiento el infeliz esposo, ante la obstinada resistencia de su compañera.

No tuvo más remedio que alejarse malhumorado y refunfuñando, después de llamar a la mucama francesa que servía a Carmencita, llevando, eso sí, el convencimiento de que allí no hallaría seguramente ni auxilio ni consejo jamás para sus propias cuitas.

## XXXV

### OTRA VEZ LA INTRUSA...

—¡Carta de Carlos!—dijo Susanita entrando en el comedor con la misiva en alto.

Era su privilegio traer a Nydia cada día la suspirada correspondencia, solicitud que se le retribuía con una caricia o con un beso. Aquella mañana la carta era breve y fué devorada en pocos instantes por nuestra heroína, que palideció a su vista, y fuése en el acto al cuarto de su madre, aún en el lecho.

—Mamá—prorrumpió Nydia al entrar—, misia Carmen está muy grave; un ataque violento de su antigua enfermedad al corazón ha puesto su vida en peligro. Carlos me lo escribe lleno de temor.

La señora de Silva tomó de manos de su hija la referida carta y constató por sí misma la alarmante nueva. Volvióse a Nydia, que lloraba en silencio junto a su cama y trató de consolarla con esperanzas de una reacción, esperanzas que ella no tenía.

Nydia, con la cabeza hundida en la almohada de su madre agobiada por la tortura filial del amado ausente, desesperábase pensando en él, luchando otra vez con la pálida intrusa, que volvía implacable a reclamar una nueva víctima, apenas cuatro meses de muerta Suzie.

Veíalo siguiendo con ojos espantados las terribles huellas del mal en el rostro extenuado y querido, debatiéndose ante la impotencia de la escasa ciencia humana, triste ironía para él, a quien no le fuera dado rescatar tan preciosos rehenes a la muerte. ¡ Con qué gesto de pena y dolor se volvía a su Nydia, en los instantes acerbos para refugiarse en el corazón de la amada, confiándole sus ocultos temores y su sombría desesperación !

Algo así como el hálito de la tragedia antigua envolvía sus destinos unidos por el temor, pero amenazados de continuo por la fatalidad ; y así

iban sus almas vertiendo sus más dulces jugos presionadas por conflictos dolorosos, como ceden ciertos árboles nobles sus esencias más preciosas, al ser heridos por el hacha del rudo leñador.

Aquella misma mañana Nydia escribió una larga carta a Carlos, volcando en sus renglones delicados consuelos, con ese tacto singular y pío cuyo secreto es enteramente femenino, que sabe de ternuras ciertas y de esperanzas casi milagrosas, que parece tomar sobre sí las penas del amado para descargarlo del pesado fardo, mientras le brinda, cual mística samaritana, el agua dulcísima de fuente ignorada, para apagar el ansia viva de su ardiente corazón.

---

Volvieron otra vez los días crueles de la incertidumbre y el temor constante.

Pocos fueron, pero angustiosos ; el laconismo de los mensajes telegráficos no dejaba un solo resquicio a la esperanza.

Finalmente, la mañana de un domingo en que Nydia volvía con sus hermanas del templo cer-



cano, alcanzóla el mensajero con la temida, pero descontada ya fatalmente noticia del fallecimiento de la señora de Aguiar, ocurrido poco rato antes.

Abrazóse a su anciana madre al llegar y sollozaba Nydia pensando en Carlos, triste y solo allí junto al lecho mortuorio de la autora de sus días. Y entonces, más que nunca, se hizo patente a su atribulado corazón el cruel dilema en que la había colocado la suerte, creándole tal conflicto de deberes. Si hubiera accedido a las premiosas instancias del amado, él no lloraría solitario sus lágrimas amargas en el vacío de aquel palacio donde le imploraba la luz consoladora de su presencia.

Pero, ¿cómo descargarse de aquel supremo deber, dejado sobre sus hombros, por el padre, muerto en la esperanza de que ella salvaría abnegadamente los restos del naufragio de su hogar?

Los seres más allegados a su corazón parecían disputársela con iguales derechos. Su conciencia hablaba bien alto en pro de las sagradas obligaciones cumplidas tan heroica y denodadamente, pero allá en el fondo de su alma ele-

vábase a su vez, dolorosa y humana, la suprema cuita lamentando el desamparo y abandono *del otro*.

---

Entre tanto el grave y opulento palacio de los de Aguiar permanecía sumido en la renovada severidad de su luto con motivo del fallecimiento de misia Carmen.

¡Qué poco había sobrevivido la madre a la hija!

Carlos, rodeado de sus deudos más cercanos, presidía el gran duelo de la familia, sintiéndose, no obstante la presencia de aquella multitud de amigos, infinitamente solo.

Las dos personas predilectas de su hogar acababan de alejarse una tras otra, para siempre; el cuartito blanco de Suzie estaba aún lleno de su cándido recuerdo: el piano mudo; en la tela, inconcluso el bosquejo empezado, aún permanecía sobre el caballete, aunque ya no lo terminaría nunca su espiritual autora.

Ahora se iba también la anciana madre, como atraída irremisiblemente por Suzie.

Hasta el último instante de su agonía quiso mirar aquel retrato de su adorada hija, colocado frente por frente de su lecho.

La pesadumbre del palacio entero parecía a Carlos que gravitaba sobre sus hombros cansados, desfallecidos; la vista de los aposentos y muebles testigos del pasado, le era sencillamente insoportable.

Y más invencible que nunca, experimentó la necesidad de tener cerca de sí a la única que en el mundo le hubiera oído sollozar libremente en aquellos momentos, ante la cual hubiera dejado correr sus lágrimas varoniles sin rubor, y en cuyo pecho amante hubiera recostado la afiebrada cabeza con divino, infinito consuelo.

## XXXVI

### NIDO DESHECHO

Obscurecía ya en la pequeña habitación que les servía de despensa, cuando Nydia sintió, al ir a encender la lámpara para concluir su tarea de clasificación de comestibles en los armarios, rumor de voces infantiles entrando en el vestíbulo.

—Esos son los *babies* de Carreras—dijo a la señora Kent, que la acompañaba en la obra familiar, y quitándose el amplio delantal, que la libraba del polvo, fuése en derechura al recibidor, donde ya la había precedido su madre.

Con gran sorpresa constató la presencia del mismo Carreras, acompañado de sus tres hijitos. Acto continuo pasaron a la sala. Carreras parecía confuso y turbado; estaba nervioso y a las claras se veía que le costaba trabajo hablar. Al fin dijo con cierto embarazo:

—Les maravilla vernos llegar tan de improviso, ¿no es cierto? Pero—continuó—, es algo tan extraordinario lo que está ocurriendo en nuestra casa desde ayer, que yo mismo creo estar soñando.

—Cualquiera que sea el motivo—dijo con su habitual bondad la señora de Silva—, ha hecho usted bien en venir aquí, Carreras. ¿No somos acaso parientes?

—Gracias, señora—respondió conmovido el banquero—. Usted me anima a proseguir; he venido para rogarles, que cuiden mis hijos, hasta tanto vuelva de Buenos Aires adonde voy para traerles su mamá.

Nydia y la señora de Silva cambiaron una rápida ojeada, y, como por tácito acuerdo, fué aquélla llevándose los niñitos, so pretexto de mostrarles unas *catitas* muy charlatanas, traídas de Córdoba. Así el padre podía explicarse libremente.

Una vez solos, Carreras, aunque con gran violencia hubo de hacer a la buena e indulgente tía de su esposa la confesión dolorosa del drama de su hogar. Primero, la ruina reciente de sus especulaciones bursátiles; luego, el *crac*

del sindicato azucarero que presidía, y por último, lo más difícil de contar a extraños, lo que sólo hacía posible la suma de discreción de aquella buena alma que lo escuchaba llena de piedad y simpatía, la escena habida entre los esposos al regreso del escritorio la tarde anterior. Se había negado ella, su compañera, a pesar de sus súplicas, no obstante sus desesperaciones de hombre enloquecido por el fantasma de la quiebra vergonzosa, se había negado a proferir la ansiada promesa de compartir su destino y alentarle en la tempestad imprevista.

Ella no veía otras razones que las de su orgullo humillado. No quería, por nada de este mundo, desaparecer ante sus amigas, arrastrada por la ruina que la obligaría a descender vergonzosamente.

Había dicho en cambio que se iba, con su hermano, ricacho anglómano, que vivía allá en Buenos Aires, su vida de solterón desordenado, fastuoso y cínico.

—¿Qué va a hacer ella, Cielo santo—gemía el infeliz marido—, en la *garçonnière* atestada de *snoobs* y actrices a todas horas?

En vano intentó, como último recurso, detenerla por el rehén de sus tiernos hijos.

—Si haces ese disparate—le había dicho—, nuestros niños se quedarán conmigo.

Pero ella, como si adivinara el ardid, respondió con soltura :

—Como tú quieras. Pueden quedarse con su *nurse*—agregó—, que es una mujer excelente, yo no sabría tampoco qué hacer con ellos, en lo de Bob.

Acosada por los argumentos de su marido había expuesto con admirable aplomo su plan de vida futura : «El, se las compondría como pudiese con los acreedores y haría frente a las *engorrosas* incidencias consiguientes, levantando la casa, vendiendo los muebles, si quería, etc., etc. Ella, en tanto, ayudada de su hermano, trataría de *encontrarle algo* productivo en qué ocuparse nuevamente, y entonces vendría a su encuentro con los niños, y alquilarían un bonito chalet en Belgrano o en el Tigre para *empezar de nuevo*.» Estas fueron sus únicas palabras de afecto y de consuelo.

Después, llamó a la mucamita francesa y encerróse con ella a fin de disponerlo todo para su

viaje inmediato ; muchos baúles lleváronse con el lujoso ajuar, sin olvidar todas sus joyas, que montaban una bonita suma. En el tren rápido de aquella misma mañana se habían marchado.

A pesar de todo (el infortunado aun creía en los milagros), Carmencita, que si bien era muy nerviosa e impresionable, capaz de un *acto primo* como el de marras, no era mala en el fondo, según él ; ya estaría arrepentidísima a esas horas, por lo cual contaba traerla de nuevo a sus deberes yendo en su busca inmediatamente.

En tal urgencia, venía a dejar sus hijitos en lugar seguro hasta el regreso. Aquello no era al fin sino el resentimiento natural de una niña mimada y caprichosa como Carmencita. Se lo dijo, con manifiesta sinceridad a la señora de Silva, «necesitaba asirse a esa creencia para seguir viviendo». Su bondadosa oyente, que por otra parte sabía también a qué atenerse sobre el particular, así como el influjo que alcanzarían sobre Carmencita los razonamientos del marido arruinado, guardóse, no obstante, de manifestarlo, temiendo amargar al desventurado en su postrera ilusión.

Aceptado con júbilo sincero el *depósito* de los



*babies*, la buena señora tranquilizó a Carreras acerca de ellos, asegurándole que serían en la casa motivo de verdadero goce para sus hijas, y con esto se separaron, quedando los inocentes en seguridad, ajenos por completo al siniestro derrumbamiento de su hogar.

### XXXVII

¡ DIOS MÍO ! ¡ PROTEGE A MI AMADO !

La noche clara y tibia había descendido sobre el mar con un silencio de infinito recogimiento.

Apenas si las blandas olas insinúan tímidas caricias rozando con murmullo cadencioso y rítmico la quilla de la nave solitaria, que se aleja de la patria con rumbo a las urbes potentes de la América del Norte.

Allá va, con su carga humana conduciendo tristezas y esperanzas ; la eterna quimera marcha a proa ; la dicha y el dolor confundidos en su seno ; mudo y enigmático como el destino, el buque sigue su marcha a merced de las ondas y los vientos.

Hay alguien que vela junto al castillo de popa : un viajero enlutado mira absorto la espuma que forma la estela dejada por la nave trashumante. Y mientras duermen los otros a bordo, él, desvelado, cuenta los nudos que le alejan más y más de Buenos Aires, donde dejó la inefable promesa de unos ojos verdes aclarando la noche de la ausencia.

Todo impulsó a Carlos a emprender ese viaje : el vacío de su hogar, la nostalgia de los seres queridos, el deseo de dar tregua a su dolor espaciando la vista ante horizontes nuevos, y sobre todo la imperiosa necesidad de engañar aquel año de espera impuesto por Nydia para la consagración de su enlace. Comprendía que de quedarse en Buenos Aires se rebelaría contra los naturales y delicados escrúpulos de su prometida, protestando de la inflexible resolución de aplazar la boda hasta después de recibirse de

profesoras Susana y Carmen, las hermanitas de su novia, únicas personas en quienes consentía la altiva niña descargar el honroso fardo de sus deberes filiales.

Por otra parte, era superior a sus fuerzas el seguir habitando solo aquel inmenso palacio donde todo le traía el recuerdo de sus amadas muertas ; con la depresión consiguiente a sus pesares, desaparecía el interés por su clínica y sus anhelos de estudioso.

Poco menos que huyendo de la asfixia moral en que vivía, fué a su vez, hacia los mares distantes, no rumbo al viejo continente como el voluntario desterrado, sino proa hacia las playas americanas para recorrer aquellas milagrosas tierras del dólar y del industrialismo colosal, buscando ahogar entre la confusión babélica de sus muchedumbres el tedio que ensombrecía sus horas.

---

*Diario de Nydia.*

«*Noviembre 25.*

¡ Dios mío ! ¿ Conque es verdad que se ha ido ? ¡ Qué soledad y qué tristeza ! ¡ Cuánto he

sufrido al despedirnos ayer ! Leía en sus ojos la súplica tenaz de todos los momentos : « ¡ Oye-me ! Aun es tiempo. ¡ Huyamos ! » Así parecían decirme esas miradas en que vi reproches, ruegos, amor y supremas instancias, hasta caer en el desaliento final. Yo pugnaba por ocultar mis lágrimas, pero si no se aleja tan pronto hubiera estallado en sollozos. Al decirle adiós desde el umbral de la salita y verlo alejarse así, tan triste y enlutado, era como si el corazón se me partiera de dolor.

» Cuando pienso que este viaje lo emprende por mí, por acatar mi propia resolución, y que quizás, dados los peligros con que la guerra siembra los mares actualmente, pudiera ocurrirle un siniestro, en cuyo caso nos habríamos estrechado las manos por última vez en la vida, ayer, creo perder el juicio.

» Siento en mi alma, que si él no volviese, no tendría yo la fuerza de sobrevivirle. ¿ Y qué sería entonces de los míos ? Mi pobrecita madre, ¿ qué haría sola con las niñas mis hermanas, tan jóvenes aún para llenar mi sitio ? ¡ Dios mío ! ¡ Protege a mi amado ! »

---

«*Noviembre 30.*

»Todos estos días he buscado descripciones de esa infernal máquina de guerra, que siembra el pánico entre los navegantes. Por todas partes veo en sueños los famosos submarinos. Cuando pienso que el azar podría llevar uno de esos monstruos a la ruta del *Temeray*, donde va mi amor, y que bastan segundos para sepultar la nave más poderosa en los abismos insondables, creo enloquecer de angustia.»

---

«*Diciembre 5.*

»Como si fuera escaso pábulo a mis congojas el continuo sobresalto en que me tiene este viaje de Carlos, un suceso, tan inaudito como dramático, acaba de conturbarnos profundamente. Se trata de Carmencita Carreras. Su infeliz esposo acaba de llegar de Buenos Aires, medio loco de dolor y de vergüenza. Cuando creía encontrarla en casa de su hermano, arrepentida de su ligereza y pronta a volver al lado de sus hijitos,

hallóse, el infeliz, con que allí no había puesto los pies. Casi en seguida alcanzólo una carta tan explícita como denigrante para su dignidad de madre y de mujer honrada—según mamá, que la ha leído, es la triste y vergonzosa confesión de su miseria moral. No puede resignarse a sufrir la pobreza del hogar arruinado—, la obscuridad de esa vida de escaseces la aterra, y huye, en compañía de un sujeto desconocido para nosotros, pero que ella encontró en sus incesantes fiestas del gran mundo, mitad gran señor y mitad caballero de industria, sin profesión conocida. ¡Qué caída tan horrorosa! ¡Quién lo hubiera sospechado jamás! Era ligera y frívola, es cierto, pero, ¿cómo suponer que olvidaría su decoro y hasta el amor de sus hijitos por el lujo? ¡Por unos miserables trapos, por unas cuantas piedras y un poco de dinero!

»¡La hemos llorado hoy más amargamente que si hubiera muerto en ese viaje fatal! ¡A lo menos sus hijos conservarían el derecho de nombrarla en voz alta, mientras que ahora!...»

## XXXVIII

### EN LOS ESTADOS UNIDOS

Seis meses han transcurrido desde los últimos sucesos.

Durante esas vacaciones, Nydia y los suyos abandonando la casita de la calle Laprida, fueron en busca del sedante reposo de las montañas. Allí, en Capilla, la señora de Silva alcanzó un halagador retorno de sus fuerzas harto quebrantadas, y Nydia saboreó el gozo incomparable de ver de nuevo a su madre, animada y ágil, haciendo risueños proyectos para el futuro de sus amadas hijas. Tuvieron la alegría de encontrar a miss Mary, que, en compañía de unas niñas de la *élite* anglo-porteña, allí veraneaba.

Mucho hubo de lamentar la denodada y ar-

diente partidaria del doctor López su marcha definitiva, aunque tácitamente aprobó su resolución de poner ciencia y valor al servicio de lo que ella llamaba la guerra santa, la causa de la humanidad.

En cambio no se sorprendió absolutamente de la dramática desaparición de la señora de Carreras. Siempre tuvo para la frívola prima de Nydia el íntimo desprecio que le inspiraban los seres destituídos de un carácter moral elevado. «No estaba preparada en modo alguno, para la *struggle for life*», dijo gravemente, epilogando la tragedia.

---

Comenzaron a llegar desde el verano mismo de su partida largas y amorosas cartas de Carlos, que devolvían a Nydia el valor y la esperanza. Ellas traían interesantes descripciones y extensos relatos de la vida americana, tan independiente, tan libre y tan intensa en labor y en goces. Al principio reflejábase el más franco e ingenuo asombro en ellas : aquel exceso de individualismo chocaba a su criterio de criollo des-



preocupado e indiferente. Hasta que poco a poco la observación juiciosa del medio le iba dando el concepto fundamental de aquella vida, nueva para él, pero en la que millones de hombres y mujeres, activos, laboriosos, salían vencedores, tranquilos, enérgicos, sin fanfarronearía, yendo de las más altas concepciones del espíritu a las modestas ocupaciones del trabajo manual, alternando con el deporte al aire libre que practicaban fielmente como un evangelio social. Durante el primer tiempo creyó vivir en pleno relato de las «Mil y una noches». Fortunas improvisadas por el hallazgo de fantásticos pozos de petróleo, minas de plomo, vetas de hulla, como en los cuentos más fabulosos. Fábricas y escuelas a granel. La más abigarrada muchedumbre en el más interesante confraternizar de razas y de pueblos.

La mujer americana especialmente atrajo su atención en un sugerente estudio sociológico.

Como la mayoría de los viajeros latino-americanos, creía hallar en las libérrimas urbes de la Unión los exaltados tipos del feminismo, tan recargado de tintas en las novelas de pacotilla.

Su asombro, pues, fué grande y sincero, al ha-

llarlas en la alta sociedad neoyorkina, tan refinadas y coquetas como las espirituales francesas, tan prácticas y sabias como las alemanas, tan amantes de su *home* y cultas como las inglesas, y hasta tan divinamente fascinadoras en su original belleza, como las mismas porteñas, cuyo garbo y donosura emulan al andar. Y comprobó también, no sin asombro, que esos cerebros femeninos rivalizaban con los de sus camaradas, los jóvenes graduados en Harvard, Boston o Filadelfia. Los hogares, por otra parte, eran modelos de confort y bienestar.

Así fué como empezó a revelársele por comparación la verdadera naturaleza de aquella niña, su amada, que en el coraje, la decisión y la energía para el bien y su deber, era tan semejante a esas admirables Minervas americanas, las que él veía discurrir graciosas y despreocupadas, yendo del hogar al Ateneo, al claustro universitario, a la imprenta, o a la cátedra con entereza viril y sin perder un ápice de su encantadora ingenuidad femenina. Esa era la verdadera vida, la que ella llamaba con tanta exactitud su *vida nueva*, la única tal vez digna de ser vivida por sujetos conscientes y libres. Util e

intensa, florecía en actos de singular desprendimiento y altruísmo, bella y sabia porque era sana, así para el cuerpo como para el espíritu. Esa alta y nobilísima satisfacción de bastarse a sí misma, ¿no fué acaso la presa más envidiable en la lucha diaria lograda por Nydia con singular energía? Hasta ese extraño idioma con el que se iba familiarizando por el uso corriente, traíale el recuerdo de la amada inolvidable, pues era de su dominio como lengua materna. En inglés la había oído recitar para su regalo aquellos versos dulcísimos de Longfellow que cuentan el poema inimitable de Evangelina. La herencia sajona, pues, acusaba en el carácter de su adorada esa índole de rara independenciamiento y vivo sentimiento de la dignidad, que la hacía tan fuerte y tan leal como firme y perseverante. Ella venía de pueblos valerosos y su estirpe moral denotaba la trasfusión anhelada para el porvenir de la raza.

Ella era, ahora lo veía tan claro, la mujer del futuro para su patria, heredera de las nobles modalidades criollas de señorial prosapia, unidas a las riquezas del carácter de aquellas gentes que

nos traen de sus mares azules y fríos el sereno dominio de la voluntad.

Su Nydia encarnaba a no dudarlo la admirable argentina del mañana, previsora, sabia y buena, sana de alma y de cuerpo, triunfante por la regeneración total de las células gastadas y el vigor de la sangre nueva, libre de absurdos prejuicios, sin trabas rutinarias, resplandeciente de una hermosura desconocida, cuyo feliz advenimiento marcaba hoy para la *patria vieja* el rumbo luminoso de una *vida nueva*.

## XXXIX

### SACERDOTISAS DE LA EDUCACIÓN

Espléndida fué aquel año la recepción de las noveles profesoras. Auspició el acto el mismo ministro de Instrucción Pública, que, al presidirlo, dió singular gravedad al momento solemne de la entrega de los diplomas.

Eran cuarenta niñas, las que egresando juntas de las aulas de la Normal del Rosario, irían luego a diseminar prolíficas doctrinas en toda la extensión del país.

Vestidas de blanco, con rosas en las manos y el júbilo más intenso en la mirada, parecían las sacerdotisas de la educación prontas a acudir, donde la falange anónima y analfabeta, reclama de su misión inteligente y patriótica la más femenina y humanitaria de las tareas. «Modelar una estatua y darle vida es grande, pero modelar una mente y darle la verdad es más grande todavía». Las inspiradas palabras del pensador francés alcanzan su máxima expresión allí en el interior de esas normales, hogares caldeados por la llama nobilísima encendida por el maestro con fe, experiencia y amor.

---

Y cuando las notas del Himno Nacional se elevaron en el ambiente del recinto como una consagración, parecía que las cuarenta niñas invocaban allí sobre el estrado, como un ramillete humano, los manes de la patria, ilustre,

libérrima y sabia, que será, en breve, tierra de promisión para la Europa devastada por la más trágica de las contiendas internacionales.

Allí estaban la una al lado de la otra Susana y Carmencita, hermanas de Nydia, hoy, gracias a su ayuda noble y abnegada, poseedoras de un título envidiable, formadas ya a su imagen y semejanza para la lucha de la vida. Las señoras de Kent y de Silva, ocupando sillones de preferencia, destinados a las familias de las graduadas, emocionadísimas, asistían a aquel coronamiento feliz de tantos loables sacrificios y santos anhelos. La voz de la Directora elevóse en esos momentos para pronunciar las frases de despedida con que iban a clausurarse aquellos años de labor y afanes, transformando a las ex alumnas en noveles colegas. Y todas desfilaron para recibir de sus maternales manos, los diplomas codiciados y con ellos la larga y amorosa mirada de aquella vieja educacionista, que las iba considerando una tras otra con tanta simpatía, pensando quizás en su madura experiencia : «¿Qué les guardará la vida?...»

---

De vuelta a su tranquila morada, la familia de Lastra pudo celebrar a su vez, en medio del hondo e íntimo regocijo de los corazones, en ágape jubiloso, aquella consagración de los anhelos comunes, viendo a Carmencita y a Susana, ceñidas como Nydia con las alarmas defensivas del saber, listas como ella, para afrontar firmes y dignas la lucha contingente y azarosa del humano existir.

Esas manos pródidas de la hermana mayor habían presidido el arreglo del comedorcito con su exquisito gusto y proverbial originalidad. Una cesta de saxe, plena de rosas Maréchal Ney, atraía las miradas en el centro de la mesa donde los lugares de las niñas estaban designados por un mensaje idéntico para ambas y un paquetito junto a las pequeñas cartulinas. Ocupó la madre su sitio de honor a la cabecera y cada una fué desfilando frente a ella y recibiendo el ósculo emocionado de la anciana como una última, definitiva consagración. Bendíjolas con el corazón puesto en el amado ausente, y quedóse así, con los luminosos y húmedos ojos azules, extáticos ante ellas tres sintiendo revivir en su mente los recuerdos imborrables de otro

tiempo. Abrían en ese instante las niñas, sus respectivos paquetitos con mano trémula y un grito de sorpresa y de alegría brotó a la vez de sus labios, al admirar en el fondo de los blancos estuches, que los guardaban, dos miniaturas exactamente iguales, con el retrato del padre adorado, en sus marquitos de platino, provistos de broches para usar como prendedores. Era el obsequio de Nydia a sus hermanas, significativo de cuanto había hecho y esperaba realizaran ellas mismas para elevar siempre bien alto el honroso apellido que él les legó. Así lo entendieron todos que no cesaban de aplaudir el peregrino recuerdo tan bello como oportunamente ofrendado.

---

Esa misma noche el mensajero del telégrafo, portador esta vez, de ansiadas y dulces nuevas, trajo como heraldo feliz, el anuncio de la llegada de Carlos al puerto de Montevideo : «Estaré en ésa pasado mañana.»

Muy poco se durmió aquella noche en la casita de la calle Laprida. Mantuvo desveladas a



nuestras heroínas, el gozo, inesperado huésped, que como el dolor, cuando arriba a nuestros umbrales, produce algo parecido a un deslumbramiento intenso de extraña dicha, sembrada de inquietudes y de incertidumbres. «El destino no se apresura jamás, pero llega siempre», y así fué como las luces del alba siguiente trajeron ya a la virginal alcoba de Nydia en la resurrección de aquel noviembre de rosas y de nupcias, el presagio de su cercana felicidad.

## XL

### SURSUM CORDA...

Y llegó al fin para nuestra heroína el día único en la vida de toda mujer, aquel en el cual conságrase su enlace con el amado de su corazón, ante el ara de sus creencias, y arrancándose a

los abrazos de los suyos y a las lágrimas de su tierna madre, que la sonríe y la bendice con el alma entera, parte, cumpliendo el mandato ancestral y bíblico : «la mujer dejará su casa y sus padres para seguir a su marido.»

Fué a la tarde de un sábado de fines del noviembre de ese mismo año, en medio de la más estricta intimidad, pero en una decoración floral de regias rosas, cuando Nydia, bellísima con las clásicas vestiduras nupciales, de pie ante el retrato de su padre, llevando en las manos las más frescas azucenas unidas a los azahares simbólicos, unió su destino, purísimo como el oro acrisolado, al del gentil y caballeroso Carlos de Aguiar, venido a través de los mares, constante y apasionado, en busca de su *hadita de Noël*, después de los tristes sucesos que ya conocemos.

De nuevo la soberbia joya de familia lucía al cuello de Nydia el oriente de sus perlas legendarias, como un signo de unión definitiva y de alianza inquebrantable.

No estaban en la salita donde se celebró la ceremonia sino los miembros de ambas familias, con excepción de Miss Mary, invitada especialmente por Nydia. ¡ Con qué orgulloso júbilo con-

templaba ella a su ex discípula favorita al través de sus pupilas húmedas de emoción! Muy breve el acto, tuvo no obstante su sencilla alocución de ritual, que repercutía honda y gravemente en los corazones con la solemnidad de las palabras decisivas: «Esposo, tu serás el apoyo de esa debilidad». «Esposa, a ti confía tu esposo el honor de su nombre y de su casa. A nadie amarás sobre la tierra como a él.»

De allí en adelante una sola sería su suerte, ya fuera próspero o adverso el destino. Así lo había soñado ella, la mujercita heroica y amante, y así lo idealizaba en sus anhelos supremos aquel matrimonio, que cuando es completo y verdadero, forma de dos corazones uno solo y hace que sus felices dueños piensen sin vacilar la misma cosa. Así también parecía sentirlo y aceptarlo su novio, enajenado, transfigurado por la dicha, al oprimir su leve diestra entre las suyas como si quisiera guardarla para sí, con tanta adoración en la mirada, que Nydia conoció recién la embriaguez inefable de la felicidad, sintiéndose próxima a desfallecer bajo el divino peso de su dicha.

---

Carlos, que guardara como un secreto el itinerario de su viaje de bodas, una vez en el rápido, que los condujera camino del viejo palacio de los de Aguiar, puso en manos de su adorada, un pequeño y artístico cofre repujado, joya de los orfebres valencianos, que en el fondo de su riquísimo, damasquino seno, guardaba ¡oh! innarrable sorpresa y emoción indescriptible de nuestra heroína, un manojo de viejas y conocidas llaves.

—¡ Las llaves de «La Firmeza!»—dijo entonces transportada, y Carlos asintió, sonriendo en silencio.

Ante esos antiguos testigos de su dicha pasada, se mezclaban en torbellino deslumbrador los recuerdos preciosos, fundidos en el éxtasis supremo del presente, sintiendo en tanto, cómo los labios del mago, del amado, iban cubriendo de besos, sus manos bíblicas y hermosas de mujer fuerte.

## XLI

### EN LA ESTANCIA PATERNA

Una vez más, el poniente magnífico y luminoso encendió en la Pampa solitaria su sanguinosa claridad. La llanura extensa muestra a lo lejos la promesa de los linos en flor ; más cerca los trebolares plenos de fragancia, parecen exhalar el aliento de la tierra fecunda, ahita de estivales ardores.

En un campo de trigo rubio y maduro salpican sus rojas pinceladas las amapolas, en contraste con las azules pupilas de los linos.

El arroyo de la heredad murmura como antaño su canción humilde de agua dulce y buena. Bajan las bandadas de aves salvajes a sus márgenes y se puebla de rumores el ambiente. Gar-

zas, teruterus, patos silvestres, corean en el crepúsculo sus reclamos familiares. Se oye a lo lejos el ligero rodar de un cochecito, que marcha al suave trote de un solo caballo, en derechura al puentecillo de piedra, aquel que dividía en dos fracciones casi iguales en fertilidad y belleza el viejo campo de los de Silva. Es uno de esos bonitos y elegantes coches usados en las estancias para paseos cortos, el cual conduce a su bordo una pareja joven, cuyas voces armoniosas se funden en el religioso rumor del crepúsculo pampeano.

Llegados al puentecito, él desciende con ligereza para tomar en sus brazos a la esbelta compañera y conducirla hasta la linde del arroyuelo familiar. Absortos y unidos miran de pie, aquel poniente bañando en regia púrpura la extensión soberana de los cielos y la tierra, y sienten cómo el espectáculo grandioso va exaltando hasta el delirio ese nobilísimo amor, que halla digno marco a su anhelo gigante, en el atardecer majestuoso y soberbio de la Pampa misteriosa, casi solemne.

Las manos en las manos y los ojos en los ojos, volvían poco después, hacia esa «Firmeza», cu-

yas tempranas luces brillaban a lo lejos cual faros de esperanza.

«Allí está la dicha» había profetizado una noche la hadita de Noël, y allá iban, hacia la patriarcal estancia, donde la ilustre bisabuela presidiendo estaba desde su viejo marco de oro y marfil, la consagración definitiva de su no menos ilustre y hermosa descendiente.

San Nicolás, Octubre de 1916.

FIN DE «VIDA NUEVA»





## LUZ Y SOMBRA

---

Cuando el lindo relojito de esmalte que Luisa llevaba en la pulsera, marcó las once con sus diminutas agujas de oro, la joven señora comenzó a tranquilizarse.

—Es raro — pensó—, Charlie jamás toma el último tren— ; y no quedaba otro para volver a Olivos—. ¡ Con tal que no le haya ocurrido algo ! Estos caminos solitarios son peligrosos a deshora—decíase a sí misma la joven dama—. ¡ Tan oscuros ! ¡ Tantos cercos y jardines ! ¡ Dios mío ! y esos apaches que a lo mejor hacen de las suyas...

Nerviosa ya, atizó los leños que crepitaban en la ancha boca de fuego de la artística chimenea esparciendo un racimo de áureas chispas. El amplio peinador de paño rojo envol-

vía la grácil silueta recortándola contra el fondo candente del hogar. De la habitación entera surgía esa comfortable seguridad de los interiores felices : una luz suavísima tamizada por la delicadeza de las sedosas pantallas acariciaba el velador donde oíase ya distintamente la canción del agua hirviente en el perol de plata.

En un sillón vecino el coqueto *robe de chambre* esperando estaba al remiso dueño. Más allá la *chaise longue* tibia y muelle de amortiguada seda recibía en su seno a la rubia y encantadora mujercita suspensa entre el temor y la esperanza por el regreso del amado. Sonó a lo lejos la bocina de un auto ; ansiedad expectante : parecía venir en derechura a «Las Violetas», el chalet que guardaba hacía ya un año y medio el retiro de la enamorada pareja en ese rinconcito poético de Olivos. Ya llega... Luisa no puede más y corre a atisbar por entre las persianas la verja vestida de hiedra y bañada por la luna, que deshoja sobre ella flores de escarcha. ¡ Qué frío debe hacer fuera ! ¡ Oh decepción !, el coche sigue rodando y sólo deja la estela burlona de su estridente llamado, que oprime dolorosamente el corazón de Luisa. Con profunda sorpresa, no

exenta de despecho, Luisa comprueba que el auto conduce a su vecino, ese gordo antipático de quien todo el mundo dice que es un tirano doméstico. Su esposa parece tan pequeña y tan tímida ; siempre encerrada en la casa silenciosa y triste.

Luisa cree firmemente que el gordo es un pésimo marido y hasta un mal sujeto. Pero... *el mal sujeto* estaba de vuelta esa noche antes que su Charlie, el esposo ideal que ella deseaba a sus amiguitas íntimas. Mohina, pesarosa, volvió a su asiento mirando la esferita azul, implacable y huraña, que acusaba la primera deserción.

Y pasó el último nocturno y había ya tiempo de sobra para recorrer la distancia de la estación a «Las Violetas».

¡ Si no volviera !... Sintió clavarse como un dardo este repentino pensamiento en su cerebro. Una angustia extraña, una pesadumbre secreta, probada por vez primera, inundó su corazón de amargura. Era algo así como la intuición de lo desconocido, el desdoblamiento inesperado de secretos repliegues, que en el obscuro seno de la vida conyugal, se mostraran de repente a su imaginación ingenua y confiada.

Había sombras y peligros en ese mundo misterioso, que la infundían un pavor inexplicable.

Veíase a sí misma en el dintel florido de aquella existencia que soñara próxima al cielo, y luego desorientada, pensaba: ¿qué había más allá? Mil recuerdos de parientas y amigas bulle-ron en su cerebro sobreexcitado por la ansiedad de la espera, mujeres infelices hoy, que ayer no más, marcharon como ella al encuentro de la felicidad con hombres tan encantadores como su Charlie.

Muchas de ellas volvieron al hogar paterno humilladas por el divorcio y abatidas por el brusco despertar de su idilio, como eslabones perdidos de una cadena rota.

¿Sería por eso que sus tíntas maternas la recomendaban con extraño énfasis pedir a Dios todos los días *paciencia y resignación en el nuevo estado*? ¡Pero, no! A ellas como a todas las viejecitas solteras, repugnaba el espectáculo de la vida conyugal, y por eso, piadosas y todo, no podían menos de pretender corregir sus dulzores con la advertencia agriecita de sus consejos.

Con todo, el hecho real e indubitable se impo-

nía : ¡ Charlie no había vuelto y eran ya las dos de la mañana ! ¡ Ni siquiera un mensaje para prevenirla ! ¡ Si a lo menos Luisa pudiera saber donde estaba ! ¡ Ahí era nada ! ¡ Dar con el paradero de un marido joven y buen mozo por esas calles de Buenos Aires a las tantas de la madrugada !

Dos veces más encendió y apagó el calentadorcito de plata para el te, pensando : « ¡ Vendrá helado !... » pero al fin confusa y con las lágrimas prontas a correr de los hechiceros ojos azules recostóse en su *chaise longue* volviendo entre sus dedos afilados la plegadera de marfil con que cortara las páginas de una revista nueva. Su alma volaba desatinada de angustia lejos de allí, y el pequeño instrumento parecía en su mano el huso simbólico en que la parca inexorable iba ovillando una madeja de hilos grises y tristes, como su nostalgia amorosa.

Poco después, compungida y medrosica, repetíase mentalmente una de sus oracioncitas de niña con todo el fervor de una suplicante, hasta que al fin, rindiéndose a la fuerza del hábito, se quedó dormida con un adorable mohín de pensar en su boca infantil...

.....

¿Qué insólito rumor de pasos y extrañas voces resuenan ahora en el gabinetito?

Luisa hallóse de repente a la escasa luz de la lamparilla, tendida sobre su lecho, sin poder moverse ni articular palabra, mirando con ojos atónitos, despavoridos, aquel cuadro macabro desde la alcoba: su marido yacente, exánime sobre la *chaise longue*, rodeado por gentes desconocidas que hablaban en voz baja y luego un eco grave, el del médico sin duda, dominando a todos los demás para formular el terrible pronóstico que desenlazaba un espantoso accidente: «fractura de la base del cráneo.» ¡Dios mío! ¿No era esto una pesadilla siniestra? ¡Pero, no! Ahí llegaban en ese momento las voces amadas de su madre y hermanos que venían subiendo la escalera seguidas por los criados estupefactos. Un coro de sollozos desgarradores invadió los ámbitos del gabinete y entró en su alcoba; todos corrían hasta su lecho de martirizada para besar con transporte su rostro exangüe de esfinge trágica. Su corazón latía furiosamente, pero las fuerzas la habían abandonado y con ellas el poder de articular una sola palabra que diera desahogo a su angustia infinita.

Por fin, el síncope sobrevino como una liberación y con él perdió del todo la conciencia del horroroso vuelco de su vida.

.....  
.....

La primavera engalanó otra vez los huertos, los cercados y los jardines; cada chalet emerge de la fronda perfumada como de una canastilla de rosas, lilas y azahar.

La embriaguez de lo azul viene de lo alto cual un dulce sopor hasta las almas, y al reclamo de las golondrinas que regresan, se estremecen de placer los viejos nidos ocultos en la sombra de los tejados antiguos.

«Las Violetas», no obstante, parecen muertas al milagro primaveral. Los balcones cerrados herméticamente, como pupilas ciegas, no recogen el beso de las auras balsámicas y consoladoras.

Allá entre la sombra espesa de sus colgaduras caídas hay una mujer ajada por los infortunios, que llora acerba nostalgia. Es Luisa, devorando en la soledad de su tristeza esa pena inmensa de la viudez prematura.

Ni siquiera el nacimiento de su hijo amenguó su quebranto; el drama intenso de aquella noche ha sacudido su alma reciamente hasta sus raíces más sutiles. Todo aparece envuelto en torno suyo con el velo de mortal melancolía; toda reflexión es dolorosa; su mente compara siempre el ayer jubiloso con el presente vacío y no cesa de decir ¡adiós!, a cada una de las efímeras dichas que pasaron. Afirman que su niño tiene en los ojos grandes y oscuros, la misma expresión atónita y dolorida de Luisa, en aquella noche trágica.

¡Pobrecito! Como flor marchita surgida en el rosal de sus amores cuando tempranas nieves lo quemaron, volverá en breve a ese limbo de las almitas blancas, donde duermen eternamente los que no alcanzaron a vivir una vida consciente.

.....

.....

Cuando otra vez el auto hizo oír su llamado de heraldo del regreso, Luisa no lo sintió.

Profundamente dormida, mostrábase aún en



sus mejillas, cristalinas gotas del llanto vertido poco ha. Pasos presurosos salvaron el jardín y el hall, ascendiendo hasta el gabinetito familiar donde tímidos y avergonzados se detuvieron ante la visión deliciosa de la *chaise longue*. Y luego... con qué devoto reconocimiento fué Charlie contrito besando aquellos ojos que se abrían sorprendidos y radiantes en la adorable confusión de su despertar brusco... Pero, figúrate, que, desesperado, balbuceaba él, cuando perdí mi último tren, volé al centro para telefonar a fin de tranquilizarte y... El accidente, interrumpió Luisa, ¡el accidente del automóvil, que pudo costarte la vida!

—¿Cómo sabes?

Y entonces ella comenzó el relato de su horrible sueño, contándoselo con toda la intensidad dramática que la conmoviera tan profundamente.

Después quiso oír el otro, *el verdadero*...

¿Fué la pura y maravillosa sensibilidad de la mujer amante, o la extraña sutileza que aguzara su mente en vigilia tantas horas, la que se lo hizo presentir?

Cuando se ha alcanzado el don de leer en

ciertos ojos, se adivina lo que no se dice y se sabe lo que significa una pausa que se prolonga.

Lo cierto es que Luisa, al fin, sintiendo cerca de sí a su marido sano y salvo, lloraba no obstante en silencio, con la obstinación de un niño que no quiere ser consolado. Y a haber podido leer en su propio corazón, hubiera conocido cómo moría dentro de él esa inefable, ilimitada confianza con que Amor, desnudo y ciegucecito, creyó un día adueñarse del mundo y alcanzar lo inmortal y lo eterno, armado con un ramo de rosas y un carcaj de flechas candentes.

VIOLETA.

S. Nicolás, febrero de 1917.

---

# DATE LILIAS

---

## LA HERMANA CELESTE

Dentro de la capilla silenciosa, parpadea agonizante la lamparita del sagrario. Obscurece ; apenas si allá arriba, en lo más alto del gótico ventanal, un filete de oro pálido, nimba el místico grupo de esmalte violáceo, con un halo de luz mortecina.

Sólo la marmórea virgen del retablo luce en el ángulo de sombra, su milagrosa belleza, reflejando la escasísima claridad del pequeño templo.

Un perfume sutil, que huele a incienso y a rosas frescas, ha dejado el rastro leve de sus volutas azuladas en el ambiente.

La esquila de la torrecilla, mece su corazoncito humilde en el misterio vespertino, desgranando las lentas notas del ángelus.

Marchan aprisa, en tanto, las hermanas de San Vicente, por los claustros y jardines, recogiendo los ancianos asilados después de la merienda, para acostarlos en sus lechos blancos.

Sólo una vela en el recinto apartado de la capilla solitaria; cerró su libro de horas, y, abstraída, bajo las niveas alas de su toca virginal, medita...

Fina, esbelta, se perfila en la pequeña zona alumbrada por la mariposa del santuario a los pies de la Virgen, hacia la cual levanta el óvalo mate, bellissimo, de su rostro clásico; los grandes ojos, vueltos hacia la imagen de mármol, en el éxtasis del supremo arrobamiento, nada dicen a los sentidos; son ojos que escrutan lo insondable y lo eterno; ojos, que se asoman al borde de lo infinito y que ven ya lo ultraterreno.

¿Súplica? ¿Plegaria? ¿Sueño o deliquio contemplativo?

Las manos ebúrneas y afiladas no pasan, rato ha, las gruesas y bruñidas cuentas del rosario familiar. Absorta, no ha sentido los pasos de la madre, que llega; pero se estremece al ligero contacto de la mano posada en su hombro y que

la arrebatada de improviso a la dulce visión interior.

Humilde y silenciosa, se inclina con profunda genuflexión ante el retablo y se aleja. Allá, junto a la pila del agua bendita, oye la voz piadosa y grave de la madre que le brinda el saludo augural : «¡ Dios la guarde, Hermana Celeste !»

---

El idilio surgió fresco y tímido como una flor escondida en el patiecito humilde de la vieja casa de alquiler.

Cada tarde, la obrerita sacaba su máquina e iba a instalarse junto al muro alto de la soberbia mansión vecina, en el rincón de sombra donde se abrían policromos geranios y cantaba el jilguero en su jaula de mimbre.

El, trafa entonces su mesa de trabajo abrumada bajo el peso de los viejos volúmenes comprados de lance, y acodado sobre ella, acechaba ansioso una mirada de los magníficos luceros criollos por encima del grave Código Civil.

Allá arriba, la claridad divina de noviembre volvía transparente ese retacito de cielo azul

suspense sobre las ilusas y confiadas cabezas de veinte años, mientras la vida iba haciendo entrega de su lote de dicha pasajera, a la amorosa pareja, formada por la gentil costurerita porteña y el ambicioso estudiante provinciano.

Conociéronse en la vinculación obligada de esos hogares comunes que en la urbe huraña y egoísta sirven de refugio a tantas criaturas sin familia, nidos pasajeros de dulces y tristísimos amores.

Cada mañana tomaban juntos el tranvía de la calle Bartolomé Mitre para llegar al centro, y mientras descendía ella en la esquina de Sui-pacha, camino de «Las Alemanas», donde trabajaba, él seguía rumbo a la vieja facultad de la calle Moreno.

---

Una tarde de domingo, paseando por las lejanas avenidas del parque Lezama, sumido en el encanto silencioso de los días festivos, vieron desfilar desde la oquedad de un bosquecillo, a los ancianos del Asilo de Mendigos, guiados por las religiosas de San Vicente.

A la vista de la estoica resignación de aquellos rostros jóvenes, respirando mansedumbre, los ojos bajos y las manos cruzadas, indiferentes a los rumores de la primavera triunfante, algo así como un misterioso y desconocido rincón de la vida surgió ante la enamorada, rincón de tristezas y miserias redimidas por la abnegación infinita y el supremo don de sí mismas, que esas criaturas realizan en medio de la indiferencia y el desdén de sus semejantes.

De pronto, el escalofrío de un presentimiento sacudió el corazoncito de la joven prometida, como si algo oscuro e indefinido la amenazara y fué entonces cuando sus manos buscaron instintivamente las del amado en ese espontáneo, inefable abandono del amor primero, que desafía a los sufrimientos y a la muerte, signatario confiado del pacto engañoso con el destino.

---

Pasó Alberto brillantes exámenes, y fuése con el pretexto de llevar a sus ancianos padres, en la patriarcal ciudad mediterránea, la fausta nueva, prometiendo volver en breve para preparar

su tesis, y, una vez doctorado, realizar el suspirado enlace.

Fuése, él, alegre y ligero, sí, mas quedóse Juana triste y preocupada, recelosa, desconfiando del consentimiento de aquellos ancianos desconocidos en quienes su instinto femenino entreveía hostiles adversarios de su amor. El verano asfixiante de Buenos Aires, largo y tedioso, daba pábulo a sus ansias y pesadumbres. Sólo las cartas, frecuentes y amantísimas, traían a oladas la esperanza y la fe, haciendo revivir sus ilusiones con la promesa renovada de una fiel y constante ternura. Con qué ansiedad las iba devorando la angustia de Juana Rosa temerosa de todo; las releía una vez y otra vez, hasta aprender párrafos enteros de memoria, tratando de arrancar a los vocablos, nuevos y ocultos significados.

Llegó el otoño, y un día aciago la anhelada misiva no vino más. Y desde ese instante comenzó la agonía de un corazoncito, que con todas sus fuerzas pretendía aún asirse a la suprema esperanza del regreso, despavorido ante la escueta y aterradora realidad.

---



Una tarde llamaron a Juana Rosa al despacho de los patronos, para un encargo de importancia. Confiando en su competencia artística, iban a pedirle la creación de un modelo original para contribuir al ajuar riquísimo que la casa entregaría en breve plazo a la cliente de gusto difícil y largueza reconocida. La jefe de la sección «Layette» que escuchaba las recomendaciones hechas a Juana Rosa, agregó por vía de comentario: «Es una cordobesa a quien todo parece poco». ¿Una novia cordobesa y rica? ¿Si sería acaso la rival presentida y odiada? Una débil intuición iba encendiendo lívidas claridades en el cerebro de la joven obrera, y como a quien nada le fuera en ello preguntó distraídamente:

—¿Cuáles son las iniciales para formar los monogramas?

—Aquí está la carta orden—dijo uno de los patronos.

—Usted verá lo que debe hacerse, según lo que se estile más; los nombres de ella y de él son: María del Rosario Bustos y Alberto Ruiz.

Juana Rosa reconoció aquellas sílabas adoradas como al través de un vértigo espantoso.

Fingiéndose examinar de cerca las finísimas telas, fué aproximando la infeliz al balcón vecino en busca del aire que faltaba a su pecho constreñido por un aro de hierro. Su primer movimiento fué huir, y en un momento arrojó violentamente lejos de sí encajes y batistas, dejando atónitos a sus interlocutores. Y cuando quisieron detenerla, resistióse en abierta rebelión, diciendo que dieran el encargo a *la segunda*, que ella no podía aceptarlo.

Del ensombrecido rostro del más anciano brotó un rayo de amenaza, a tiempo que con glacial acento dejaba caer estas fulminadoras palabras :

—Entonces, señorita, sentimos mucho manifestarle que deja usted de pertenecer al personal de la casa desde este momento. Se necesitan empleadas con quienes se pueda contar— agregó refunfuñando el otro.

El dilema era terrible. De un lado, los comerciantes inflexibles y duros ante su negocio, del otro el bárbaro suplicio del infernal azar. Por otra parte, no tenía derecho a rebelarse ante el patrón que paga y que manda, que da o quita el

pan. Era el árbitro y el amo. Lo sintió como si la flagelasen en carne viva.

El horror de la miseria en la urbe inmensa y desierta, la asaltaba como una hidra feroz en la sombra; y fuése doblegando su voluntad como una esclava sumisa, a pesar suyo, hasta pronunciar con voz quebrada y opaca por las lágrimas, su propia sentencia, diciendo:

—Está bien: haré lo que me piden...

---

Y así empezó en el retiro de su cuartito, el raro y amargo suplicio de preparar las galas nupciales con coqueto mimo para la rival desconocida y execrada.

Poco a poco brotando iban de sus dedos de hada los maravillosos encajes y aéreos bordados que prendía en las telas impolutas con febril ardor.

Y dentro de las profundas cajas satinadas iban plegándose las lujosas piezas entre los *sachets* perfumados con azahares y *muguettes*.

Dejó para lo último aquella que guardaría el

níveo juego ideado por ella misma, su propia creación : el juego de novia.

Habían sonado las once de la noche en la vecina iglesia de la Piedad. Juana Rosa, sentada en la sillita baja de costura, tenía en su regazo la ancha caja de moaré *antique* y lloraba a lágrima viva.

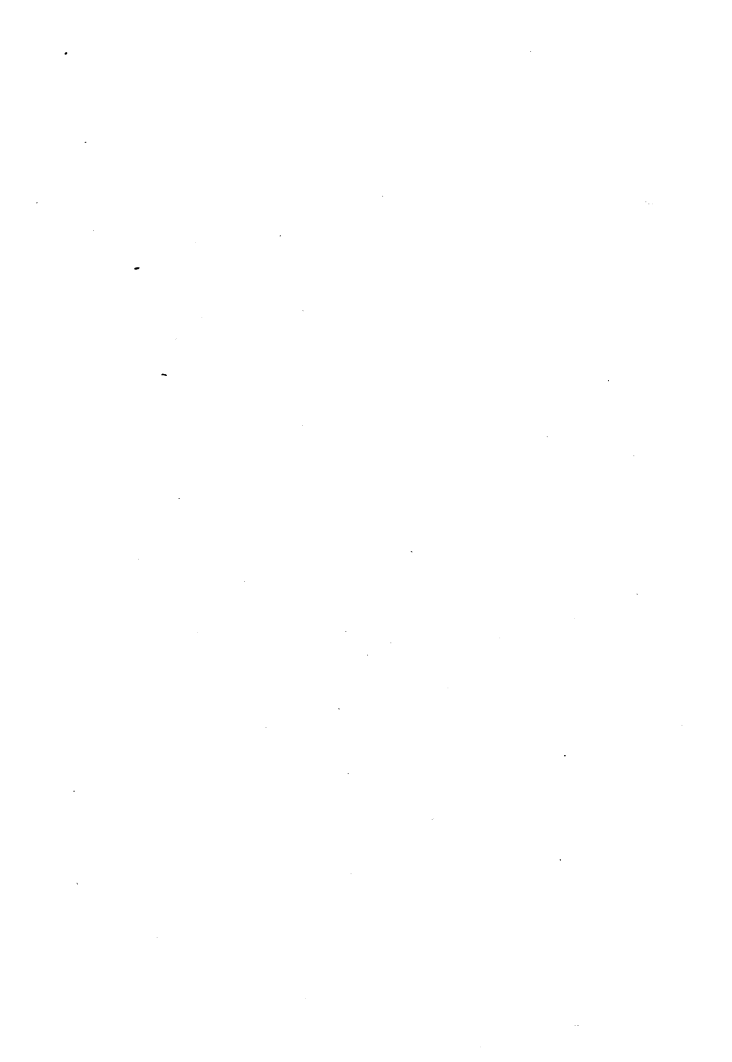
Perlas magníficas de sacrificio y de pureza pudieron en un instante devorar regiamente el blanco ajuar de la lejana desposada. Como quien cruza para siempre las manos pálidas y amadísimas del ser querido, así cruzaba ella esas mangas de encajes leves, cual espumas del mar, e iba anunciando los moños de gró blanco como si amortajara allí dentro un pequeño cadáver. ¿No se llevaba aquella caja fatal su corazoncito mísero y huérfano?...

---

Pocos meses después vióse llegar una joven morena y bellísima, de grácil silueta, a las puertas del Asilo del «Dulce Nombre», allí donde los vencidos de la vida añoran el cuidado de piadosas hermanas, el rinconcito caldeado del hogar donde retozaran rubíos y adorados netezuelos.

Desde entonces desapareció Juana Rosa y su recuerdo esfumóse como el eco de la canción que no cantamos más. En su lugar surgiera la Hermana Celeste, que al tropezar en la tierra con un mensajero del amor humano, tomólo al despertar de su ensueño hermoso, por heraldo providencial del amor divino...

---



## EL ALMA DEL «CARANCHO»

---

La tarde desciende sobre el grupo de islas dispersas en uno de los canales más solitarios y pintorescos del ancho Paraná.

El cielo inmenso, dominador del paisaje, muestra al poniente innúmeras guedejas, rubias y rojizas, en tanto una leve gasa morada va cayendo sobre los bosques adormecidos a la sombra del crepúsculo estival.

La brisa arruga en pliegues transversales el moharé azulino de las aguas movibles y manchadas a trechos con los brochazos purpúreos del ocaso, mientras se vuelven más intensas las húmedas sombras del follaje en las riberas arboladas que espejean sobre el diáfano cristal.

Por entre las frondas verdinegras de los sauces llorones, blanquean los arenales de las playas limpias, donde van cayendo al reclamo y dulcedumbre de la tarde, garzas, tordos y patos silvestres.

Una paz única brinda en aquellos parajes el reposo primitivo. La lancha deslízase muy cerca de la costa entrerriana, sobre la cual arroja la leve espuma de su oleaje pasajero. Sólo el ruido insólito del motor turba la augusta calma de la hora. Una vivísima tentación de pernoctar en el islote cercano asalta a los tripulantes de *La Delia*. Pero apenas esbozado el proyecto surge la cabeza hirsuta de Ño Sinfo de las profundidades de la bodega :

—Ni piense, patrón ; allicito no más, queda la tapera de los «Caranchos».

—¿Y qué hay con eso?—contesta el aludido, mientras todos buscando íbamos por entre la arboleda, hasta hallarlos, los rastros informes de un ranchito de paja y adobes sobre la cresta misma del albardón vecino, más sugerentes que nunca en su abandono y tristeza infinitos.

La alegre compañía de los turistas despreocupados barrunta una historia para amenizar el re-



greso, y comenzó a demandarla a la condescendencia bonachona de Ño Sinfo, el islero viejo y supersticioso, como buen criollo, para quien lo sobrenatural interviene a cada paso en los asuntos de esta vida. No se hizo rogar mucho ; con su voz pausada de entonación respetuosa y acento de profunda sinceridad, fué dejando caer aquel relato flúido como agua mansa al principio, turbia e irritada poco después, hasta reventar homicida sepultando en su seno cuanto alcanza, cual si soplase sobre ella el genio perverso de las leyendas funestas.

---

«Los Caranchos» se fueron a vivir a aquel rincón apartado y desierto, a poco de casarse en el pueblecito de Villa Constitución.

Nunca tuvieron hijos, y gustaron de vivir siempre solos, mustios y graves, sin trabar relación con nadie. Por esto y por su traza escueta de rostros morenos y mirada tímica, diéronles el apodo de «Caranchos» con que se les conociera toda la vida.

Muy cerca de la costa del Oriente, en lo alto de la lomita sombreada por sauces llorones, levantaron su rancho al amparo de la naturaleza libre y maternal. Habían traído como compañeros de trabajo una pareja de perros cazadores de nutrias, y con ellos y el reducidísimo ajuar doméstico tomaron posesión de sus dominios.

Pronto el hombre levantó el ranchito de quinchos y totora e hizo con troncos de ceibo la batea y el mortero para completar el menaje, brillando desde el primer día la llamita del nuevo hogar a los vientos encontrados del islote.

Cazaban los perros una que otra presa de pelo o de pluma, que comían «Los Caranchos» asadas al rescoldo ; pescaba él los dorados y zurubíes rendidores de carne y en grasa abundantes. Alguna vez, muy de madrugada, íbase en la canoa aguas arriba hacia el Puerto de las Piedras para regresar al atardecer con la renovada provisión de hierba, tabaco o un poco de carne fresca que obtenía a trueque de las pieles, la leña y las aves de su asilo. Así pasaron años, como perdidos en el hondo seno de la naturaleza, cual viven todavía muchos hombres y mujeres de nuestras islas, contentos en su miseria, independientes y

libres al fin, como lo reclaman las fuerzas ciegas de su instinto atávico, indolente y fatalista. Por largo tiempo, ¿no han bastado al criollo, el rancho, su compañera y un caballo o un barquichuelo en la arábiga sobriedad de su existencia solitaria y libérrima?

Los pintados pobladores del zauzal, las variadas y vocingleras especies de la fauna isleña reemplazan en esos sitios a los visitantes importunos. El día empieza para el hombre de los ríos cuando las primeras claridades del alba lo envían rumbo al espínel ya provisto, o al bosque talado por su hacha para el consumo doméstico; cena con las últimas luces del poniente y, como las aves, se recoge al llegar la sombra, en su lecho de cueros vacunos o allá en lo alto del zarzo de quinchos, donde duerme libre de peligrosas alimañas en la época de las grandes crecientes.

---

Una tarde iba como de costumbre el Carancho solitario hacia el arroyo donde bañábanse a la sombra deliciosa de un grupo de álamos tem-

blones, y marchaba como siempre silencioso y reconcentrado, seguido por sus perros *El Choco* y *La Prenda*, batidores infatigables del dominio insular. Marchóse, y su mujer le quedó mirando hasta perderlo de vista, sentada en 'cuclillas, mientras guisaba la modesta cena a la vera del rancho.

Y marchó para no retornar jamás al camino del regreso. Nunca se supo la verdad del caso : si fué picadura de víbora de la cruz, o si fué de araña o acaso lo fulminara el *Malo* con su visión inaudita... El hecho real es que cuando los perros medrosos le vieron caído y exánime, diéronse a aullar en terrífico dúo hasta atraer con sus reclamos siniestros a la mujer despavorida, que no tardó en rendirse ante la cruel evidencia : el *Caráncho* estaba muerto y bien muerto, con una expresión de espanto tal en los ojos desmesuradamente abiertos, que erizara los cabellos de su mísera y azorada compañera.

Y aquí empieza la trágica aventura que puso a buena prueba la firmeza del afecto hondísimo, tan arraigado en el seno de esas almas primitivas, como si la miseria las soldase firmemente en vida y en muerte. La odisea comenzó

con la macabra labor de arrastrar el pesadísimo cuerpo del *Carancho* muerto a través de las malezas. Envolviólo con el poncho desde la coronilla, y fajólo como a momia egipcia con numerosas *guascas*.

Y así lo trajo hasta el rancho en fúnebre comitiva cerrada por los perros que aullaban dolorosamente sobre el rastro dejado en las hierbas chafadas por la pesadumbre del muerto, mientras la luna llena, redonda, inocentona, salía por el Oriente como testigo ocular.

Una vez dentro de la casa, encendió la viuda cuatro velas de sebo, fabricadas por ella misma para el consumo diario, y fué flanqueando con las luces simbólicas el cuerpo rígido del *Carancho*.

Lo veló toda esa noche acompañada sólo por la queja espeluznante de los perros, que echados a pocos pasos del rancho parecían ventear a la muerte, a la intrusa, huésped fatídico por su instinto primitivo.

Llegó el día siguiente y la pobre mujer tuvo que reanudar las tareas rutinarias de la existencia habitual, que alternaba con la lúgubre de velar a su difunto. De hora en hora fuése a todos

los rumbos en la esperanza de divisar un bote o una vela que viniera en su auxilio. ¡ Nada! De nuevo la noche cubrió las ansias de la infeliz y desaparecieron las probabilidades remotas del arribo de un ser humano. ¿Quién compartiría con ella, piadoso, la lúgubre tarea que restaba?

Hacia la media noche no *pudo* más y rindióse al cansancio de las terribles horas, pero el pánico hizo presa de sus nervios produciéndole tan terribles alucinaciones, que prefirió sentarse apoyada contra la puerta abierta y quedar en vela el resto de la noche.

La idea salvadora de cavar una fosa y sepultar en ella el cuerpo del *Carancho* cruzó como una solución del conflicto espantoso más de una vez por su cerebro febriciente, pero en vano. Ahí estaba, más fuerte que ella misma y sus espasmos nerviosos, más poderosa que sus tétricos pensamientos y que cuanto había de repugnante y de terrible cerca de ella, su fanático, irreductible espíritu, manteniendo esta sentencia inapelable: «Los muertos se entierran en sagrado».

Tenía que llevarse al *Carancho* muerto pa-

ra darle cristiana sepultura. Si no, su ánima no lograría descanso ni de día ni de noche y la acosaría ferozmente por su negligencia y falta de coraje. Pero, ¿cómo llevarlo? ¡ Dios diría !... Una nueva aurora alumbró los funerales y con ella repitiéronse las escenas del día anterior. La mujer renovaba, seguida de sus leales perros, las idas infructuosas a la playa batiendo al viento trapos izados en lo alto de una caña en demanda de auxilio. Ni la más ligera muestra o signo de haber sido vista de lejos por un pescador o un botero. Exhausta y semienloquecida por el miedo, penetró a la oración en la choza para renovar las velas y buscar algún alimento para ella y sus perros, pero el avanzado estado de descomposición del cadáver la hizo retroceder. Salióse, comprendiendo que debía cumplir por sí misma la siniestra faena y cuanto antes. No bien la luna mostró en lo alto de los cielos serenos su faz indiferente, alumbrando la escena fúnebre, fuése la mujer hacia el cadáver, que dispuso para el viaje en medio de las horrorosas dificultades del momento. Anudó a los pies del mismo un cinchón nuevo y después de liarlo como mejor pudo contra el cuero de vaca en que

reposaba a falta de mejor lecho funerario, salió la cuitada con su equipo siniestro rumbo a la abra cercana donde tenían su canoa. ¿Cómo logró depositar en ella el cuerpo hinchado y corrupto del *Carancho*? Sólo Dios, que mantuvo en la criatura abandonada las últimas fuerzas del cuerpo y de la razón, pudo saberlo.

Al fin, dando un violento empuje a la navecilla, empuñó la tosca pala como único remo, y bregando con el líquido elemento comenzó a bogar aguas arriba, no sin haber luchado contra sus propios perros, que a toda costa querían seguirla, y mohinos quedaron aullando en la ribera, al cortejo que se perdía en la sombra de las islas. Así navegó hasta el amanecer, hora en que Dios, apiadado de la infeliz, hizo que encontrara en su camino a un pescador, a quien confiara su empeño doloroso. Con su ayuda logró su propósito, y el *Carancho* descansó en sagrado aquel mismo día, gracias a la abnegación inaudita y a la ciega fidelidad de su compañera.

Abandonado para siempre el rancho, fué tapera, y el islote quedó marcado en la leyenda popular por la misteriosa muerte del *Carancho*.

Asegurónos Ño Sinfo, bajo juramento, que



en las noches oscuras, a eso de las doce; vese correr tamaña como cabeza de cristiano, una bola azul, que descende rápida del albardón a la playa y que una vez allí, resbala lentamente sobre las aguas hasta sumergirse de golpe en el centro del canal.

—Y eso, ¿qué significa?—recuerdo que le preguntamos queriendo conocer la explicación que el viejo paisano daría a lo que no fuera tal vez sino vulgar y simple fuego fatuo.

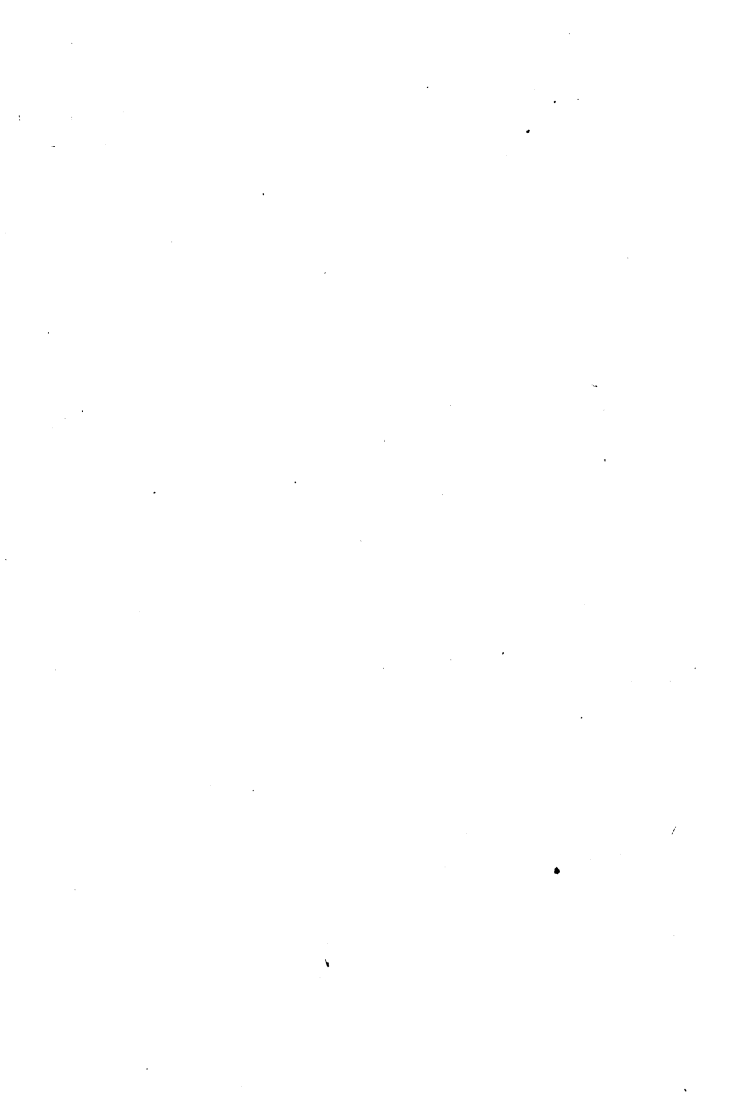
¿Y qué a e ser, niñas, sino el alma del *Carancho*, que güelve al pago?—afirmaba gravemente Ño Sinfo, con todo el peso que da a la lógica de los ignorantes su inexplicable y absurda metafísica—. Ansina pasa con los dejuntos como con los vivos—epilogó sentencioso—; unos, son *porfiaos* y güelven, y otros a la cuenta dicen : «¡ si te vide no me acuerdo !»

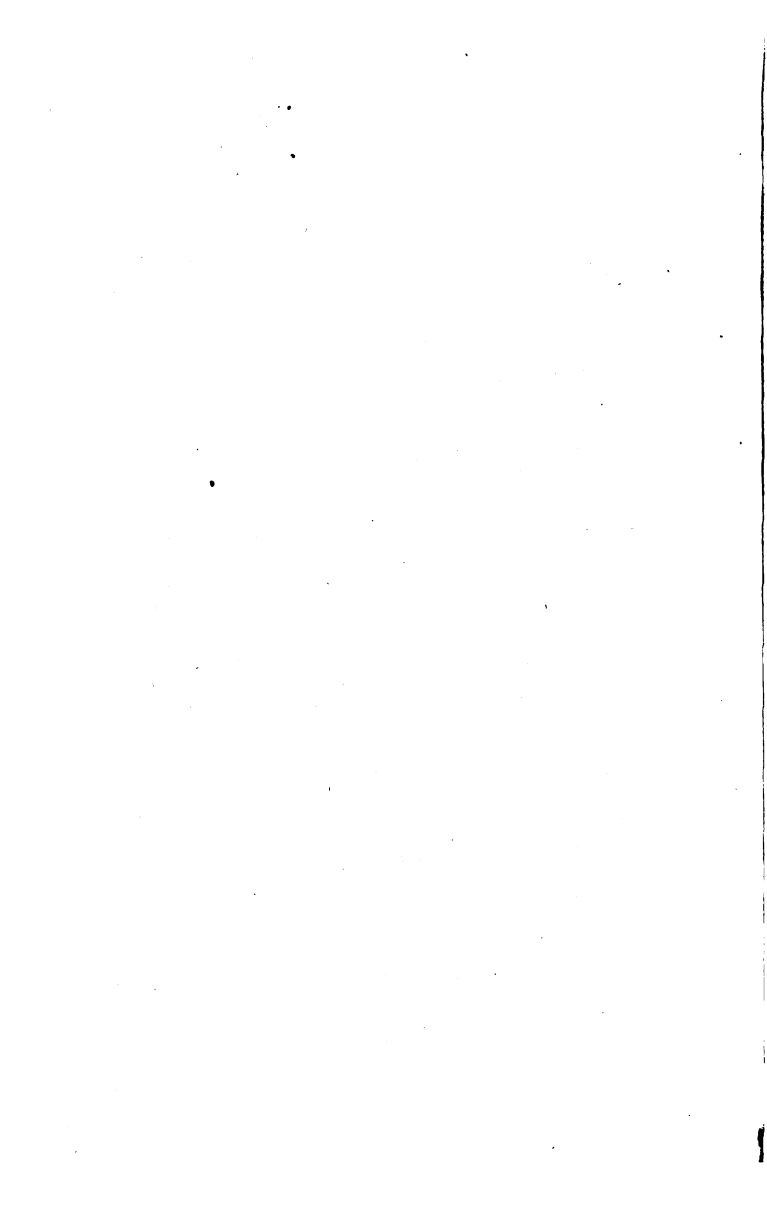
VIOLETA.

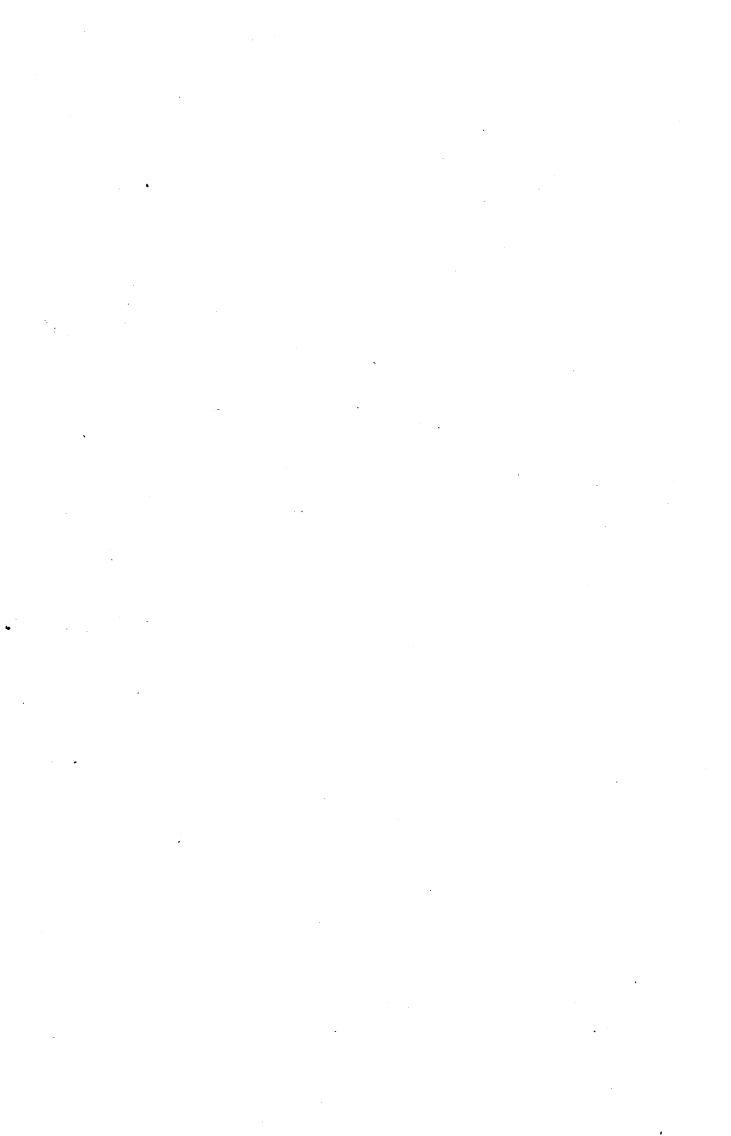
San Nicolás, febrero de 1917.

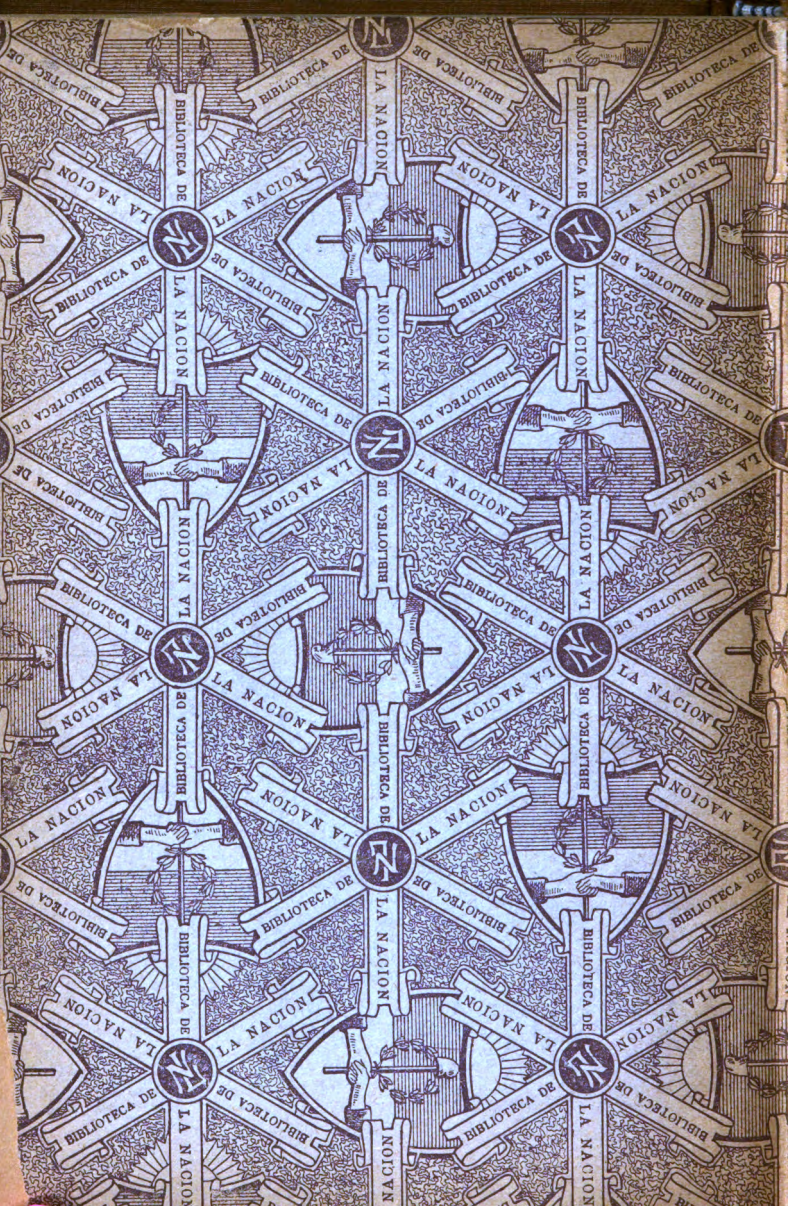
FIN











3 2044 055 052 674

The borrower must return this item on or before the last date stamped below. If another user places a recall for this item, the borrower will

Widener Library



3 2044 089 935 597